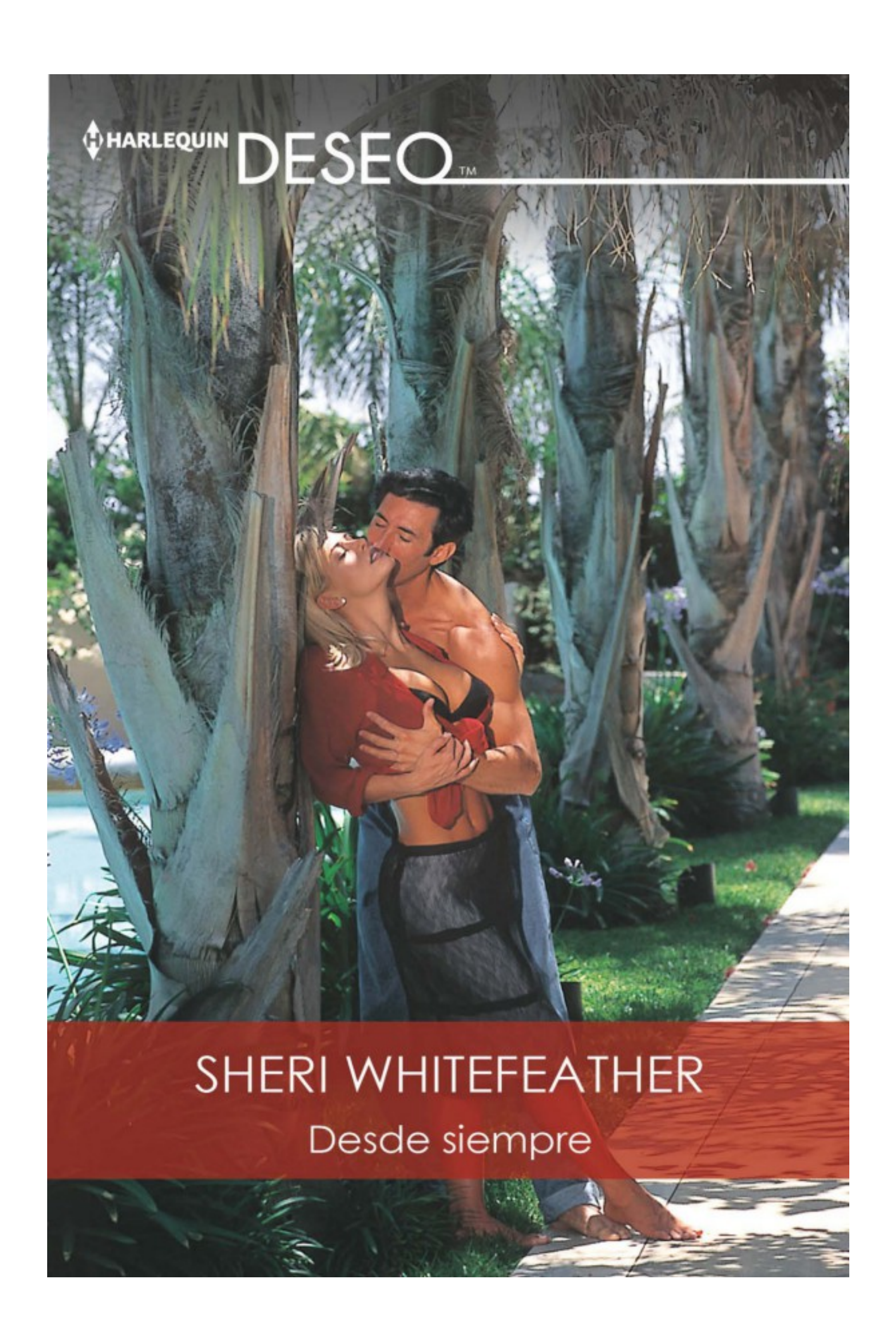

HARLEQUIN
DESEO
TM
SHERI WHITEFEATHER
Desde siempre

DESEO

SHERI WHITEFEATHER

Desde siempre



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Desde siempre, n.º 1000 - junio 2019
Título original: Cheyenne Dad
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-1307-864-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo Uno

¿Cuántos días llevaba suplicándole a Harold que cambiara de opinión?

Annie Winters estaba sentada a su mesa en la trastienda con el teléfono en la mano.

–Por favor, sé razonable…

La respiración de Harold le llegó por el teléfono. El octogenario cheyenne vivía en una reserva en Montana, a mil quinientos kilómetros de ella, que vivía en el Sur de California, pero aún así, él tenía su futuro en las manos. Ella necesitaba desesperadamente su firma.

–Mi nieta estaba casada –dijo él–. Tenía un marido.

Annie recordó a su amiga Jill, con su brillante cabello negro y amplia sonrisa. Jill, la madre biológica de los niños que Annie pretendía adoptar, unos niños que amaba de todo corazón. Sí, Jill había estado felizmente casada con el padre de sus hijos hasta que ambos se mataron en un accidente de carretera hacía un par de años, haciendo huérfanos a sus tres hijos.

Annie suspiró.

–Yo no tengo un hombre en mi vida, Harold, no me puedo sacar un marido del sombrero.

–Yo no firmaré los papeles de adopción hasta que te cases. No puedes ser padre y madre a la vez, por mucho que lo intentes. Mis biznietos necesitan un padre.

Annie agarró fuertemente el teléfono. Después de la muerte de Jill, ella había cambiado de estilo de vida, porque sabía que los niños la necesitaban. Había iniciado un nuevo negocio y comprado una nueva casa. Se había ocupado de los niños y los había criado con amor.

¿Cómo podía Harold esperar que ella sobreviviera sin ellos?

–No los puedes apartar de mí. No puedes.

Pero podía y los dos lo sabían. Sin el consentimiento de Harold, ella perdería a los niños. Harold era su único pariente vivo y tenía el poder de garantizar la adopción privada que ella estaba intentando.

Cerró los ojos temiendo su destino. Harold no estaba insistiendo en que se casara con cualquier hombre, le había dejado bien claro que su futuro marido debía ser un cheyenne, alguien que le enseñara a los niños esa parte de su herencia.

Y solo había un hombre que ella conociera que cumpliera esa condición: Dakota Graywolf.

Respiró profundamente y abrió los ojos. Dakota iba a ir a ver a los niños. Llegaría en un par de semanas. Eso le daba a ella catorce días para reunir el valor necesario para proponerle matrimonio al último hombre sobre la tierra con el que se querría casar.

Dos semanas más tarde, Annie se detuvo delante de un motel, que tenía un aspecto bastante poco cuidado, cerca del desierto.

Salió del coche y el viento del desierto le alborotó el cabello y agitó la falda, dejando ver su ropa interior.

Llamó a una puerta y Dakota le abrió. Sus negros ojos brillaron debajo de unas cejas aún más negras todavía.

–Hola, jeringa.

Ella hizo una mueca al oír ese sobrenombre. Luego trató de sonreír. Dakota solía meterse con ella cuando eran niños y supo que ella se había enamorado de él. Y cuando ambos fueron adultos, él había tomado ese enamoramiento y lo había usado en su contra, sonriéndola con esa sonrisa pícara y desnudándola con la mirada. Por supuesto, todo era un juego, parte de la naturaleza ligona de él. Las mujeres eran una especie de entretenimiento para Dakota Graywolf.

–Gracias por acceder a verme –dijo ella.

–Claro. Pasa.

Él se apartó de la puerta y entraron en la habitación.

La cama deshecha y el aspecto de Dakota pegaban de alguna manera. Llevaba unos vaqueros, botas de montar y nada más. El

botón de los vaqueros estaba desabrochado y dejaba ver la goma de los calzoncillos. Su pecho color bronce, musculado y con cicatrices, la hizo ser muy consciente de sus diferencias.

Annie miró de nuevo a la cama y se preguntó si no la habría compartido con alguien. Si alguien era capaz de encontrar una amante en un sitio perdido como aquel, ese era Dakota Graywolf.

¿Y debería importarle eso a ella? No, pero la naturaleza de su visita explicaba por qué sí.

–Siéntate –le dijo él al tiempo que le ofrecía un refresco y le indicaba la mesa.

Ella se instaló en una de las inseguras sillas y lo vio acercarse a la otra. Aunque cojeaba un poco, a ella le impresionó su determinación. Hacía dos años que había sufrido una seria lesión en un rodeo que pudo haberlo dejado paralítico para siempre. Ese año habían sucedido demasiadas tragedias. Dakota había sido pillado por un toro el mismo mes que Jill y su marido habían muerto.

Annie lo observó y deseó que se le tranquilizara el estómago. Tenía buen aspecto, mejor que bueno. Sabía que a él no le gustaba hablar del accidente ni de los detalles de su recuperación. Y, dado que él se había ido a Montana a recuperarse y ella había seguido en California, apenas se habían visto en dos años.

¿Aceptaría él su propuesta? Seguramente él sería el único que entendería que Jill había sido como una hermana para ella. No le daría la espalda a sus hijos. Él era su *tío Kody*, el famoso vaquero, el Campeón del Mundo de Monta de Toros, que los llamaba regularmente y les enviaba juguetes.

Él tomó el paquete de cigarrillos que había sobre la mesa, sacó uno y lo encendió. Luego sonrió.

–Así que aquí estamos, jeringa.

–Sí, aquí estamos.

En una asquerosa habitación de un motel de carretera. Juntos. Él con los vaqueros desabrochados y ella con la piel tan caliente como el aire del desierto.

Annie abrió la lata de refresco, ansiosa por algo fresco. Miró a la cama una vez más. Debería haberle dicho que se encontraran en una cafetería, en algún lugar lleno de gente. De repente no le parecía como si conociera a ese hombre desde hacía dieciocho años ni que se hubieran mantenido en contacto por teléfono los últimos

dos. Dakota le parecía un desconocido, no el tío de los niños que ella pretendía adoptar. En ese momento, él era un hombre semidesnudo en la habitación pobremente iluminada de un motel.

Él siguió la mirada de ella hasta las sábanas arrugadas.

–Hey, ya sé que esto es una cueva, pero he atravesado la mitad del país conduciendo. Cuando se está en la carretera, cualquier cama sirve.

Eso era cierto, pero ella pensó que él no había dormido en cualquier cama. Él había dormido precisamente en aquella; la huella de su cabeza seguía sobre la almohada.

Maldijo la cama y al hombre que había dormido en ella.

Dakota no parecía darse cuenta del calor que había entre ellos, pero ella sí. Ya se había encontrado antes con esa clase de hombres. Tal vez su ex novio no fuera un vaquero desarraigado, pero daba igual, también era un devorador de mujeres.

Y su padre, el atractivo vaquero de rodeos que había seducido a su madre y luego se había dedicado a engañarla. Montaba toros, como Dakota. Pero él había muerto en un rodeo.

Annie odiaba el rodeo y todo lo que representaba. Se sentía culpable cada vez que pensaba en su padre. Incluso de pequeña había entendido por qué su madre se había divorciado de Clay Winters. Su padre se había dedicado a vivir de lleno la vida del vaquero, emborrachándose en bares de mala muerte y acostándose con mujeres fáciles. La había quemado querer a un hombre que había despreciado tan evidentemente a su familia. Pero también le dolía pensar en la cornada en el pulmón que le robó su juventud y vitalidad.

–¿Qué pasa? –le preguntó Dakota–. ¿Por qué has venido hasta aquí en vez de esperarme en tu casa? Yo estaba de camino para ver a los niños.

Los niños. Sus niños. Tenía que hablar con él sin su presencia. No quería que ellos supieran que se había visto obligada a tomar esa decisión. Había tratado de mantener un sentido de normalidad en sus vidas y la situación era cualquier cosa menos normal.

–¿Cuándo fue la última vez que viste a Harold? –le preguntó–. ¿Lo fuiste a ver antes de dejar Montana?

–Sí, lo vi. Me dio recuerdos para ti.

–¿Te dijo algo más? Ya sabes, sobre lo de que yo adopte a los

niños.

–Por supuesto que mencionó a los niños, pero no me dijo nada de la adopción.

Dakota se quitó el cigarrillo de los labios y luego echó una bocanada de humo antes de continuar.

–Pero eso es algo entre tú y él.

Ya no, pensó ella. Dakota había sido metido de lleno en el lío.

–Harold no me dará la custodia legal a no ser que yo me case –dijo ella viendo la cara de sorpresa de él–. Quiere que los niños sean criados en un entorno tradicional, con una madre y un padre.

Dakota se apoyó en la mesa.

–Estás de broma, ¿no? ¿Un matrimonio arreglado? Eso suena como algo de la Edad Media.

–Hay más. Harold espera que me case con un cheyenne, alguien que les pueda enseñar su herencia a los niños. Y fue por eso por lo que pensé en ti. Tú ya eres como un tío para ellos y, en tu cultura, un tío es prácticamente un padre.

En vez de responder, Dakota la miró con esos ojos oscuros e inescrutables.

–Maldita sea, Dakota, di algo.

–¿Me estás pidiendo que me case contigo?

–Te lo estoy pidiendo por los niños.

Él la volvió a mirar largamente. Annie tomó aire. ¿La iba a rechazar? ¿Iba a preferir él su libertad?

Lo único que le estaba pidiendo era un matrimonio de conveniencia. Ella nunca se imaginaría que un hombre como Dakota fuera a ser un marido de verdad. Además, eso no era tampoco lo que ella quería. Lo que quería era salir corriendo de allí. Pero no lo podía hacer. Tenía tres niños pequeños dependiendo de ella. Y esos niños eran mucho más importantes que su orgullo.

Dakota apagó su cigarrillo y se pasó una mano por el cabello. La mirada de Annie le decía muchas cosas. Le preocupaba que él la echara de allí sin pensárselo dos veces.

Bueno, pues se equivocaba. Pretendía aceptar su propuesta. ¿Por qué no lo iba a hacer? Él sabía lo que se le venía encima desde mucho antes que ella. Llevaba dos años sabiéndolo.

Dakota había accedido a ser el hermano de sangre de Jill cuando ambos eran niños, y había jurado honrarla y protegerla, un

juramento cheyenne que incluiría más tarde a sus hijos. Así que, con eso en mente, no le sorprendió cuando Harold le habló de adoptar a los hijos de Jill, ya huérfanos. Lo que le sorprendió fue cuando Harold le dijo:

–Es tu deber casarte con Annie y darle a los niños un hogar adecuado.

–¿Casarme con Annie?

–Tú te quieres acostar con ella –respondió Harold con su estoica forma habitual.

Dakota levantó una ceja. Aquello era cierto, llevaba deseando a Annie desde hacía diez años. Pero no se podía acostar con nadie. Sus piernas no funcionaban, ni tampoco esa parte de su cuerpo que siempre había pensado que estaría dispuesta. Su lesión lo había dejado impotente.

–Adoptaré a los niños, pero no me casaré con Annie –dijo.

–Es lo que debes hacer –insistió Harold imponiendo su estatus de jefe de la tribu–. Annie necesita un marido tanto como los niños necesitan un padre. No voy a permitir que ella los críe sola. Si te niegas a casarte con ella, encontraré a alguien que lo haga.

Dakota se miró las piernas y las maldijo por no poder moverse. ¿Cómo se podía esperar Harold que fuera el marido de Annie?

Días más tarde, se dijo a sí mismo que Harold lo esperaba porque se suponía que él era un guerrero. Un luchador. Un hombre que no tenía derecho a darle la espalda a una mujer y tres niños, por mucho que lo asustara la idea del matrimonio.

La vida de Dakota había pendido de un hilo en ese accidente, así que tal vez Maheo, el Creador, le estaba pidiendo que le devolviera algo. El deber y el honor eran parte de su herencia, una que había olvidado durante demasiado tiempo.

–Si es lo que debo hacer, me casaré con ella –le dijo a Harold–, pero no lo haré hasta que no pueda volver a andar.

Y a hacer el amor, añadió mentalmente. En ese momento decidió que tenía que ser el mejor amante que tuviera en su vida Annie Winters. Lo único que necesitaba era tiempo, decisión y muchas plegarias.

Así que Harold había accedido a mantener en secreto sus planes nupciales hasta que Dakota se recuperara, pero Dakota añadió otra cosa:

–Tiene que ser ella quien me lo pida. Casarse conmigo ha de ser idea suya.

Dakota estudió la ansiosa expresión de Annie. No, no le podía contar la verdad. No podía contarle que había luchado contra su lesión para poder jugar con los niños, montar a caballo y tenerla entre sus brazos la noche de bodas.

Le dio un buen trago a su refresco. Nunca le revelaría que se había estado preparando para ser padre y esposo, un hombre de familia.

Si, bueno, Dakota Graywolf era y, seguramente, siempre lo sería, un vaquero problemático. Un campeón de rodeo que había sido corneado por un toro, una herida que había sido más que solo un reto físico. Desde el accidente se había vuelto más nervioso, sin poder dejar de recordarlo una y otra vez. Sabía que la única cura que había para aquello era volver a subirse a ese mismo toro. Y lo haría algún día, pero ahora tenía otra prioridad.

–¿Así que estás buscando un marido? –le preguntó.

–Por los niños.

–¿Y cuándo tendría que ser eso?

Ella apretó más la lata de refresco.

–Tan pronto como sea posible. ¿Me estás diciendo que sí?

Dakota pensó que si se mostraba demasiado ansioso, ella sospecharía algo.

–No lo sé. Quiero decir …

La miró a los ojos y los vio llenos de miedo, así que añadió:

–Claro, lo haré. Ya sabes, por los niños. Soy su tío y tienes razón, en mi cultura eso me hace ya su padre. Y casarme contigo no puede ser tan malo. Nos conocemos desde siempre.

Ella extendió la mano y tocó la de él levemente.

–Gracias. Estoy segura de que Harold aprobará este matrimonio. Estaba tan preocupada por perder a los niños… Pero ahora…

A pesar de que la voz se le quebró, la sonrisa de ella fue genuina y eso lo alegró también a él. Miró sus labios, su color y textura. Era preciosa. Peligrosamente bonita. Una chica alegre que se había transformado en una mujer increíble.

–Tenemos que hacer algunos arreglos –dijo ella.

Él la seguía mirando arrobado.

–Perdona. ¿Qué decías?

–Que tenemos que fijar una fecha para la boda para que yo se lo pueda decir a Harold. Quiero asegurarme de que empiece el proceso de adopción.

Una leona protegiendo a sus cachorros, pensó él.

–Sí, de acuerdo. ¿Qué te parece en Las Vegas? Allí las bodas son rápidas y yo conozco bien la ciudad.

Allí era donde se celebraba el campeonato de rodeo todos los años, así que él conocía Las Vegas mejor que bien.

–Bueno. Debemos hacer esto lo más sencillo posible. Y también debiera encontrar una niñera para los niños. No me parece bien que viajen, solo los pondría más nerviosos. Además, no es como si nos fuéramos a casar de verdad. No hay razón para hacer una gran ceremonia.

–Las bodas en Las Vegas son de verdad, Annie. Son legales.

–Ya lo sé. Pero la nuestra solo será un acuerdo comercial. Nada de amor ni de sexo. Eso no es precisamente un matrimonio de verdad.

El corazón casi se le paró a Dakota.

¿Nada de sexo?

–No puedes decirlo en serio.

La mirada que ella le dirigió dijo que sí. Era en serio. Estaba muy claro que no pensaba acostarse con él.

Dakota se puso rígido mientras la ira se apoderaba de él. Era ira para enmascarar el dolor, pensó. La decepción. La horrible sensación de rechazo.

¿Tenía ella idea de lo mucho que había luchado para recuperar el uso de su cuerpo? Dos años. Veinticuatro meses de prometerse a sí mismo que Annie Winters sería su recompensa al final de ese doloroso camino. Se suponía que ella iba a ser su amante, la mujer con la que él hablaría, acariciaría, a la que se abrazaría por las noches.

–Muy bien, Annie. Lo que sea.

No iba a suplicar por sus derechos matrimoniales. Ya había sufrido suficiente humillación.

Ella suspiró aliviada y él maldijo lo que estaba a punto de ser, un hombre con una preciosa esposa y una vida sexual no existente.

A Annie se le revolvió el estómago cuando vio a Dakota acercándose por el terminal del aeropuerto. Él se movía como un vaquero, con la bolsa de viaje colgando del hombro, su Stetson y los vaqueros, llamaba la atención.

–Aquí está –dijo Mary Graywolf–. No parece muy contento, ¿verdad?

Y así era. Annie tenía la impresión de que a Dakota no le gustaba nada eso de no tener sexo en su matrimonio, pero ella sabía que su unión terminaría una vez que terminara la adopción. Por mucha gratitud que sintiera por su lealtad hacia los niños, no estaba dispuesta a permitir que Dakota Graywolf se divirtiera con ella para luego dejarla a un lado.

–Ya sabes lo seco que puede llegar a ser tu hermano.

–No bromees. Mira esa actitud de macho.

Mary hizo girar los ojos y Annie sonrió. Adoraba a Mary, su mejor amiga.

Su padre y el de Mary habían sido compañeros de profesión y amigos, así que habían viajado juntos a menudo con un Dakota adolescente tras ellos. Así que, después de la muerte del padre de Annie, ella había seguido viéndolos y había pasado muchas vacaciones en Montana con la familia Graywolf. Y fue a través de ellos como conoció a Jill.

Annie miró de nuevo a Dakota. Él dejó su bolsa en una silla junto a Mary y miró a su hermana. Ella lo miró igualmente.

Fue él quien habló antes.

–¿Eres la carabina?

–Eso es. Estoy aquí para asegurarme de que te comportas.

–Magnífico. Justo lo que necesitaba. Mi hermana la mandona, en medio de lo que se supone que tiene que ser mi luna de miel.

Dakota se dejó caer en una silla y se cruzó de brazos.

Mary se sentó también.

–Probablemente nos dejen subir pronto.

–Maravilloso.

–Hola, Kody –dijo Annie usando su sobrenombre infantil–. Me alegro de verte.

Él se sacó el tabaco del bolsillo de la camisa.

–Claro, jeringa. Yo también.

–En este vuelo no se permite fumar –le dijo Mary cuando Dakota

encendió el cigarrillo.

Él frunció el ceño.

–¿Es que vamos a hacer como si estuviéramos ya en el avión?

Annie vio que él fumaba como si estuviera saboreando cada calada, eso le hizo recordar que tenía que imponer la regla de no fumar en casa. Quería que los niños tuvieran un entorno saludable. Dakota iba a tener que irse a fumar a la calle.

Él apagó el cigarrillo cuando anunciaron su vuelo. Cuando se levantó, algunas chicas atractivas se volvieron para mirarlo y, por alguna curiosa razón, Annie deseó sacarles los ojos con las uñas. Con sexo o sin él, él iba a ser su marido.

Un marido temporal, se corrigió calmándose. Como mucho, seis meses. No era como si estuviera traicionando a propósito a Harold. Los niños siempre tendrían a Dakota por padre, pero el sentido común le indicaba que la adopción era lo mejor. Los hombres libres de espíritu no cambiaban, lo mismo que los leopardos seguían con sus manchas toda la vida. No le cabía duda de que Dakota echaría de menos su libertad enseguida.

Cuando vieron a una mujer con su hijo pequeño, Dakota se volvió a Annie y le dijo:

–¿Sabes? Estaba pensando que no es necesario que lleves a los niños a una guardería este verano. Yo los puedo cuidar.

Ella lo miró incrédula.

–¿Pero y tu trabajo?

Desde que Dakota se había retirado del rodeo, había transformado su afición por la joyería en plata en un lucrativo negocio. Sabía que él había pensado montar un taller en su garaje.

–¿Y qué problemas pueden dar tres pequeños?

Annie y Mary empezaron a reírse. Los pequeños tenían dos años, cinco y ocho, y cada uno de ellos tenía su personalidad especial. Y, además de ser adorables, eran posesivos y muy traviesos.

–¿Qué os hace tanta gracia?

–Tú –dijo Mary dándole un golpe en el hombro.

Como había estudiado psicología, Mary se dedicaba a analizar a todo el mundo y a ofrecer sus consejos aunque no se los pidieran.

–No tienes ni idea de lo que es cuidar de tres niños pequeños. No los has visto desde hace dos años. Tal vez debieras pensarte mejor eso de ser padre.

–Los he llamado. Cada semana.

Mary siguió riéndose.

–Eso no significa que se vayan a quedar tranquilos mientras tú trabajas.

–¿Sí? Espera y verás. Y tú también, jeringa.

Annie dejó de reírse. ¿Cuántas veces al día iba a tener que soportar ese maldito mote?

Una vez en el avión, se sentaron en un asiento de tres, con Dakota en medio, ya que Mary quería ventanilla y Annie pasillo.

Cuando estuvieron en el aire, una azafata les ofreció algo de beber.

Mary y Annie pidieron refrescos y Dakota un whisky.

Cuando la azafata se alejó, Annie se preguntó si él bebería siempre alcohol para desayunar.

Luego él se volvió a su hermana y le dijo:

–No te atrevas a decir una palabra.

–Claro –dijo ella–. Todo el mundo sabe que las diez de la mañana es la hora perfecta para tomarse una copa.

Cuando llegó su whisky, él se disculpó y le preguntó a la azafata si no podría llevarle un vaso de agua en su lugar.

–He cambiado de opinión –dijo mirando a Annie.

Mientras él la recorría con la mirada, ella cruzó las piernas y luego las descruzó, alegrándose de que la bandeja del asiento casi se las tapara, ya que se había puesto unos pantalones cortos y ahora se sentía incómoda.

Parecía como si él casi la estuviera desnudando mentalmente. Casi. Dakota apartó la mirada antes de que ella pudiera estar segura. Tal vez solo hubiera llegado a desabrocharle algunos botones, pensó.

Se aseguró de que los tenía abrochados y sonrió.

–¿Qué te pasa? –le preguntó él.

Annie dejó de jugar con los botones.

–Nada.

–¿Sabes una cosa, jeringa? He reservado una suite de luna de miel.

Annie miró a Mary esperando que ella interviniera, pero su amiga se había puesto los auriculares y estaba oyendo música.

–Dakota…

–¿Qué?

–Yo voy a compartir habitación con Mary.

–Sí, ya lo sé. Solo estaba bromeando. ¿Pero no te has preguntando nunca acerca de las suites de luna de miel?

La imagen de ella con Dakota en una de esas suites podía ser muy peligrosa.

–Nunca se me ha pasado por la cabeza –mintió.

Él trató de acomodarse en el asiento, demasiado pequeño para su tamaño.

–No soporto estos asientos –dijo.

–Pues a mí me parecen bastante cómodos. Al fin y al cabo, sigo siendo pequeña.

–Sí, pero te has transformado en la hermosa mujer que yo sabía que te volverías.

Annie apartó la mirada y entonces apareció de nuevo la azafata. Esas palabras le habían sonado como un susurro de dormitorio. Algo demasiado íntimo.

Capítulo Dos

Annie estaba sentada al lado de Mary en la sala de espera de la capilla, observando el decorado.

–Este sitio es…

–Una horterada –dijo su amiga.

Annie asintió. Todo era rosa y dorado.

Dakota entró entonces con un ramo de rosas blancas en la mano.

–Aquí venden flores –dijo.

Agradablemente sorprendida por ese gesto, Annie le dio las gracias cuando se las dio, y Mary le arregló un poco el cabello.

Mientras tanto, Annie miraba a Dakota que, no solo le había proporcionado las flores, sino que, además, se había puesto un traje oscuro con una camisa estilo oeste de color blanco con dorados. También llevaba el correspondiente lazo al cuello con hebilla de plata.

Mary trató de arreglarle también el rebelde cabello a su hermano, pero no lo consiguió y, en su lugar, le dio un beso en la mejilla. Para sorpresa de Annie, Dakota respondió a ese gesto cariñoso con un abrazo.

–Vuelvo dentro de un momento –dijo Mary–. Tengo que empolvarme la nariz.

–De acuerdo –dijo Annie.

Esperaron un rato y Dakota pareció ponerse nervioso, ya que empezó a dar golpes en el suelo con un pie.

–Ya no debe tardar –dijo ella refiriéndose al sacerdote.

Él dejó de dar golpes y la miró, examinándola de arriba abajo con miraba impasible. Annie había elegido un vestido elegante pero sencillo, de color amarillo. Era un vestido que ocultaba bien sus abundantes curvas. En su opinión, las mujeres elegantes debían

tener aspecto esbelto, no cuerpos que parecían sacados de las *pin-ups* de los años cincuenta, como el suyo.

Annie miró el ramo de rosas que tenía en el regazo y pensó en lo que casi había sido su primera boda. En la que, tres días antes de la celebración, había encontrado a su novio, Richard, en la cama con Sheila Harris.

Richard había sido el tipo más popular del instituto, un chico clásico californiano, que jugaba al fútbol americano, sonriente y bronceado.

Ella había sido lo suficientemente tonta como para creer que lo podría cambiar, y había caído en una vieja trampa, la de la chica buena tratando de cambiar al atractivo chico malo.

Una buena chica, virgen. Esa era ella. Dado que se había guardado para una noche de bodas tradicional, había convencido a Richard para que esperaran hasta que estuvieran casados para consumar su unión. Y después de aquello, no había encontrado a nadie con quien hacerlo. Hasta ese día no había conocido a ningún hombre con el que le mereciera la pena acostarse.

Annie suspiró. Después de que lo pillara engañándola con Sheila Harris, Richard se había disculpado profusamente, achacándolo a un momento de debilidad.

Sí, claro. Al parecer, todos los hombres que ella conocía habían experimentado un momento de debilidad con Sheila Harris. Incluyendo a Dakota.

–Annie, ¿dónde estás?

–¿Qué? –preguntó ella, sobresaltada.

–Estabas abstraída. Supongo que estabas pensando en él, ¿no?

–¿En él?

–En ese tipo con el que estuviste comprometida.

–Sabes muy bien que se llamaba Richard. Y no estaba pensando en él. Solo me estaba preguntando por qué están tardando tanto.

–Mentirosa.

Dakota y Richard se habían conocido en la fiesta del veintiún cumpleaños de Jill y no se habían caído nada bien. Desde el mismo momento en que fueron presentados, la tensión llenó el ambiente entre ellos dos. Y, para empeorar las cosas, casi estuvieron a punto de liarse a golpes por Sheila Harris, la condiscípula que había ido a la fiesta solo para mantener vigilado a Richard. La mujer que,

finalmente, logró meterse en la cama con Richard, pero que esa vez terminó haciéndolo con Dakota.

Annie y Richard se habían peleado esa noche, ya que a ella le molestaban las atenciones que su novio le dedicaba a esa chica. Richard le había dicho entonces que Dakota se la había ligado solo para fastidiarle a él. Sheila, por otra parte, había actuado muy en su papel, se había pegado a Dakota como una lapa.

Esa noche Annie había llorado, pensando que Richard y Dakota debían respetarla más a ella como para montar una escena en público por Sheila Harris. Por supuesto, como era tonta, unos días más tarde, había perdonado a Richard, cuando él le ofreció un anillo de diamantes y una propuesta de matrimonio.

Miró a Dakota y se obligó a relajarse. No estaba enamorada de Dakota, ni se había prometido mantenerse pura para él. La noche de bodas de sus sueños no iba a tener lugar con Dakota Graywolf. Aquello era solo un matrimonio de conveniencia.

El reverendo Matthews, un hombre canoso con una bata llena de pedrería, les contó por encima cómo sería la ceremonia. Bea, su esposa, tocaría el órgano, y Mary haría de testigo.

Cuando el sacerdote levantó un brazo y les explicó que, en ese punto, tendrían que intercambiarse los anillos, Annie dijo:

–Yo no tengo.

–Yo sí –dijo Dakota y se metió una mano en el bolsillo.

Sacó un anillo de oro blanco con un diamante rodeado de otras piedras más pequeñas.

Annie lo miró.

–¿Lo has hecho tú?

Él asintió. Lo había diseñado para ella y para ese día, pero no se lo podía decir, dudaba que a ella le fuera a gustar el secreto que había compartido con Harold. Ni tampoco le iba a revelar el papel que había jugado ella en su recuperación. Antes se moriría que sufrir la mortificación de que ella supiera la verdad.

–Es precioso –dijo Annie–. Pero no tienes que darme algo así. No me esperaba ninguna clase de anillo.

Dakota se encogió de hombros.

–No es para tanto.

Por supuesto que lo era. Le dolía que ella no quisiera hacer el amor con él.

Deseó no haberle mencionado el episodio de su otra boda. La que casi había llegado a celebrarse. Richard la había engañado con la misma mujer con la que él había estado solo unos meses antes. Mary le había contado lo mucho que eso había molestado a Annie, que sentía como si él hubiera traicionado su amistad teniendo una relación con una antigua novia de Richard.

Pero el caso era que esa relación se limitaba a una estúpida noche de la que se había arrepentido desde entonces.

Había sido Sheila quien lo había seducido a él. Y a él no le había importado porque Annie andaba por ahí con ese novio suyo.

Fue Sheila la que hizo el primer movimiento. Le puso la mano en la frente y le dijo:

–Estás caliente por la novia de Richard, ¿no? Estás como ardiendo de fiebre.

Dakota se sorprendió. Nadie se había dado cuenta antes de la atracción sexual que sentía por Annie.

–La conozco desde que era niña…

–Bueno, ya no lo es. Y te excitas con solo verla respirar…

Dakota se apartó de ella.

–¿Qué es lo que quieres?

Sheila sonrió.

–Hacer que la olvides.

Él debió alejarse entonces, pero decidió quitarse de encima el calor que le producía solo verla.

Pero la noche fue de mal en peor, ya que Richard lo abordó y le dijo algunas cosas que eran demasiado ciertas.

–¿Qué pasa? –le dijo ese tipo–. ¿Te quedas con mis sobras porque no puedes conseguir lo real?

Cegado por la ira, Dakota lo agarró y lo golpeó contra una pared. Richard tenía a la mujer que él quería y no había nada que él pudiera hacer al respecto. Nada salvo aceptar la oferta de Sheila. Una oferta que lo hizo sentirse enfermo de remordimientos a la mañana siguiente.

Cambiar a Sheila por Annie no había servido de nada. Y, mientras tanto, había humillado a Annie y molestado a Mary y Jill. Las mujeres que más le importaban.

Entonces el sacerdote lo sacó de esos recuerdos diciendo:

–Me parece que estáis listos.

Listos. Cierto. Estaba listo para casarse con una mujer que no tenía la menor intención de hacer el amor con él, de perdonarlo por sus pecados. Annie tenía que pensar que debía haber habido muchas «Sheilas» saliendo y entrando en su cama. Pero eso era en el pasado, pensó, la clase de hombre que era él antes del accidente.

–Claro –dijo–. Estamos listos.

Cuando Bea empezó a tocar la marcha nupcial, Mary y él se volvieron hacia la novia. A Dakota se le heló la sangre. Annie parecía una diosa. Con el cabello tan rubio que parecía blanco, el vestido vaporoso y el ramo de rosas. Única y pura como un copo de nieve recién caído.

Esperaron a que terminara la música y entonces el reverendo empezó a hablar.

Hicieron sus votos con una voz que era un susurro y luego él se sacó de nuevo el anillo del bolsillo y se lo puso a ella en el dedo.

–Os declaro marido y mujer –dijo el reverendo Matthews y luego sonrió a Dakota y leyó su nombre en un papel–. Señor… Graywolf, puede besar a su esposa.

Dakota se volvió a Annie y sus miradas se encontraron.

–Se supone que tengo que hacer esto –dijo él.

Le puso las manos en la espalda y ella abrió mucho los ojos, pero no se apartó, así que él la acarició por encima del vestido.

Encontró el relieve de su ropa interior, cerró los ojos y acercó la boca a la de ella, luego ambos se estremecieron.

¿Sintió ella también el estremecimiento? ¿La leve llama que lo recorrió a él?

Annie le puso las manos en los hombros para sujetarse, pero allí sus dedos se encontraron con el cabello de él, ese cabello negro y rebelde, sedoso.

Sin pensárselo dos veces, ella entreabrió los labios y le dio acceso a su marido. Sus lenguas se encontraron en un huracán de deseo. Y soledad. Por lo menos para ella. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había tenido tan cerca a un hombre.

Cuando terminó el beso, se miraron a los ojos. Una mirada íntima que desafiaba toda lógica, todo sentido común, sin soltarse. Los senos de ella pegados contra el duro pecho de él. Se dio cuenta

de que tenía los pezones tan duros que le dolían.

Él inclinó de nuevo la cabeza y ella susurró su nombre. Olía a colonia, cuero y tabaco. Era el olor que se imaginaba que debía tener un vaquero salvaje. A algo de terrenal, masculino y prohibido.

Y también sabía a algo prohibido. Mareante, como un hombre que bebiera coñac mientras hacía el amor, satisfaciendo a una mujer con lentos movimientos. Annie casi se pudo imaginar desnuda bajo él. Se acercó más y profundizó el beso, frotándose contra él. Dakota gimió y le lamió el labio inferior, metiéndoselo luego en la boca.

Annie se sumergió en un sueño, una fantasía, una habitación de hotel para amantes. Si esa noche compartían una suite de noche de bodas, se podrían meter en una bañera con forma de corazón, él podría darle champú en el cabello, ella podía…

–Oh, cielos, se van a comer vivos.

Las palabras de Bea, rompieron el encanto. Annie se apartó de él y Dakota la miró tan avergonzado como se sentía ella.

El sacerdote, Bea y Mary estaban juntos, mirándolos. Bea estaba boquiabierta, el reverendo sonreía y Mary reía.

–¿Ya está entonces? –dijo Dakota–. ¿Estamos casados?

El reverendo Matthews asintió y le dio la mano.

–Sí. Enhorabuena.

–Enhorabuena –dijo Bea, su esposa.

Mary abrazó a Annie.

–Ahora los niños serán legalmente tuyos. Y ahora que lo pienso, mi hermano también es legalmente tuyo –bromeó.

Annie sonrió débilmente. Legalmente podría ser, pero no emocionalmente. Su fantasía de luna de miel era solo eso, una fantasía. Cuando acabara el trámite de la adopción, ese matrimonio terminaría, sin duda. Dakota era demasiado salvaje como para seguir casado y ella era demasiado inteligente como para esperar otra cosa.

Se mordió el labio inferior. No importaba lo lujurioso que podía haber sabido Dakota, ni lo mucho que le hubiera gustado a ella ese beso, sabía que no debía acostumbrarse a ese hombre. La intensidad de la atracción no significaba nada. Absolutamente nada.

Capítulo Tres

Dakota echó un vistazo a la cocina de Annie. Estaba toda decorada con motivos florales. Estaba muy claro que esa cocina, junto con el resto de la casa, no había sido decorada teniendo en mente a un hombre.

Se trataba de una casa de unos cincuenta años, estilo rancho, y era cómoda y espaciosa.

Había ido a ver a Annie, que en ese momento estaba preparando la cena con Jamie, *su hijo* de dos años, en la cadera. Dakota agitó la cabeza. De verdad que tenía una esposa e hijos. ¡Él! El solterón empedernido.

Puso las rodajas de tomate que había cortado en una ensaladera y miró a Jamie. El niño era un encanto de cara redonda y animada. Tenía el cabello negro, como el de él. Estaba agarrado a Annie como una lapa, pero no dejaba de mirarlo a él, siguiendo todos sus movimientos. El niño tenía tres meses de edad cuando murieron sus padres y Annie era la única madre que recordaría en toda su vida.

Cuando Dakota sonrió y le guiñó un ojo, Jamie se agarró fuertemente a la camiseta de Annie y apretó el rostro contra el hombro de ella con cara de miedo. Perfecto. Su hijo creía que él era una especie de monstruo de dos cabezas con botas de vaquero.

–¿Cómo va la ensalada? –le preguntó ella.

–Bien. Casi lista para aderezarla.

Ella se acercó a un cajón y sacó los ingredientes. Al ir a echarlos, él fue a por la botella de vinagre y sus manos se rozaron.

Fue como una corriente eléctrica. Annie se agitó también. Entonces él extendió un brazo y le acarició la mejilla. Ella se estremeció de nuevo y cerró los ojos.

Dakota la fue a besar, pero se encontró con el niño en medio.

–¡No! –exclamó el niño–. ¡Mamá es mía!

Annie se sintió culpable y le dijo:

–Oh, querido. Sé amable con Kody. Él quiere ser tu papá.

Jamie hizo un gesto de disgusto y el corazón se le desplomó a Dakota. Annie se llevó el niño al salón para que viera la televisión con sus hermanos.

Cuando volvió para poner la mesa, ninguno de los dos dijo nada.

Poco después, mientras compartían la cena por primera vez como familia, Jamie no dejó de requerir la atención de Annie.

El de en medio, Miles, luchaba por enrollar los espaguetis en el tenedor. Tenía el cabello corto y erizado. Para alivio de Dakota, Miles lo había aceptado sin reparos. Al animado niño de cinco años parecía gustarle tener un hombre en la casa. Al contrario que Jamie, los mayores lo recordaban y entendían su lugar en la vida de Jill. Habían hablado en numerosas ocasiones acerca de la Ceremonia de los Guerreros Perros, el ritual cheyenne que había hecho de Jill su hermana de sangre.

–¿Sabes una cosa, tío Kody? –dijo Miles.

–¿Qué?

–Mañana le van a poner gafas a Tye. Unas negras muy graciosas. Me alegro de no tener que llevarlas yo. No quiero que nadie me llame cuatro ojos.

Tyler, de ocho años, frunció el ceño. Llevaba largo el ondulado cabello negro.

–Yo no soy un cuatro ojos.

Miles se rió.

–Lo serás.

–¡Calla!

–No, calla tú.

Annie los hizo callar a ambos con una mirada seria y Dakota tomó nota mentalmente. Si los niños se portaban mal, solo tenía que mirarlos así.

Annie se limpió la boca con una servilleta de papel.

–Miles, ya sabes lo que te he dicho de que llames cosas a la gente. Y además, no hay nada de malo en llevar gafas.

Dakota se dio cuenta de que, al parecer, Tyler creía que había algo de malo en llevarlas.

–Hey, chicos, ¿qué os parece si venís mañana conmigo en vez de

ir con las niñeras? –preguntó.

Miles respondió inmediatamente:

–¡Sí! ¿Podemos, Annie mamá? ¿Podemos?

Su hermano mayor se limitó a encogerse de hombros.

Annie miró preocupada a su marido.

–Puede que sea un poco pronto…

–No, no lo es –dijo Miles–. Queremos ir con tío Kody, ¿no es así, Tye?

Una vez más, Tyler se limitó a encogerse de hombros.

Dakota se puso un poco más de queso en los espaguetis.

–¿Sabes, Tyler? Si quieres yo te llevaré mañana a que te pongan las gafas. Incluso puede que me haga yo unas.

El niño sonrió por primera vez esa tarde.

–¿Tú llevas gafas?

–Bueno, no exactamente, pero siempre he pensado que hacen que los chicos parezcamos más inteligentes. Y las chicas también. Tal vez me haga unas como las tuyas.

–¿De verdad? ¿Y las llevarías puestas todo el tiempo?

–Claro. ¿Por qué no?

Él siempre llevaba gafas de sol cuando conducía, así que unas normales no le harían sentirse mucho más distinto. Y esa sonrisa de Tyler lo hacía sentirse como un padre, como si hubiera dicho y hecho lo correcto.

Cuando terminaron de cenar, los niños recogieron la mesa y volvieron al salón. Dakota y Annie se quedaron en la cocina, fregando y colocando los platos. Dakota detestaba los trabajos de la casa, pero se sintió obligado a ayudar en esa primera noche.

–Has estado maravilloso con Tyler –le dijo ella–. Lo ha pasado muy mal desde la muerte de sus padres. Se estresa con todo.

–Se tarda tiempo en superar esa clase de cosas –dijo él agradeciendo tener aún a sus dos padres.

Sus padres lo apoyaban siempre en todo, aunque siempre lo habían dejado seguir su propio camino. Cuando los llamó para decirles que se había casado con Annie, ambos se mostraron sorprendidos y encantados. Siempre la habían considerado parte de la familia, lo mismo que a los niños.

Él quería ser un buen padre. Diferente de el de Annie. Clay Winters había decepcionado a su hija, haciéndole promesas a

menudo que luego no cumplió. Sabía que la infancia de ella había sido difícil a veces y daba por hecho que la devoción de ella por los hijos de Jill venía de sus propias tragedias. Annie había perdido a su madre por enfermedad hacía tres años y ahora no le quedaba nadie más que Mary y los niños. Y ahora él. Tenía un marido, lo quisiera o no.

Annie salió de la cocina para ver qué hacían los niños y Dakota miró por la ventana. No estaba dispuesto a revelar las preocupaciones que lo atormentaban. ¿Podría hacer funcionar ese matrimonio? ¿Podría ser un buen padre? ¿Un buen esposo? Tenía que serlo. Ese matrimonio era su deber como cheyenne, una responsabilidad de la que no se podía apartar, por mucho que lo asustara.

Lo primero que tenía que hacer era acomodarse allí. Demostrar a su esposa e hijos que pretendía quedarse con ellos. Miró a lo lejos, a los campos baldíos. Estaba claro que necesitaba un establo. Tal vez uno de esos prefabricados que se levantan tan rápidamente. Tenía que encontrar la manera de echar raíces, y unos caballos lo ayudarían a eso.

Se apartó de la ventana. También podía renovar el interior de la casa. Era un poco pequeña para los cinco, así que una pequeña ampliación no vendría mal. Un hombre ha de cuidar de su familia, hacer que viva tan cómodamente como sea posible.

Pensó de nuevo en Annie. Esa noche estaba preciosa, sexy sin pretenderlo, con esos pantalones cortos de algodón y zapatillas de tenis, con el ombligo asomándole por la cintura de la camiseta. Solía vestir así cuando era pequeña. La pequeña Annie, con su gran corazón, siempre tras él.

Se le esfumó la sonrisa. Estaba seguro de que ahora ya no iba tras él. Al parecer, hacer el amor no era prioritario para ella.

Decidió darle algún tiempo y esperar lo mejor. Por supuesto, él seguía metiéndose con ella como siempre. Cualquier cosa para evitar que ella se diera cuenta de lo mucho que le dolía su rechazo. No estaba dispuesto a mostrar su orgullo herido. Mantendría su dolor oculto.

Dos horas más tarde, Annie acostó a los niños y luego se dirigió

a su dormitorio. Cuando abrió la puerta, se encontró con Dakota, sin camisa, mirando el cajón de arriba de su cómoda, el que contenía su ropa interior.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó aterrorizada.

Él parecía grande y amenazador. Peligroso. No el sorprendentemente amable Dakota que se había ganado a Tyler en la cena, el hombre con el que odiaba tener fantasías. Por un momento, en la cocina, le había gustado la idea de tener por marido a Dakota. Pero ahora, viéndolo así, se lo pensó mejor. La parte peligrosa de él no desaparecería nunca, ese espíritu salvaje que hacía demasiado arriesgados a los hombres como él.

Dakota levantó la cabeza y se dio con una lámpara.

Ignorando la lámpara, la miró. No llevaba puestos más que los calzoncillos y Annie intentó apartar la mirada, pero no pudo. El cuerpo de ese hombre era como una escultura, con un leve sendero de vello que le bajaba por el abdomen hasta colarse por el elástico de los calzoncillos.

Atontada, dijo lo primero que se le pasó por la cabeza.

–Llevas calzoncillos largos. El otro día eran slips.

Él sonrió.

–Duermo con estos. ¿Y cómo sabes tú lo que llevaba el otro día?

–Tenías desabrochados los vaqueros –respondió ella avergonzada–. Supongo que me di cuenta porque me dedico a diseñar ropa interior.

–¿De hombre también?

–No –dijo ella tirándose de la camiseta y deseando que no se le viera el ombligo–. ¿Qué estabas haciendo en ese cajón?

Dakota sonrió más aún. Al parecer le había echado un buen vistazo a sus preferencias en lencería.

–Deshaciendo la maleta.

–Pero ese es mi cajón. Están mis cosas.

–No había ninguno vacío, así que me imaginé que lo podíamos compartir. ¿Hay alguna ley en contra de que mis cosas estén junto a las tuyas?

Pensar en sus calzoncillos junto a sus bragas de seda la hizo estremecerse.

–Te prepararé un cajón.

Pasó luego a su lado, colocó bien la lámpara y miró en el cajón

abierto. Mientras quitaba sus cosas y las ponía luego sobre su bolsa, cayeron del montón unos paquetes.

¿Preservativos?

–¿Qué es eso? –preguntó tontamente.

Dakota se arrodilló a su lado casi riendo.

–Si no lo sabes…

Ella tomó los paquetes y se los puso en la mano.

–Líbrate de ellos.

–Pero yo siempre uso protección.

Annie se cruzó de brazos.

–Tus días de suerte han terminado. Ya no los necesitas.

Esta vez él tuvo la audacia de reírse de verdad.

–De acuerdo. Pero no me puedes evitar siempre. Estamos casados, ya sabes…

Ella cerró el cajón.

–Me vi obligada a ello, ¿recuerdas? Y deja de reírte. Esto no tiene gracia.

Dakota lo hizo y metió los preservativos en su bolsa.

–Los tiraré mañana.

–No. Los vas a tirar ahora mismo. Y asegúrate de meterlos en el cubo de basura de afuera para que los niños no los encuentren. Miles está obsesionado con los globos de agua.

Dakota tomó los preservativos y se rió de nuevo.

–¿De verdad crees…? ¿Globos de agua…?

Annie no tuvo más remedio que reírse también. Miles era capaz de cualquier cosa y Dakota lo iba a descubrir muy pronto.

–Sal de aquí y tira eso –le dijo.

Él hizo como si se llevara la mano al ala de un sombrero imaginario y se puso en pie.

–Sí, señora.

Ella agitó la cabeza. Ese hombre no se había molestado siquiera en ponerse unos pantalones. ¿Qué pensarían los vecinos si lo vieran hurgar en sus cajones en calzoncillos? Oh, cielos.¿Qué vecinos? La casa más cercana estaba a cosa de un kilómetro.

Preparó el cajón de en medio. Luego se levantó y se dirigió al cuarto de baño principal. Los niños estaban acostados y Dakota tenía preparada la cama en el sofá. Necesitaba un baño de espuma y una cama caliente.

Media hora más tarde, Annie salió del cuarto de baño vestida con un camisón rosa de algodón.

–Me preguntaba con qué dormirías.

Annie se quedó helada. Dakota estaba tumbado en su cama.

–¿Qué estás haciendo?

–Admirándote. Estás preciosa.

–Te he hecho la cama en el sofá.

–Me encanta el cabello rubio. Sobre todo el tuyo. Me recuerdas a una de esas estrellas de cine de hace tiempo. Las rubias platino con un cuerpo impresionante.

Ella le señaló la puerta.

–Dakota. Al sofá.

Él agitó la cabeza.

–Lo siento, querida. Tengo una lesión en la columna vertebral y no pudo dormir en el sofá. No me apoya bien la espalda –dijo él mirando la colcha estampada con flores–. ¿Es que todo en tu casa tiene flores?

Ella empezó a pasear por la habitación.

–¿Dónde se supone que he de dormir yo?

Dakota dio unos golpecitos en la cama a su lado y sonrió.

–Aquí, junto a tu esposo, querida. Como una buena esposa.

Annie respiró profundamente. Dakota había accedido a casarse con ella y adoptar a los niños, pero eso no significaba que ella se tuviera que ofrecer en sacrificio. Si le daba la mano, seguramente él se tomaría el brazo entero. O más.

–Deja de llamarme querida.

–Lo siento, que…

Annie dejó de pasear y lo miró. Ahí estaba él, con los brazos tras la cabeza, tumbado en su cama como un sátrapa. En su cómoda y cálida cama, con su colchón firme y sus sábanas a medida.

Entornó los párpados y le dijo:

–Debería haber encontrado a otro cheyenne con quien casarme.

Él sonrió.

–No conoces a ningún otro cheyenne. Y ahora deja de portarte como una niña y métete en la cama. No muerdo.

No, pero podía hacer que las entrañas se le alteraran con un beso. Y eso la asustaba.

–No me voy a acostar contigo. Dormiré en el sofá.

–De eso nada. No es justo. Además, si duermes en el sofá todas las noches, los niños creerán que nos hemos peleado. Y se lo contarán a Harold.

Annie suspiró. Dakota tenía razón. Harold ya había llamado un par de veces desde que volvieron de Las Vegas y ella no quería crear un problema. Y tampoco le gustaba que los niños pensaran que Dakota y ella se habían peleado. Aún cuando ese matrimonio no fuera a durar, pretendía seguir siendo amiga de él. Las peleas y gritos que habían terminado con la relación de sus padres aún la asustaban.

–Vamos, jeringa –dijo él colocándose mejor en lo que, al parecer, había decidido que iba a ser su lado de la cama–. Seré bueno, te lo juro. Ni siquiera voy a insistir para que me des un beso de buenas noches.

–Muy bien. Vamos a dormir –dijo ella.

Apagó entonces la luz y se metió en la cama sin más ceremonia. Necesitaba aparentar indiferencia. Probablemente él se reiría si supiera lo nerviosa que estaba.

Justo cuando cerró los ojos, Dakota se dio la vuelta, llevándose la manta con él.

–¡Dakota!

–¿Qué?

–Me has quitado la manta.

La cama crujió cuando él se sentó.

–Lo siento. Supongo que no estoy acostumbrado a compartir la cama.

Annie se volvió hacia él. Debería haberle dejado la manta. La luna destacaba sus contornos y eso la impresionó.

Ella tampoco estaba acostumbrada a compartir la cama. Hacía años que había renunciado a los hombres.

Se tumbaron de nuevo y ella trató de no respirar demasiado profundamente. Olía a jabón. Él debía haberse duchado en el cuarto de baño de los niños.

Annie no se pudo dormir. De repente, esa gran cama le parecía demasiado pequeña. Dakota ocupaba demasiado espacio y ella estaba muy nerviosa. Él era seis años mayor que ella, así que, cuando ella era una niña sin desarrollar enamorada de él, Dakota ya era alto y maduro y se metía con ella llamándola jeringa. Pero eso

no había evitado su enamoramiento. Entonces no dejaba de pensar en él, deseando que no se dedicara a montar toros. Después de la forma en que había muerto su padre, no podía dejar de preocuparse por Dakota.

¿Echaba él de menos el rodeo? La emoción, el peligro… Las noches de juerga, las mujeres fáciles. Su lesión lo había obligado a retirarse. No lo había elegido voluntariamente.

–¿Annie?

Ella se sobresaltó al oír su voz.

–¿Qué?

Ahora eres tú la que estás tirando de la manta.

Ella se dio cuenta entonces de que era cierto.

–Oh, lo siento.

–¿Te pasa algo?

–Me está costando trabajo dormirme.

–A mí también. Supongo que se tarda en acostumbrarse a estar casados.

Ella no se iba a acostumbrar a vivir con él. No cuando sabía que él ya encontraría algún motivo para marcharse después de la adopción.

–¿Te gusta tu nuevo trabajo? –le preguntó cambiando de conversación.

Prefería no hablar del matrimonio, sobre todo cuando estaban compartiendo la misma cama.

–La verdad es que diseñar joyas aún no me parece un trabajo. No he vendido muchas piezas.

–Pero lo harás. Tus obras son preciosas.

Y era cierto, él tenía talento.

–Gracias. La verdad es que nunca me imaginé que fuera a ser algo más que una afición. Pero cuando no podía usar las piernas, aprendí a confiar en mis manos.

–Son magníficas –dijo ella recordando lo grandes y masculinas que eran.

–¿Eso crees? Pues con ellas puedo hacer muchas más cosas que joyas. Hey, tal vez te pueda hacer una demostración. Ya sabes, mis manos, tu cuerpo…

Annie sonrió a su pesar.

–¿Es en eso en lo único que puedes pensar?

–Es difícil no hacerlo cuando se está casado con alguien como tú.

Ella hizo girar los ojos en sus órbitas.

–Buen intento. Pero todos estos cumplidos no me afectan en absoluto –mintió.

–Probablemente yo tenga que viajar de vez en cuando. Creo que iré a ver una de las mejores tiendas de objetos de la costa Oeste. Ya sabes, para ver si les interesa vender allí mis joyas.

–Podrías buscarte un representante comercial –le sugirió ella–. Estoy segura de que hay un montón de vendedores que querrían vender la obra de un vaquero famoso.

–Sí, lo había pensado. Pero me gusta viajar y supongo que podría ir a algunas ferias mientras estoy por ahí, ya sabes, para conocer a otros artistas y sus trabajos.

Empezar una nueva vida viajando. Tenía sentido. El vaquero vagabundo. El artista nómada. Como se imaginaba, él ya estaba empezando a buscarse excusas para estar lejos de casa. Estaba claro que ese matrimonio no iba a durar.

Suspiró. Por suerte, ella ya no era una niña enamorada. No enamorarse de Dakota Graywolf le pondría las cosas mucho más fáciles.

Dakota resistió la tentación de taparse las orejas. Jamie llevaba llorando sin parar durante la última media hora, aullando como un coyote.

–¿Hace esto siempre que Annie mamá se va a trabajar? –le preguntó a Miles.

–No. Nunca llora en casa de la niñera.

Dakota parpadeó. El niño, aún con el pijama puesto, saltaba por el sofá gritando a pleno pulmón.

–Solo tiene que acostumbrarse a mí –dijo repitiendo lo mismo que le había dicho antes a Annie.

–¿Y cuánto va a tardar? –preguntó Miles–. Me está poniendo de los nervios.

Dakota se encogió de hombros. Estaba con los niños desde hacía menos de media hora y la habitación ya parecía haber sufrido los efectos de una explosión. Los coches miniatura de Miles y Tyler

estaban desparramados por el suelo, junto con todos los almohadones de la casa. Dado que estaban construyendo una montaña, él les había dejado meter algunas piedras y, aunque las hojas y ramas no entraban en el trato, las habían incluido ellos para hacer de árboles.

–¿Debería darle otro biberón? –preguntó mirando al pequeño.

Tyler lo miró. Hasta entonces había permanecido en silencio ante los lloros de su hermano.

–Le gustan las golosinas –dijo.

–¿De verdad?

En ese momento él le habría dado lo que quisiera. Un kilo de chocolate, un cigarro habano o un Porsche nuevo.

–¿Tenéis golosinas en casa?

Tyler y Miles se miraron.

–Vamos, chicos, esto es una emergencia.

Miles se dirigió a la cocina y Dakota lo siguió.

–Están ahí –dijo el niño señalando una alacena sobre el frigorífico.

Dakota la abrió y sacó una jarra amarilla con tapa. Miró dentro.

–Maldita sea, aquí hay de todas clases.

Miles lo miró ansioso.

–¿Quieres tú también?

–Sí –respondió el niño tomando el puñado que él le ofreció–. ¡Hey, Tye, ven a por una golosina!

Tyler apareció inmediatamente, por lo que Dakota se imaginó que debía estar cerca.

–Annie mamá no nos deja comer muchas de una vez –dijo como una persona mayor.

Cosa que tal vez lo fuera, ya que Dakota sabía que tenía un coeficiente intelectual cercano al de un genio.

–Sí –corroboró Miles–. Ella dice que no nos hacen ser hiperactivos.

–A ti, no a mí –lo corrigió su hermano.

Dakota miró al mediano. ¿Cuánto de hiperactivo podía volverse?

–Muy bien, ¿cuáles les gustan más a Jamie?

–Las piruletas –dijeron los dos niños a la vez.

Dakota volvió al salón con las golosinas, se acercó tímidamente al niño que lloraba y le ofreció una.

Jamie lo miró suspicazmente.

–Mío –dijo agarrando el chupa chup.

Luego se refugió en una esquina del sofá como una ardilla royendo una nuez. Dakota se sentó en el extremo opuesto del sofá y suspiró aliviado.

Los niños seguían jugando y comiéndose sus caramelos. Él fue a sacarse el tabaco del bolsillo de la camisa, pero recordó que Annie le había prohibido fumar en la casa. Decía que era malo para los pequeños.

Tomó una piruleta y se la metió en la boca para no pensar en el tabaco. La verdad era que aquello era un pobre sustituto.

Decidió que lo que le faltaba a esa habitación era un buen sillón de cuero donde un hombre pudiera reposar a gusto. Apoyó la mano en el sofá y notó algo húmedo.

–¿Ha derramado alguien algo en el sofá? –preguntó.

–Tal vez Jamie haya tirado el biberón.

–O se haya mojado en los pantalones.

Lo cierto era que el pequeño parecía tener empapados los pantalones.

–¿No sabe usar el orinal? –preguntó Dakota.

Miles se encogió de hombros.

–Está aprendiendo. Pero casi siempre se le olvida.

Oh, vaya. Annie no le había dicho nada de pañales. ¿O sí? Dakota se frotó la barbilla. ¿Qué le había dicho ella esa mañana? El problema era que lo había bombardeado con tanta información, con tantas reglas que seguir, que no le había hecho mucho caso.

–¿Dónde están los pañales? –preguntó.

–Jamie, ve a por tu pañal –dijo Miles.

El niño se bajó del sofá y salió del salón. Mientras estaba fuera, Dakota se dio cuenta de que la jarra de las golosinas había bajado un poco de existencias. Al parecer, Miles se había pasado. Cuando Jamie volvió, llevaba en la mano lo que parecían unos pañales.

Una hora y tres chupa chups más tarde, padre e hijos abandonaron la casa y el desorden que habían organizado. Jamie tenía un aspecto bastante desastrado, pero Dakota se sentía orgulloso del trabajo que había hecho con él. Por lo menos el niño ya no lloraba, y eso era un principio.

Los llevó a la consulta del oftalmólogo mientras pensaba que

necesitaba desesperadamente un cigarro. Por suerte, la recepcionista resultó ser una abuela experimentada y se hizo cargo de los niños, entreteniéndolos mientras esperaban.Cuando le probaron las gafas a Tyler, el niño miró a Dakota como inseguro.

–¿Parecen graciosas? –preguntó.

Dakota sonrió. El niño las había elegido estilo años cincuenta. Como llevaba el cabello.

–No. Me gustan.

Tyler se miró al espejo.

–¿Crees que me parezco a Buddy Holly?

–¿Estás seguro de que solo tienes ocho años? Buddy Holly era anterior incluso a mí.

–Nuestro padre solía tocar sus canciones todo el tiempo. Le gustaba esa clase de música. Incluso Miles lo recuerda. Se sabe toda la letra de *Peggy Sue*.

Dakota pensó que seguro que él también se la sabía. Se tragó el nudo que se le había formado en la garganta y dijo:

–Sí, te pareces a Buddy Holly. Tienes un aspecto verdaderamente de los años cincuenta. Estoy seguro de que le gustaría a tu padre.

–¿Te vas a comprar unas como las mías?

Dakota asintió.

–Sí. Como esas.

Cuando le llevaron las monturas y le dijeron que se las podían tener listas con cristales sin graduación en menos de una hora, se las puso y, cuando se miró al espejo, se quedó pasmado por la transformación que había sufrido.

Era la viva imagen de Buddy Holly o, por lo menos, así se lo pareció a él.

Capítulo Cuatro

Annie extendió la mano.

–Ven a sentarte conmigo.

Dakota abandonó su silla y se dirigió a la tumbona. Relajarse en el porche a las diez de la noche estaba bien, pero compartir la tumbona con su preciosa esposa era incluso mejor.

–Ponte las gafas.

Dakota pensó que no había nada como arruinar un momento romántico. Sabía que esas gafas no le sentaban bien, pero aún así, se las puso. Parecía una versión de los años cincuenta de Clark Kent.

Ella se inclinó y le rozó levemente los labios con los suyos. Sorprendido por ese gesto de afecto, perdió la oportunidad de deslizarle las manos por el cabello y profundizar el beso.

–Esto ha sido por hacer feliz a Tyler con lo de llevar gafas.

–Tiene un aspecto gracioso con ellas. Mucho mejor que el mío.

–Eso no es cierto. Creo que te hacen parecer muy sexy. Estudioso y salvaje a la vez.

Dakota sonrió.

–Tal vez debiera empezar a llevar camisetas blancas y el paquete de tabaco en la manga.

–Y comprarte una moto.

–Tenía una en el instituto, ¿recuerdas? Una Duo Glide del cincuenta y nueve que me restauré yo mismo.

Annie agitó la cabeza.

–¿Cómo lo iba a olvidar? Esa cosa era muy ruidosa.

–Sí, pero era rápida. Me gusta ir aprisa. ¿Y tú, querida? ¿Te interesa la velocidad o prefieres ir despacio?

–Estamos hablando de las Harleys, ¿no?

Dakota se rió. Se sentía como si volviera a los tiempos de los besos robados, chaquetas de cuero, batidos e inocencia. Tal vez esas gafas no estuvieran tan mal del todo.

–¿Dakota?

–¿Sí?

–Estoy realmente impresionada por la forma en que te has comportado hoy con los niños. Han almorzado saludablemente, la casa estaba impoluta e incluso has logrado trabajar.

–Oh, sí, gracias.

¿La comida rápida y un kilo de caramelos eran una comida saludable?

–Son buenos chicos. No ha habido problema.

Lo de la casa impoluta había sido obra de una señora de la limpieza que había llamado y lo de que él hubiera podido trabajar… lo que había hecho era desempaquetar algunas cosas que ya había hecho mientras los niños molestaban a la limpiadora.

–No me puedo creer que realmente Jamie se echara la siesta. Nunca lo ha hecho conmigo.

Bueno, el niño había caído agotado por haberse pasado casi todo el día llorando.

–Debe haber sido la nana.

–¿Le has cantado una nana?

Dakota contuvo una sonrisa. Había metido al niño en su jaula y le había cantado una versión lamentable del *Rock de la cárcel*, así que Jamie metió la cabeza bajo la manta para no oírlo hasta que se quedó dormido.

–Sí, ha sido fulminante.

–¿Así que Jamie está contento contigo ya?

No, si no tenía un chupa chup a mano.

–Bueno, estamos trabajando en ello.

–Esta noche me ha costado dormir a Miles. Supongo que lo ha excitado mucho el pasar el día contigo.

–Seguramente –dijo él pensando en el azúcar de todos los caramelos que se había comido–. ¿Qué dirías si nos acostáramos? Estoy molido.

Ella asintió y aceptó la mano que él le ofreció. Después de cerrar la puerta de la casa, fueron a ver a los niños, se sonrieron como hacen los padres y se dirigieron a su dormitorio.

Dakota entró antes en el baño, se desnudó y dejó la ropa en la cesta de la ropa sucia mientras Annie buscaba su camisón.

Cinco minutos más tarde, con las gafas aún puestas, él se metió en la cama y ella entró en el baño. Cuando salió, él colocó bien las sábanas y se humedeció los labios. Esa noche ella llevaba un camisón de terciopelo de un color a juego con sus ojos. Aunque era una prenda muy sencilla, despertó el deseo en él.

En vez de acostarse, ella se sentó delante de su cómoda y tomó un frasco de loción. Él se dedicó a observarla mientras se la daba. Su ansia se intensificó y se la imaginó desnuda, como una exótica princesa de cuento de hadas…

–¿Dakota?

Su voz lo sobresaltó.

–¿Qué?

Cuando ella se volvió hacia él, se dio cuenta de que debía haberlo visto por el espejo.

–¿Estás bien? Pareces raro.

Él se limitó a mirarla por un momento. ¿Podía ella ser tan poco consciente de su sensualidad?

–¿Te vas a cepillar el cabello? –le preguntó.

–¿Por qué? ¿Te molesta la luz?

–No –dijo él apartando las mantas–. Es que he pensado que, si lo vas a hacer, tal vez te lo pudiera hacer yo.

Una expresión curiosa le pasó por la cara a ella.

–Me parece raro que lo quieras hacer.

–Jamie se quejó cuando traté de peinarlo, así que pensé que tal vez lo hacía demasiado fuerte o algo así. He pensado que podría practicar contigo.

Ella se mordió el labio inferior.

–No sé, Dakota…

–Vamos. Soy nuevo en esto de ser padre y nunca le he cepillado el cabello a nadie, salvo a mí mismo. Y el mío es muy rebelde y tengo que hacerlo con fuerza –dijo él pasándose una mano por la cabeza–. A veces me pregunto por qué me molesto en intentarlo.

–Tal vez debiera ser yo la que te lo cepillara a ti.

–En otro momento.

Dakota se levantó de la cama y se puso tras ella. Esa noche tenía toda la intención de pasar las manos por ese sedoso cabello rubio.

Se quitó las gafas, las dejó sobre la cómoda y tomó el cepillo adornado. Lo admiró con ojos de experto.

Ella lo vio trazar los adornos con los dedos.

–Era de mi madre. Eso y los botes de perfume es lo único que me queda de mi familia.

Dakota acercó el cepillo a su cabello.

–Es precioso.

Luego empezó a cepillarla lentamente, haciendo que el cabello le cayera por la espalda. Se acercó más a ella. Maldijo su belleza, el calor del momento y el deseo que le corroía las entrañas. Ella lo miró por el espejo y sus ojos se encontraron.

–Querida, ¿por qué no quieres hacer el amor conmigo? –dijo él sin pensar.

El corazón le latió fuertemente a Annie.

–Porque me he visto obligada a este matrimonio. Lo mismo que tú.

–Pero nos sentimos atraídos el uno por el otro, Annie. ¿No es eso suficiente?

–Yo no soy tan libre como tú, Dakota. No me puedo acostar con alguien solo por lujuria. Ni siquiera hemos salido juntos nunca.

Dakota sonrió maliciosamente.

–Si lo que quieres es que salgamos, entonces saldremos. Le diré a Mary que se quede con los niños este fin de semana, te compraré flores, iremos a cenar…

–Yo no hago el amor la primera vez que salgo con alguien, así que no pongas esa cara.

–¿Ni siquiera besas la primera vez que sales con alguien?

–A veces –dijo ella y se volvió hacia él–. No deberíamos hablar tan a la ligera de esto, Dakota. Actualmente fallan casi el cincuenta por ciento de los matrimonios. Y dado que la mayor parte de esa gente se quiere casar, yo diría que nuestra situación no tiene esperanzas.

Se daba cuenta de que le estaba dando una salida, le estaba poniendo fácil marcharse cuando llegara el momento.

Él le acarició una mejilla.

–Querida, ¿no podríamos limitarnos a vivir el momento? ¿Disfrutar el día a día?

No. Ella no podía. Richard había sido de ese tipo de hombres y

sus actos le habían roto el corazón. Se volvió de nuevo hacia el espejo.

–Esta conversación no nos está llevando a ninguna parte.

Él continuó cepillándole el cabello.

–No hablaremos de estar juntos. Pero te garantizo, Annie, que sucederá. Y cuando así sea, será la experiencia más increíble y sensual de nuestras vidas.

Ella se humedeció los labios nerviosamente. Si él supiera la cantidad de veces que se había preguntado cómo sería hacer el amor con él. A ella le encantaban las películas antiguas y, de alguna manera, Dakota era la viva imagen del protagonista masculino de esas películas. Cariñoso, seguro de sí mismo, atractivo. Y, como esos personajes, incluso tenía sentido del humor. Por supuesto, nada de eso importaba, porque las películas eran una ficción y los personajes de la vida real se dedicaban a engañar a las chicas tan a menudo como las seducían. Acostarse con él sería un error.

Pero sospechaba que un error glorioso. Su contacto era arrebatador.

–Deberías pensar hacerte peluquero. se te da muy bien.

Él se rió.

–Que no te oigan decir eso mis antiguos compañeros del rodeo. Tengo una reputación que mantener, ya sabes.

–Nada podría dañar esa reputación.

Él era el vaquero por excelencia. El vaquero alto que se alejaba cabalgando solitario hacia la puesta del sol…

–No se lo digas a nadie –dijo él–, pero sé cómo hacer champú. Mi madre nos enseñó a Mary y a mí cuando éramos niños a hacerlo con sustancias naturales. Es parte de nuestra herencia, supongo. No se puede ser un buen cheyenne si no se sabe sobrevivir con los elementos que da la tierra.

Una imagen se apareció repentinamente en la mente de ella. Unos pinos, una poza de agua clara y un guerrero desnudo lavándose el cabello en ella. Toda una fantasía.

Frunció el ceño. Era mejor que dejara esas fantasías. Ese guerrero desnudo se parecía demasiado a Dakota. Un hombre que vivía el momento. Un hombre que haría el amor con ella para luego dejarla por la siguiente rubia que se cruzara en su camino. Una rubia que llevaría vestidos ajustados y las uñas pintadas de rojo

brillante. Como Sheila Harris.

El sábado por la mañana, Annie apretó el botón del despertador y se dio cuenta inmediatamente de que Dakota no estaba a su lado. En dos semanas se había acostumbrado a su profunda respiración y al olor de su gel de baño.

Bostezó y se levantó de la cama. Alguien estaba haciendo café en la cocina, ya que su rico aroma llegaba hasta allí. Unas voces de niños sonaban excitadas. También le llegó el ruido de los platos.

Se puso su bata favorita de ama de casa, una de franela color melocotón. Sus otras batas favoritas eran de seda y seguramente nada apropiadas para esos momentos. La lencería había sido su obsesión desde la primera vez que se puso un sujetador.

La cocina bullía de actividad. Los niños se comían encantados una de las especialidades de Mary Graywolf.

Annie les dio un beso a cada uno y saludó a su amiga.

–Hola, Mary. ¿Me has hecho panqueques a mí también?

–Estoy con ello –respondió Mary.

Poco después lo tenía delante, junto con una taza de humeante café.

Mary se preparó su desayuno y se sentó al lado de Tyler.

–Dakota me ha pedido que cuide hoy de los niños. Me dijo algo de que tus dos dependientas de la tienda se han puesto enfermas.

Normalmente Annie no trabajaba los sábados en la tienda. Los fines de semana eran para los niños, por lo menos de día. Por las tardes, se dedicaba a coser en el taller que había montado en el desván de la casa. El resto de la semana lo dedicaba a la tienda y a diseñar prendas para su clientela, que incluía a mujeres de negocios, modelos y amantes de tipos ricos viejos, calvos y gordos. Trataba a todas con el mismo respeto a pesar de la opinión que tuviera de su forma de vida. A veces incluso las esposas de esos mismos ricos viejos se pasaban por la boutique, generalmente con un amante joven y atractivo a su lado. Por supuesto, sus clientas favoritas eran las felizmente casadas que disfrutaban excitando a sus maridos con su lencería.

–Supongo que Dakota ha hecho otros planes –dijo Annie.

Una de sus dependientas había llamado para decir que tenía la

gripe, así que ella no tenía más remedio que ir a abrir esa mañana. La noche anterior Dakota había accedido a cuidar de los niños, ya que su niñera habitual no estaba disponible.

Mary se encogió de hombros.

–No lo sé. Solo me dijo que necesitabais una niñera.

Miles levantó la mirada de su plato y se relamió.

–Tía Mary nos va a llevar hoy al zoológico.

–Eso está muy bien, chico.

Pronto ellos iban a tener también su propio zoológico, ya que la construcción de un establo y un cercado. Ella había comprado esa casa con tanto terreno para que los niños pudieran tener un pony, pero no había contado con un rancho en miniatura.

–Tío Kody dice que podremos tener un cerdo –afirmó Miles.

–¿Un cerdo?

–Sí. Y va a hacer más grande la casa para que Tye y yo ya no tengamos que compartir habitación.

–Por fin –dijo Tyler–. Miles es un cerdo.

–¡No lo soy!

–¡Sí lo eres!

–Niños, ¿dónde está tío Kody? –preguntó Annie.

Se preguntaba por qué era ella la última en conocer los planes de su marido.

–Afuera. Está fumando –dijo Miles.

–Volveré dentro de un momento –le dijo ella a Mary.

Encontró a su marido en el patio trasero. Todavía el sol no había calentado la tierra y sentía la hierba fría en los pies descalzos.

Con el fondo del establo parcialmente construido, Dakota parecía el vaquero que era, con el sombrero bajo y un cigarrillo colgando de la comisura de los labios. Estaba apoyado en la cerca que separaba el patio del resto de la propiedad, con un pie sobre el tablón de abajo. Las mangas subidas de la camisa vaquera exponían sus bronceados antebrazos.

Cuando Annie se acercó, él la vio y sonrió. Ella se sujetó mejor la bata.

–¿Por qué no me has contado que pensabas agrandar la casa? –le preguntó sintiéndose posesiva con su casa.

Desde el primer día en que él se fue a vivir allí, se había dedicado a reorganizarle la vida. Compartir con él un cuarto de

baño no era fácil tampoco. Él siempre se dejaba abierto el tubo de la pasta de dientes, arrugaba las toallas y nunca bajaba la tapa del inodoro. Aunque, por lo menos, levantaba las dos cuando tenía que hacerlo.

Dakota se quitó el cigarrillo de los labios y expulsó el humo.

–¿Tienes algún problema con que los niños tengan cada uno su habitación?

–No. Pero sí que lo tengo con que tú tomes decisiones sin consultarme antes a mí. Esta es mi casa.

–Y yo soy tu marido y el padre de los niños. Mi papel es mantener a la familia. Así que creo que la casa necesita más habitaciones y se las añadiré. No te estoy quitando tu casa, la estoy mejorando.

Ese hombre tenía respuestas para todo.

–¿Y el cerdo?

–Tengo entendido que son buenas mascotas.

Annie resistió la tentación de arrojarle un puñado de tierra. Él tenía esa sonrisa pícara que solía poner cuando ella era una niña tonta que adoraba la tierra que él pisaba.

–¿Qué tiene de malo un perro?

–Nada. Ya les he dicho a los niños que pueden tener uno cada uno.

Ella se quedó boquiabierta.

–¿Y quién va a dar de comer y a cuidar a tres perros?

–Los niños.

Ah, claro. Eso lo harían el primer día. Dakota aún no tenía ninguna experiencia con los niños.

–Eso no sucederá. Tendremos que ocuparnos de ellos tú y yo.

Él volvió a sonreír.

–Yo me he pasado la vida recogiendo estiércol, querida. Pero no estoy preocupado por los niños, cuidarán de ellos. Claro, Jamie es demasiado pequeño, pero Tye y Miles han prometido ocuparse de su cachorro.

–Tyler y Miles prometieron no quejarse a la hora de acostarse, pero no lo cumplieron.

–Un niño ha de tener un perro –dijo él–. Y un caballo.

Annie apretó los puños y se los metió en los bolsillos.

–Por favor, no me digas que también les has prometido que cada

uno va a tener su propio pony.

–No –respondió él y apagó el cigarrillo–. No van a tener ponies. Son difíciles de domar y no hay muchos vaqueros lo suficientemente pequeños como para hacerlo. Les voy a regalar un caballo. El mejor que pueda encontrar.

–¿Un caballo grande?

–Sí. Uno bien domado y tranquilo. Mis hijos no van a aprender a montar en un pony con mal genio. Además, Tyler ya no tiene edad de tener un pony. Ya es mayor como para aprender a montar en serio.

Dakota tenía razón, por supuesto. Ella se había agarrado a la idea del pony porque su padre le había prometido uno cuando era pequeña. Cierto que no lo tuvo nunca y ni siquiera la enseñó a montar, lo hicieron Mary y Jill mucho después de que él muriera.

–¿Hay algo más que te hayas olvidado de decirme?

–Sí. Dado que tú eras una vendedora tímida en tu boutique, hoy voy a trabajar contigo.

Annie rogó que hubiera entendido mal.

–Yo vendo lencería, Dakota.

–Ya lo sé. Pero tú dijiste que los sábados es un día muy ajetreado y tú has estado trabajando mucho toda la semana. Yo te puedo ayudar a sacar cosas de las cajas o algo así. Además, tengo curiosidad por ver la tienda.

–Pues ven a buscarme para almorzar alguna vez. No te necesito allí todo el día.

–Sé muy bien que tienes mercancías que hay que sacar de las cajas. Te oí decírselo por teléfono a una de las dependientas. Y si te sigues forzando tanto, terminarás enferma. Voy a ir contigo te guste o no.

Ella apretó los dientes. Una vez más, él le estaba organizando la vida.

–Tú trabajas tanto como yo.

–Sí, pero yo lo estoy llevando mejor que tú. La mitad del tiempo parece como si estuvieras sonámbula.

–Eso es porque no me dejas dormir con tus ronquidos.

No iba a admitir que lo que la mantenía despierta por las noches no eran sus ronquidos, sino la atracción que sentía por él.

Dakota entornó los párpados.

–Yo no ronco.

Eso era cierto. Solo lo había dicho para molestarlo.

–A mis clientas no les gustará que haya un hombre por allí.

–Me quedaré aparte.

Sería mejor así, pensó ella, ya que algunas de sus clientas encontrarían demasiado turbador tener por allí a semejante hombre. Se dio la vuelta y volvió a la casa. Decirle que no le estaba resultando cada vez más difícil. Y seguro que él lo sabía.

Capítulo Cinco

La boutique «Sedas íntimas» estaba en un bloque de apartamentos que daba a la autopista costera del Pacífico, entre un restaurante italiano y una panadería francesa. Annie pensaba que su sitio era allí. En su opinión, la lencería femenina pegaba muy bien con ese entorno.

Dakota parecía pensar lo mismo. No había dejado de sonreír desde que entró en la tienda y no había logrado articular más que monosílabos.

Un bar con botellas de champán y zumos dominaba una de las paredes. Algunas fotos antiguas en blanco y negro mostraban a varias chicas de la época de largas piernas, vestidas de satén y con largas y flotantes boas.

El mostrador frontal estaba lleno de collares de perlas, guantes largos, brazaletes, ligueros y medias de nylon de medio muslo, con y sin ligas.

Dakota lo miró todo, absorto en cada detalle.

–¿Puedo dormir aquí esta noche? –le preguntó él sonriendo maliciosamente.

El que él aprobara su tienda la agradó. Duro vaquero o no, ese hombre tenía un ojo artístico. Ella le señaló un sofá estilo victoriano.

–Ponte cómodo.

–No me parece lo bastante grande para dos –dijo acercándose a los ligueros–. ¿Tú llevas siempre algo como eso?

–La verdad es que ahora llevo uno.

–Maldición –exclamó él pasándose una mano por el cabello. Luego la miró con ojos de depredador.

–Levántate la falda.

–No.
–Enséñamelo.
–Dakota, estoy trabajando.
Él se acercó un poco más.
–La tienda todavía no está abierta. La puerta sigue cerrada.
De repente Annie se dio cuenta de que, una parte de ella quería enseñárselo.
–No puedo.
–Sí, sí puedes. Además, lo quieres hacer.
–No quiero –mintió ella–. No tienes ni idea de lo que quiero.
–Muy bien. Como quieras. ¿Por qué no me muestras lo que hay que hacer para que me pueda poner a trabajar?
Annie lo puso a abrir cajas y poner precios hasta que, un rato más tarde, le dijo:
–Ya casi es hora de abrir. Voy a preparar algunas estanterías para colocar las nuevas piezas.
Él apenas levantó la mirada.
–De acuerdo. Las iré sacando cuando me digas que están listas.
–Dakota.
–¿Sí?
–Gracias.
Esta vez él la miró a los ojos.
–De nada, jeringa. Tienes una bonita tienda.
Ella sonrió y se dirigió a la puerta con las llaves en la mano. La penetrante mirada de ese hombre la revolvía las entrañas. Cosa que parecía estarle sucediendo a cada momento últimamente.
A mediodía, entró la tercera clienta del día, cargada de diamantes. Maddie Ferguson, una pelirroja de buen ver de unos cincuenta años, que se dirigió directamente al bar, se sirvió un zumo de naranja en un vaso que luego terminó de llenar con champán.
–Hola, querida –le dijo sonriendo a Annie.
Maddie tenía un cuerpo magnífico. Era una ex reina de belleza que se había casado con un anciano magnate del petróleo, del que se había quedado viuda antes de los treinta años.
–Tienes un gran aspecto –le dijo Annie sinceramente. No muchas mujeres pueden llevar medias blancas, una blusa de seda color esmeralda, sin sujetador debajo, y un enorme bolso.

–¿Tú crees? Me lo he estado trabajando como una loca. Y eso que odio sudar. Cualquier mujer que me diga que le gusta poner el trasero en una bicicleta estática es una mentirosa.

Annie sonrió.

–¿Un nuevo hombre?

A la pelirroja le gustaba tanto la lencería sexy como los jóvenes atractivos y viriles.

–¿Y qué otra cosa podría ser? Si no hubiera hombres en el mundo, yo me quedaría en cama comiendo bombones todo el día.

Annie no estaba de acuerdo en eso. Ella hacía ejercicio y los hombres no tenían nada que ver en ello. Lo mismo que le pasaba con la lencería. Le gustaba la sensación de la seda contra su cuerpo y los encajes la hacían sentirse especial. Nunca había buscado la aprobación de los hombres.

–Hablando de hombres… –dijo Maddie mirando a Dakota.

Annie ni se había dado cuenta de que él había salido del almacén. En el momento que lo vio se le agitaron de nuevo las entrañas. Sus anchos hombros y gastados vaqueros parecían extremadamente rudos en ese entorno tan femenino. Y, aunque parecía fuera de lugar, él estaba colocando la mercancía con tal eficiencia que parecía que llevara haciéndolo toda la vida.

Maddie sonrió.

–¿Tu nuevo juguete, querida?

«Ya le gustaría a él serlo», pensó ella.

–Dakota es mi marido.

–Vaya, vaya. Tienes buen gusto. Hum, no me parece de los que se casan. Debes haber hecho algo especial para echarle el lazo a este.

Annie trató de no fruncir el ceño.

–Por supuesto.

«Hemos adoptado a los mismos niños», pensó de nuevo.

Maddie volvió a mirar a Dakota.

–No hay nada como un vaquero de verdad para hacer que los jugos de una chica fluyan. Esa forma de andar tan sexy significa que se dedica a los rodeos, ¿no?

–Ex jinete de caballos. Campeón del mundo.

–Lo mejor de lo mejor. Como yo nací y me crié en Texas, en mis tiempos monté a unos pocos vaqueros. Y son para que se te haga la

boca agua. Dime, querida, ¿por casualidad no será él ese nativo americano que se lesionó hace un tiempo? Lo leí en alguna parte. El chico estuvo muy mal.

Annie asintió.

–Dakota Graywolf. Ese es él.

–Vaya, pues ahora parece estar bien.

–Mi marido es un hombre muy decidido. Y con mucho talento también. Es diseñador de joyas.

Maddie se humedeció los labios.

–¿Joyas? ¿Diamantes?

La mujer de negocios que había en Annie despertó inmediatamente. A Maddie le gustaban las joyas incluso más que la lencería o los hombres. Levantó la muñeca para mostrarle un brazalete que llevaba de la colección de Dakota. Aunque la mayor parte de las joyas de él estaban hechas de plata y turquesas, aquella era de oro blanco y diamantes formando una exquisita creación.

Maddie la miró con mucho interés.

–Está a la venta –le dijo Annie.

–¿Y el anillo?

–Es mi alianza.

–Oh, lo siento. Me quedaré con el brazalete –dijo Maddie sin preguntar el precio–. Añádelo al resto de mis compras.

Luego, le dio la copa que llevaba en la mano y añadió.

–Ya es hora de comprar.

Dos horas y casi dos mil ochocientos dólares más tarde, Maddie salía por la puerta después de arrojarle un beso a Annie.

Agotada pero encantada, Annie invitó a Dakota a almorzar con ella en el bar.

–Normalmente no almuerzo en la zona de ventas de la tienda, pero creo que hoy voy a hacer una excepción.

Dakota sirvió una copa de sidra para ella y un refresco para él. Luego, sacó los bocadillos que había comprado en una tienda cercana. El de ella de pavo sin mayonesa y con doble de tomate, y el de Dakota de pan con tomate y jamón serrano.

Después de darle un mordisco a su bocadillo, él dijo:

–Esto es lo mejor que puede ofrecer California.

–Y yo diría que la playa es lo segundo mejor.

–Sí, todas esas rubias en bikini.

–Estaba hablando de la arena y el mar –dijo Annie dándole un golpe en el brazo–. Además, se supone que no tienes que mirar a otras mujeres.

Él se rió.

–Estoy casado, no muerto, querida.

Annie no pudo evitar los celos. Cuando Dakota terminó con los paquetes, le había dicho que se iba a dar una vuelta a la playa cercana, a ver tiendas y, al parecer, también a las rubias de la playa.

–¿Qué opinas en realidad de California?

–Está empezando a gustarme. Tengo que admitir que Old Town Temecula es el sueño de un vaquero. Y también, por supuesto, está la playa. A pesar de todo voy a seguir teniendo mi cabaña en Montana. A los niños les encantará.

¿Y a quién no? La cabaña de Dakota consistía en una gran habitación con una chimenea de piedra, una estufa de leña, una cama rústica y algunos sillones de cuero. Un retiro de soltero perfecto, con un arroyo que corría cerca de ella.

Annie se retorció el anillo que tenía en el dedo. Al parecer, Dakota pretendía volver allí algún día. Lo de agrandar la casa y construir un establo no significaba que él quisiera quedarse en California para siempre. ¿Debería importarle eso a ella? Dakota seguiría estando allí para los niños. Había muchos hombres que eran padres de fin de semana.

Mordió su bocadillo mientras Dakota devoraba el suyo. Ella se había acostumbrado a vivir sin un hombre. Hacía mucho tiempo que había aprendido a ser independiente. Cuando Dakota decidiera marcharse, ella lo dejaría. Estar sola era mucho más seguro que perder el corazón.

Las mujeres eran una cabezotas, pensó Dakota. El lunes por la noche, su muy ocupada esposa estaba con una fuerte gripe.

Ella murmuró algo con el termómetro en la boca. Algo que sonaba a:

–No te atrevas a decir que ya me lo dijiste.

Él se cruzó de brazos y pensó que sí lo había hecho.

De alguna manera, ella lograba parecer frágil y beligerante al mismo tiempo.

Cuando le quitó el termómetro, vio que seguía teniendo bastante fiebre.

–Sigues con fiebre. No te vas a mover de esta cama –le dijo él.

–Pero Jamie está llorando. Tengo que decirle que mamá está enferma…

Dakota impidió que se levantara y la arropó.

–Ya se lo diré yo. Y está con sus hermanos, así que no hay ninguna razón lógica para que llore. Se agarra a ti como una lapa. Eso no puede ser normal.

–Eso es porque está celoso de ti. Ten en cuenta que solo tenía tres meses cuando sus padres murieron y solo me ha conocido a mí.

–Eso ya lo sé. Pero mimarlo demasiado no va a servir de nada. Va a tener que aceptar que ahora tiene dos padres y madre.

–Pero…

–Pero nada. Si vas a hablar con él, solo conseguirás que llore más todavía cuando te vuelvas a la cama. Además, le puedes contagiar la gripe y luego la pillarán los otros dos.

«Y yo me pasaré las próximas dos semanas haciendo de enfermero», pensó él.

–¿Qué hora es?

–Más de las diez. Voy a acostar a los niños. Deberían estar dormidos hace horas.

–¿Dónde vas a dormir tú?

–En el sofá. Uno o dos días no me harán mucho mal. Cierra los ojos, querida, yo me ocuparé de Jamie.

–De acuerdo –susurró ella.

Dakota vio que tenía a mano todo lo que pudiera necesitar y salió de la habitación.

Acostar a los dos mayores no fue problema, ya que ambos estaban muy cansados, sobre todo de oír llorar a su hermano.

Jamie fue otra cosa. Cuando lo tuvo instalado en su cuna, el niño dijo:

–Quiero a mi mamá.

Dakota vio que el niño estaba mojado y se preguntó cómo se las iba a arreglar para cambiarlo sin empezar de nuevo con los llantos.

–Mamá no se encuentra bien. Está durmiendo.

–Quiero a mi mamá.

–Lo siento, chico. me tienes a mí en su lugar.

–No te quiero a ti.

Dakota nunca hubiera pensado que tener hijos fuera tan difícil. Pero allí estaba él, haciendo un papel lamentable como padre y marido. Su esposa lo rechazaba cada vez que intentaba un avance sexual y sus hijos esperaban que les diera caramelos a cada momento. Bueno, pues no esa noche, pensó. Se las arreglaría sin chupa chups ni cigarrillos, decidió.

–Desnúdate, Jamie –le dijo sabiendo que el niño lo sabía hacer.

Jamie lo hacía cada vez que le apetecía, así que era evidente.

Jamie puso gesto de cabezonería. Uno que le recordaba mucho a Annie.

–No quiero. Quiero a mi mamá.

«Y yo también», pensó él.

–Si tengo que ir a prepararte para dormir, lo vas a lamentar.

El pequeño arrugó la nariz, se quitó los pantalones, y se los tiró a los pies a Dakota.

–Papá, vete.

Papá.

Cuando Dakota se hubo tragado el nudo de la garganta, sonrió. Jamie no le había llamado nunca papá.

–Si no te portas bien, te cantaré.

Jamie se quitó el pañal.

–Papá canta mal. Vete.

Dakota pensó que se le iban a saltar las lágrimas en cualquier momento. Vio uno de los animales de peluche favoritos de Jamie en la caja de juguetes. Si no iba a cooperar con él, tal vez lo hiciera con el oso.

Acercó la cara del mismo a la suya. Si un oso pudiera hablar, ¿qué diría? ¿Cómo sonaría su voz?

¿Baja y gruñona? ¿Alta y aguda?

Se sentía estúpido.

Estaba a punto de dejarlo de nuevo en la caja cuando se dio cuenta de que Jamie lo miraba atentamente.

Se acercó al niño y le dijo hola con una voz que no era la suya, al tiempo que extendía una de las patas del oso.

El niño dijo hola también y aceptó esa pata.

–¿Tienes cosquillas? –preguntó el oso.

El niño apretó los brazos, anticipándose a lo que venía a

continuación.

El oso no lo decepcionó, y se arrojó sobre él, dándole la oportunidad a Dakota de hacerle cosquillas hasta que empezó a reírse.

El oso bailó y canto, pero Jamie no protestó a pesar de que lo hizo francamente mal. Luego hablaron de la guardería, de las vacaciones, de Santa Claus, el Conejo de Pascua y sus personajes de dibujos animados favoritos.

Cuando el oso le dio a Jamie unos pañales nuevos y le pidió que se preparara para dormir, el niño lo hizo. Para sorpresa del oso, incluso dejó los pañales sucios en un cubo de basura que había ex profeso en su habitación. El oso le dio las gracias y luego echó atrás la cabeza y bostezó.

–¿Quieres que tu papá nos acune hasta que nos durmamos? Tengo sueño –le preguntó.

Jamie asintió y se instaló en el regazo de su padre. Dakota le acarició la cabeza y le acercó el oso para que se durmiera con él.

–¿Papá?

–¿Sí?

–Pipí.

Dakota se rió.

–No tengo que ir, chico, pero gracias por preguntar.

–Pipí, papá. Yo.

Dakota se levantó de un salto. Llegaron justo a tiempo al cuarto de baño y, cuando Jamie terminó, recibió un fuerte abrazo.

–Vamos a decírselo a mamá.

Era insistente el chaval.

–Se lo diremos mañana. Esta noche está dormida.

–¿Chupa chups?

Oh, vaya… ¿Y qué más daba?

Dejó a Jamie y se dirigió a la cocina. Cuando el niño terminó el caramelo y se quedó dormido, Dakota salió al exterior de la casa para fumar un bien merecido cigarrillo.

Capítulo Seis

Dakota levantó el teléfono. Annie estaba en el trabajo y los niños con María, el ama de llaves que había contratado en secreto. María se los había llevado al parque para que él pudiera hacer esa llamada.

–¿Diga? –respondió Harold.

–Hola, soy Dakota.

–¿Cómo están los niños?

–Muy bien. Jamie incluso me llama papá ahora.

–¿Y Annie? ¿Te llama marido?

Dakota frunció el ceño. No estaba dispuesto a admitir que aún no había hecho el amor con su esposa.

–Está bien, acaba de pasar la gripe. Hoy ha ido a trabajar. La razón por la que te he llamado es porque quiero hablar de Excalibur contigo.

–¿El toro?

–Sí. Pienso ponerme en contacto con algunos de mis patrocinadores para ver si les interesa montar un espectáculo. Excalibur y yo. Una ocasión única.

Era extraño el que el toro al que tanto había querido dominar, había sido el que lo había destruido. Excalibur nunca había permitido que ningún vaquero lo montara por más de ocho segundos, así que ese día de verano en que por fin había logrado subirse a él, había estado seguro de conseguir la victoria. Pero no había sido así y, en su lugar, Excalibur lo había aplastado a él.

–¿Así que estás dispuesto a volver al Rodeo? –le preguntó Harold.

–Estoy dispuesto a enfrentarme a Excalibur –respondió Dakota–. Tengo que borrar eso de mi memoria. Empezar de nuevo. Para

alejarme esta vez.

–Entiendo.

¿Pero lo entendería Annie? Sabía que Annie pensaba que él era incapaz de volver a subirse a un toro, pero no era ese el caso. Físicamente se había recuperado; eran sus emociones las que lo atormentaban.

A no ser que él terminara con la racha de seis años de inbatibilidad de ese toro, siempre sería recordado como el vaquero al que Excalibur había destrozado. Y eso lo hacía sentirse como un guerrero cubierto de vergüenza, un hombre derrotado en la batalla. Tenía que retirarse con dignidad. Para él, «Vaquero Arriba» era más que una frase impresa en las camisetas. Representaba un lema con el que vivir. No podía dejarlo así.

–Todavía no se lo he dicho a Annie –dijo–. Me preocupa por su padre. Lo pasó muy mal cuando él murió.

–Su padre fue un hombre irresponsable. Las circunstancias de su accidente fueron distintas de las del tuyo.

–Sí, lo sé.

–Díselo. Ella estará bien. Lo entenderá.

Dakota agitó la cabeza. Él no estaba tan seguro. Tenía que convencer a Annie de que él era un padre y esposo dedicado a su familia antes de revelarle su plan, darle tiempo para que lo aceptara. Admitir que estaba dispuesto a volver a montar a Excalibur no le iba a ayudar a ganarse el afecto de su esposa. Era su deber hacer que ese matrimonio funcionara, era un compromiso cheyenne, algo que Harold esperaba de él.

Miles daba saltos arriba y abajo mientras Annie le abrochaba los zapatos.

–¿A dónde vamos? –preguntó.

Ella agitó la cabeza y sonrió. Ya había respondido tres veces a esa pregunta.

–Tu tío Kody dice que es una sorpresa.

–¿No podrías darme una pista?

Annie se levantó.

–No me ha dicho ni a dónde vamos ni la sorpresa que es.

–Se lo puedes preguntar. Está en la cocina.

Ella sabía donde estaba su marido. Se quedaba allí con un café y el periódico todas las mañanas. Luego daría un paseo corto y se fumaría un cigarrillo. Dakota vivía en lo que Mary llamaba, el tiempo cheyenne, a un ritmo tan poco apresurado como las tranquilas nubes que solían recorrer los cielos de Montana.

–Si se lo pregunto, destruiría la sorpresa.

Bajaron a la cocina, donde se encontraron a Dakota en su lugar habitual de la mesa, con el periódico abierto y una taza de humeante café delante. Levantó la cabeza y los miró con sus gafas. Las llevaba siempre que Tyler estaba cerca. Ese gesto le llegaba al corazón a Annie. Dakota era un padre increíble, aunque siempre encontrara la manera de hacer trampas.

Se quedaba a cuidar a los niños tres veces a la semana y, en esas ocasiones lograba crear nuevos diseños de joyas, darle de comer a los niños, pasar la aspiradora y limpiar la casa. Era curioso, pensó, ya que no era precisamente la persona más limpia y ordenada cuando ella estaba delante y, a pesar de que cocinaba, rara vez fregaba un plato ni, mucho menos, la cocina. Sospechaba que, seguramente, habría contratado a una mujer de la limpieza. O a todo un regimiento. Sonrió. Uno de esos días pensaba pillarlo y quitarle de la cara esa sonrisa de sabelotodo. Estaba empezando a ser demasiado perfecto.

–¿Estás listo, tío Kody? –le preguntó Miles–. Porque nosotros sí que lo estamos.

–Todavía no he terminado mi café, hijo. Y tus hermanos están desayunando aún.

–¿Dónde están desayunando? –preguntó Annie.

–En el salón. Están viendo dibujos animados.

Ella no les dejaba comer en el salón, pero al parecer, Dakota sí. Agitó la cabeza. Naturalmente, a él no le importaban las manchas y migas por el suelo y los muebles, no cuando podía contratar a alguien para que las limpiara.

Miles se sentó a la mesa y empezó a tamborilear en ella como si así le pudiera meter prisa a su padre. Dakota siguió leyendo y tomándose el café.

Annie fue al salón para ver lo que hacían los otros dos. Tyler y Jamie estaban sentados en el suelo, viendo la televisión desde demasiado cerca, mientras se tomaban sus tazones de cereales, que

Jamie había desparramado casi por completo por el suelo.

–Hola, mamá –dijo el pequeño.

–Hola –respondió ella pensando que ya limpiaría aquello.

Tyler la saludó también. Ahora parecía muy contento con sus gafas. La clásica estructura ósea de los cheyennes era evidente en ese niño, pero la nariz delgada y cabello ondulado eran los de su padre biológico, un hombre tan rubio como Annie. Tyler era un chico guapo, alto para su edad y, en su momento, volvería locas a las chicas.

Por un momento, Annie pensó en cómo sería un hijo de ella y de Dakota. Decidió que precioso. Una preciosidad con el cabello negro y espeso de Dakota y los ojos color ámbar de ella.

¿De dónde había salido ese pensamiento?

Vaya. De Dakota, por supuesto. Lo había logrado con su rutina de perfecto esposo y padre. Lo último que ella necesitaba era enamorarse de él.

Miró de nuevo a Tyler y Jamie y luego cerró los ojos, tratando de quitarse de la cabeza la imagen de ese niño imaginario. Sabía que no debía soñar despierta con cosas que nunca sucederían.

En el momento en que llegaron a su destino, Annie supo cuál iba a ser la sorpresa de Dakota para los niños. *Puppy Haven* era justo eso. Una tienda de animales especializada en mascotas.Annie y Dakota pulularon por allí, viendo cómo los niños se fijaban en todo. Miles cambió de opinión varias veces por minuto. Tyler observaba tranquilamente a los animales y Jamie llamaba cachorro a cada perro que veía.

Annie tuvo que admitir que quiso llevarse a casa a cada cachorro.

–¿Quieres uno, Jamie? –le preguntó Dakota al niño.

El pequeño asintió.

–Entonces elige el que quieras.

Annie agitó la cabeza. Su marido ciertamente tenía un método muy poco ortodoxo de elegir un perro. Dejar que los niños se perdieran en una tienda de animales. Ella hubiera preferido comprar una enciclopedia canina, elegir algunas razas apropiadas y luego evaluar la información. Decirle a un niño de dos años que

eligiera el que quisiera no se le habría ocurrido.

Cuando Jamie se detuvo y apretó la cara contra la pared de cristal de una de las jaulas, Dakota y Annie se quedaron mirando. El cachorro solitario de bulldog se acercó y apretó también la nariz contra el cristal, como imitando al niño. Jamie se rió y el perro ladró. tenía una cara plana y aplastada y ojos oscuros y tristes. Annie pensó que era feo, pero de una manera adorable.

Dakota se rió.

–Alguien ha encontrado a un amigo –dijo.

Annie miró la etiqueta. Un amigo de novecientos dólares.

Jamie miró a sus padres.

–Mío –dijo.

Dakota le hizo una seña al dependiente.

–¿Podemos ver ese perro?

El joven volvió un momento más tarde con el animal.

Mientras Jamie abrazaba al perrito, Annie bombardeó al vendedor a preguntas acerca del perro y de la raza, que resultaron perfectos para el niño.

Dakota sonrió cuando el cachorro le lamió la nariz a Jamie.

–Parece un chico duro, ¿verdad?

–Seguirá a su hijo a todas partes –dijo el vendedor–. Estos perros son muy leales. Parecen tontos, pero no lo son. No podría encontrar una mascota mejor.

–Mío –insistió Jamie.

Annie acarició al cachorro.

–Es muy caro –le dijo luego a Dakota al oído.

Él se encogió de hombros.

–No me importa. Mira lo contento que está Jamie.

Y ese fue el final de la discusión, ya que era muy cierto.

Tyler y Miles alabaron el cachorro de su hermano y luego se fueron a buscar los suyos.

Un cuarto de hora más tarde, Miles sorprendió a su familia al elegir al perro más pequeño del mundo. Un chihuahua. Cabía sentado en la mano del niño.

Miles decidió llamarlo Taco, ya que así se llamaba el perro de su serie favorita de dibujos animados.

–Pero voy a tener que aprender español para que me entienda –dijo–. Los chihuahuas son de México. Y sus cacas son muy

pequeñas, ya que ellos lo son también.

Dakota y Annie se rieron. Al parecer Miles había elegido su mascota en función de sus obligaciones de limpieza.

Dakota le dijo entonces a Tyler:

–¿Has encontrado tú también un perro, hijo?

Tyler miró a su alrededor, incómodo.

–Hay un montón de perros muy bonitos aquí, pero… Bueno, yo estaba pensando que, tal vez, un perro huérfano que necesite un hogar…

A Annie se le encogió el corazón.

Dakota tragó saliva como si tuviera un nudo en la garganta.

–Creo que probablemente tengas razón. Tan pronto como terminemos aquí iremos a buscar uno a la perrera, ¿de acuerdo?

El niño sonrió.

–De acuerdo.

Entre todos decidieron llamar Jeremiah al perro de Jamie, ya que se parecía a una rana protagonista de una canción infantil del mismo nombre.

Una vez en la perrera, Tyler avanzó por ella acariciando a los perros por entre los barrotes. Cuando se detuvo delante de uno en particular y se quedó mirando a uno que se quedó tímidamente detrás de los de su camada, Annie supo que el chico había encontrado lo que quería.

Era un perro negro de tamaño medio, una mezcla de perro pastor de alguna clase, de hocico largo y orejas en punta. Estaba sucio y mal cuidado, pero Annie se dio cuenta de que parecía tener un carácter dulce y una buena disposición a agradar, a pesar de su apariencia.

Dakota se acercó y lo acarició.

–Es un buen perro –le dijo a Tyler–. Pronto lo pondremos completamente en forma.

–Lo voy a llamar Guerrero Perro –dijo el niño.

Annie le acarició la cabeza al niño. Acababa de hacerle un bien merecido honor a su padre adoptivo. El tatarabuelo de Dakota era un Guerrero Perro, el más bravo de los guerreros cheyenne. Annie sabía que Dakota había heredado de él un cuchillo de mango de hueso que había pertenecido a su antepasado y que había sido utilizado en la ceremonia que lo había hecho hermano de sangre de

Jill.

Cuando Dakota sonrió a Tyler, el niño le devolvió la sonrisa. Annie vio que entonces acababa de formarse un nexo especial entre ellos.

Esa noche, cuando el caos causado por los niños y perros se había tranquilizado, Annie se retiró a su taller. Cuando poco después entró Dakota, le sonrió.

Él acababa de ducharse y no se había puesto ni la camisa ni los zapatos. Se acercó a su mesa y le dijo:

–Les he hecho a los niños unas palomitas, los he instalado en una alfombra delante de la televisión y les he puesto un vídeo de Disney.

–¿Cuál?

–*Ciento un dálmatas*. He pensado que a los perros también les gustaría.

Ella sonrió de nuevo.

–Eres un buen padre, Dakota.

En los ojos de él brilló el orgullo.

–Gracias. Es cada vez más fácil. Jamie se está acostumbrando de verdad.

Estaba segura de que las palomitas en el salón iban a crear el caos, pero decidió que no era el momento de recordarle las reglas de la casa. A los niños parecía encantarles la libertad que les daba Dakota.

–Por cierto, ¿piensas dedicarte de nuevo a lazar?

Él la miró extrañado.

–¿A qué viene eso ahora?

–Ya tienes casi terminado el cercado y estaba pensando que me resulta curioso que puedas lazar caballos y montarlos, pero que no puedas dormir en el sofá.

–Bueno, supongo que exageré un poco.

Annie entornó los párpados.

–¿Exageraste o mentiste?

–Mentir es un poco fuerte, ¿no crees?

–Dakota…

–Muy bien, mentí. ¿Estás enfadada?

–Sí, lo estoy. Ese fue un truco muy bajo para meterte en mi cama.

–¿Significa eso que me destierras al salón ahora?

–No lo sé.

Lo cierto era que ella había empezado a disfrutar de su presencia a su lado por las noches, pero el que la hubiera engañado no le gustaba nada.

–¿Tienes problemas con tu espalda, sí o no?

–La verdad es que no –respondió él sonriendo angelicalmente–. Ando de una forma curiosa, pero supongo que eso no cuenta.

–Andas bien.

De alguna manera, esa sonrisa la aplacó. Lo cierto era que Dakota había perdido mucho con ese accidente y había sufrido bastante.

–Supongo que te puedes quedar en el dormitorio. Después de todo, hemos accedido en que es lo mejor para los niños. Pero si sigues teniendo secretos conmigo…

–No los tengo –dijo él interrumpiéndola demasiado aprisa.

Pero su lenguaje corporal decía otra cosa. Los niños muestran que mienten pasando el peso del cuerpo de un pie a otro. Y hay un dicho… La única diferencia entre un hombre y un niño es el precio de sus juguetes.

Esta vez Annie pensó que sabía cuál era su secreto. No solo sospechaba que él había contratado a una limpiadora, sino que también había comprado a los niños con golosinas para que le mantuvieran eso en secreto. Aunque la jarra de golosinas seguía llena, se había dado cuenta de que, de vez en cuando, su contenido cambiaba. Ella compraba de una clase mientras que, al parecer, Dakota compraba de otra, tratando que parecieran de la misma. Lo de ser una madre desde hacía un par de años la había entrenado para distinguir las señales del comportamiento infantil y Dakota no era mejor en eso que los niños.

Dakota se inclinó sobre el boceto que ella estaba dibujando.

–¿Por qué siempre dibujáis a las modelos tan delgadas? –preguntó.

–Porque las proporciones de los cuerpos son más largas en las ilustraciones de moda.

Él hizo una mueca.

–A mí no me gustan.

Annie le ofreció una hoja de papel en blanco.

–¿Y tú lo podrías hacer mejor? –le preguntó molesta.

Él sonrió y tomó un lápiz. le apetecía un descanso, así que ella le cedió la silla y se dispuso a observar lo que él hacía. Pero, sorprendentemente, lo que empezó a aparecer, no eran los trazos de aficionado que se había imaginado. Sintió curiosidad y se acercó más. Aunque su sistema de dibujo no era muy ortodoxo, la mujer con curvas que dibujó parecía muy real. Demasiado en algunas zonas.

Annie se aclaró la garganta.

–Eso está muy bien. Pero para empezar, tiene los senos demasiado grandes.

Él levantó el dibujo a la altura de los ojos.

–De eso nada.

–Las modelos raramente los tienen tan grandes –dijo ella sin mencionar que el dibujo de él tenía los pezones endurecidos y el de ella, no.

Dakota la miró directamente a los senos a ella.

–Los tuyos sí que lo son.

Annie resistió la tentación de cruzarse de brazos.

–Yo no soy una modelo.

Ella seguía llevando la misma ropa de esa mañana y, a pesar de que la camiseta no revelaba nada, se sintió expuesta. Su sujetador color carne no ofrecía mucha protección, sobre todo dado que sus pezones habían decidido celebrar la ocasión por su cuenta.

–¿Y eso? –le preguntó él mirándola ahora a los ojos.

Annie no supo qué era peor. Que la mirara directamente a los senos o que la mirara a los ojos después de haberla mirado a los senos.

–¿Qué?

–¿Cómo no te has hecho modelo?

Ella casi se quedó boquiabierta. ¿En qué planeta había estado viviendo él?

–Porque soy demasiado baja, no lo suficientemente bonita, mis senos y caderas son demasiado grandes y peso bastante más de lo que debiera para serlo.

Él la miró de nuevo. La miró fijamente. Annie pensó que debía

haber dejado fuera lo de pesar demasiado.

–Por lo que a mí respecta, eres como debe ser una mujer. Y te equivocas en lo de no ser suficientemente bonita.

No era de extrañar que él le pareciera una amenaza. Dakota podía ser encantador cuando quería.

–Gracias.

–Ven aquí.

Annie se mordió el labio inferior. Como él seguía sentado, indudablemente aquí quería decir su regazo. Lo recorrió con la mirada. Se supone que los hombres no deber ser hermosos, pero ese parecía una escultura en bronce.

Sin pensárselo más, se sentó en su regazo y descubrió lo excitado que estaba él. Luego se rió cuando él gimió.

–Lo siento –dijo.

Él la agarró por la cintura.

–Haz eso otra vez, pero sin disculparte.

Ella le rodeó el cuello con un brazo y agitó las caderas.

–¿Qué llevas debajo –dijo ella refiriéndose a los pantalones de chándal de él.

–Nada, querida. Lo que sientes es lo que hay.

Lo que ella sentía era un hombre con un saludable apetito, un ansia sexual. Sintió curiosidad por ver lo que él le estaba ofreciendo, se inclinó y le rozó la piel del cuello con la lengua. Sabía a jabón, piel masculina y deseo. Deseando más, siguió con la lengua hasta el centro de su pecho, hasta que notó el latir de su corazón contra los labios.

Él la agarró por el cabello.

–Hay un nombre para las mujeres como tú.

Annie lo miró.

–¿Me estás llamando calienta braguetas?

–No, querida. Estaba pensando más bien en esposa.

–¿Así que crees que estoy actuando como una esposa?

Dakota le lamió el labio inferior con la lengua.

–Sí, una buena esposa.

–¿Cómo de buena?

–Así de buena.

Él levantó las caderas, la agarró por el trasero y apoyó su excitación contra la parte delantera de los pantalones de ella.

Caliente, duro y hambriento. Esas fueron las palabras que se le ocurrieron a ella mientras se besaban apasionadamente.

–Te deseo –dijo él cuando tomaron aire–. Te deseo mucho.

Lo que él quería era sexo furioso. No pudo evitar preguntarse cómo sería tenerlo dentro, moviéndose rítmicamente. Ella también tenía sus fantasías. Sueños de una luna de miel erótica.

Dakota la volvió a besar, dura y profundamente. Pero el ruido de los niños peleándose y los ladridos de los perros los interrumpió, mostrándole lo extraño de la situación. Allí estaba ella, fantaseando acerca del sexo mientras sus niños gritaban y se tiraban palomitas de maíz.

Recuperó el control y puso los pies firmemente en el suelo.

–Creo que los niños se están peleando por qué perro hizo qué. Será mejor que vaya a ver.

Sabía que, en cualquier momento, Jamie se iba a poner a llorar.

Dakota se pasó una mano por la cabeza y luego gimió cuando sus cuerpos se separaron.

–Iría contigo, pero… –dijo señalándose el bulto del regazo–, no estoy precisamente presentable.

–Será mejor que empieces a llevar calzoncillos debajo del chándal, vaquero.

–Sí –respondió él sonriendo–. Y tú será mejor que me beses hasta dejarme sin sentido más a menudo.

Sin sentido, pensó Annie. Eso había descrito perfectamente su comportamiento. Pero no lo podía evitar. Deseaba a su marido.

Capítulo Siete

Dakota entró en su dormitorio ansioso por estar con su esposa. Habían pasado dos horas desde el momento erótico que habían compartido y quería más. deseaba volverla a besar, abrazarla y sentirla estremecerse.

–Hola, papá.

Dakota levantó la cabeza. La vocecilla había salido de la cama.

Inmediatamente apareció la sonriente cara de Jamie. El niño estaba en brazos de Annie.

–Hola –respondió Dakota.

Al ver a Annie con el niño junto a ella, algo se agitó en su interior. Algo como cariño y orgullo. Lo cierto era que se había imaginado a Annie en la cama innumerables veces, pero no con un niño de dos años en brazos. Sus fantasías nunca habían sido paternales, pero con ese niño en brazos, eso era lo que estaba haciendo en ese momento. Pero la sensación que le producía no le gustaba nada. Se suponía que ese matrimonio no iba a hacer de él un loco romántico. El deber y el honor eran una cosa y derretirse como la cera era otra. Quería ser un buen marido, pero para él, eso significaba fuerza y carácter masculino. Los guerreros no se derretían por sus mujeres. Un marido era un protector, el que llevaba el alimento, un compañero sexual.

Y eso era lo que él había esperado ser esa noche.

–Jamie, ¿quieres que papá te lleve a tu cuna? –le preguntó al niño.

–No –respondió él agitando vigorosamente la cabeza–. Yo y Jeremiah vamos a dormir aquí.

Cuando oyó su nombre, el perro asomó la cabeza de debajo de la manta y bostezó.

Dejando a un lado la frustración sexual, Dakota sonrió. El trío que había en la cama era de lo más gracioso.

–Annie, ¿qué está pasando aquí?

Ella le acarició la cabeza al niño.

–Jamie no podía dormir en su habitación porque el cachorro no dejaba de llorar. Y la cuna es demasiado pequeña para los dos. Nuestra cama me ha parecido la única solución para dormir bien.

Dakota se acercó y pensó que no podía cambiar la sonrisa de Jamie ni la mirada de cariño de Annie por nada en el mundo, así que, por esa vez, se permitió tener esa sensación bobalicona de antes.

Pero solo por esa vez.

Bajó la luz de la mesilla de noche, ya que sabía que el niño dormía con la luz encendida.

–¿Hay sitio también para mí?

Jamie agitó los brazos y luego le dio unos golpes al colchón a su lado. Al parecer estaba encantado por tener a sus padres tan cerca en la cama.

–Aquí, papá. Yo y Jeremiah vamos a dormir aquí todas las noches.

Dakota pensó que eso no le haría mucho bien a su vida amorosa.

–No, hijo. Os compraremos a Jeremiah y a ti otra cama más grande.

–¿No más cuna?

–Eso es. No más cuna.

El niño se dirigió a su madre.

–Soy un niño grande, mamá.

–Ya lo sé, querido. Estás creciendo muy deprisa.

Al poco rato, cuando el niño ya se había dormido, Annie le dijo a Dakota:

–Después de que sus padres murieran, Tyler y Miles también dormían conmigo. Unas veces llorábamos juntos y otras hablábamos de los ángeles en el Cielo.

–Lamento no haber estado contigo, con los niños.

Annie lo miró.

–Estabas lesionado. No podías hacer nada. Yo también lloraba por ti. Y rezaba. ¿Quién se podría haber imaginado que te hospitalizarían el mismo mes en que Jill murió? Fue una época

espantosa.

¿Ella había llorado por él?

–Aún así, me gustaría haber estado allí. No deberías haber pasado por todo eso sola.

–Está bien –dijo Annie apartando un poco a Jamie para poder apoyar la cabeza en el hombro de su marido–. Ahora estás aquí.

Sí, allí estaba él, sintiéndose demasiado emocional sobre ella. Tal vez lo que necesitaba era dejar de estar quieto y volver de nuevo a la carretera. Dakota siempre había sido un nómada de corazón.

Además, seguramente ella quisiera tener algún tiempo para sí. Dakota sabía que había alterado el orden de su vida. Ella seguía reglas, hacía listas de cosas, creía en la organización. Pero él se movía como un tornado, dejando colillas de cigarrillos por donde pasaba.

Esperaría un poco más, ya que estaba seguro de que pronto serían amantes. A cada beso que compartían notaba como se ablandaba la resistencia de ella. Jugueteó con un mechón del cabello de Annie. Sí, esperaría. No quería dormir solo en una habitación de motel sin saber lo que era estar dentro de ella.

–¿Annie?

–¿Sí?

–¿Quieres que salgamos este fin de semana? ¿Los dos solos? Ya sabes, como una cita.

–Claro. Creo que me gustaría. No he tenido una cita desde hace años.

Dakota sonrió. La invitaría a cenar y luego se la llevaría a algún lugar remoto para tontear un poco. Y conocía el lugar.

–¿Recuerdas la primera vez que nos volvimos a ver, ya sabes, después de ese verano que pasaste con mi familia?

–Claro. Mary, Jill y yo estábamos empezando la universidad y acabábamos de mudarnos a nuestro propio apartamento. Tú te quedaste con nosotras un par de días que tenías entre rodeos.

Más bien cuatro días y aún ahora, él los recordaba vívidamente. Había aparecido en su apartamento, había abrazado a Jill y Mary y luego se había quedado helado. Allí estaba Annie, ya crecida, con su sedoso cabello sobre los hombros, los senos altos y llenos y las caderas redondas y femeninas. Su chica de fantasía se había hecho

realidad.

–¿Sabías que entonces pensé que eras la criatura más hermosa que había visto en mi vida? ¿Que pensé pedirte que salieras conmigo?

–¿Estás de broma? El guapo eras tú, Dakota. Aunque yo ya había cumplido los dieciocho, volví a sentirme la adolescente insegura de nuevo. Recuerdo que Mary me preguntó por qué estaba actuando de una manera tan rara.

–Tal vez debiéramos haber salido juntos entonces.

Porque tal vez si se hubieran hecho amantes entonces, ella no se habría comprometido luego con ese idiota.

–No creo que hubiéramos hecho buena pareja. Yo no habría llevado muy bien tu profesión.

–Por supuesto, te llevabas mejor con los jugadores de fútbol.

–No es justo sacar a relucir ahora a Richard. Él no era un jugador profesional. Y además, los jugadores de fútbol no mueren en el campo.

Dakota frunció el ceño. El tema de su profesión siempre los llevaba a su padre.

–Tu padre no debería haber muerto, Annie. Ese día no debería haber montado.

Los rumores decían que Clay Winters había estado de juerga y borrachera la noche anterior, por lo que sus reflejos no funcionaron como debían. Cuando cayó del toro y se puso en pie, no se pudo mover lo suficientemente aprisa y el animal lo embistió.

–Ya sé que entonces mi padre estaba bebiendo mucho. El divorcio acababa de ser efectivo y no lo estaba llevando muy bien. Pero también han muerto otros vaqueros. Hombres que controlaban perfectamente su cuerpo. Pero montar toros no es algo seguro. Nunca lo he entendido.

–Eso es lo que soy yo –dijo Dakota sintiendo la necesidad de defender el único estilo de vida que había conocido hasta entonces.

–Es lo que eras –lo corrigió ella–. No lo que eres ahora. Yo solía estar preocupada por ti en ese tiempo. El que tuviéramos una relación lo habría puesto mucho más difícil. De verdad que lamento que tu carrera terminara de esa manera, pero me alegro de que esa parte de tu vida haya terminado. Yo no estoy hecha para ser la esposa de un jinete de toros.

Él le apretó una mano, sin saber muy bien qué decir. Cuando cerró los ojos, lo hizo sabiendo que tardaría mucho en poder dormirse.

Cuando llegó la mañana, Dakota miró a su alrededor y vio que estaba solo y que el timbre que estaba escuchando era el teléfono.

–¿Diga?

La voz del otro extremo tenía acento de Texas.

–¿Dakota?

–Sí.

–Pareces dormido. No te habré pillado en mal momento, ¿Verdad? he oído que te has casado con una rubia preciosa.

Dakota se rió. Era Billy Moreau, el director de relaciones públicas de *Outlaw Boots*, una de las firmas que lo patrocinaban.

–¿Tienes alguna noticia para mí, Billy?

–Tú siempre vas al grano. ¿Estás listo para montar ese toro? Me refiero a montarlo sin que te saque por encima de las orejas. Porque si es así, tenemos algo que proponerte.

Dakota se despertó de golpe.

–Te escucho.

–Estamos hablando de mucho dinero, pero tienes que hacerlo bien. No se te va a pagar por aterrizar con el trasero en el suelo, por muy bonito que piensen las chicas que es.

Dakota se rió.

–Montaré ese toro y, cuando lo haga, te comerás esas palabras, tejano, junto con ese gran Stetson que llevas.

Billy exageró su acento.

–Me parece bien. Pero esto no es todo. Solo para suavizar la cosa, te proporcionaremos algún ingreso extra. Ya sabes, salir en algunos anuncios de nuestras botas, como solías hacer antes.

–¿Y recibiré ese ingreso extra aunque caiga sobre este bonito trasero mío?

–Sí, señor. Cuando el público sepa que eres lo suficientemente tonto como para volverte a subir a ese toro, tu cara va a hacer que vendamos algunas botas. ¿Estás listo para hablar de números ahora?

Una hora más tarde, terminaron de hablar. Dakota se sentó en un sofá con el corazón latiéndole salvajemente. Acababan de

ofrecerle una gran cantidad de dinero. Y aunque no era por eso por lo que lo iba a hacer, ese dinero le vendría muy bien para empezar con su negocio de joyería y aún le sobraría.

Mientras se vestía, recordó lo que le había dicho Annie la noche anterior de que ella no estaba hecha para ser la esposa de un jinete de toros. Bueno, pues no iba a tener otra opción, pensó. Él tenía que hacer eso.

Annie le había advertido que no tuviera secretos con ella, pero no lo podía evitar en ese caso. Necesitaba enfrentarse a ese toro tanto como necesitaba que su esposa fuera su amante. Desafortunadamente, guardar silencio era la única forma de conseguir las dos cosas.

Mary estaba de pie tras Annie, mirando su reflejo en el espejo.

–Estás preciosa –le dijo.

–Gracias.

El vestido negro que había elegido era estrecho en la cintura y más ancho en las caderas. Tenía un cierto escote y debajo llevaba su lencería más sexy, incluyendo un liguero negro y medias de encaje, solo por si él quería mirar.

–¿Te puedes creer que estoy nerviosa?

–¿Por salir con mi hermano? Estás casada con él. ¿A qué vienen esos nervios ahora?

–Esta noche parece diferente.

Y eso era porque había decidido que haría el amor con él. Por supuesto, no esa noche, pero sí pronto. Ya no podía negar por más tiempo el ansia que sentía y tenía que quitarse a Dakota de su sistema nervioso.

Mary se sentó en el borde de la cama y sonrió cómicamente.

–¿Recuerdas que cuando éramos niñas y él me hacía enfadar yo les contaba a sus novias lo cerdo que era?

Annie no pudo evitar reírse.

–Pero no te creían.

–No. A él siempre le ha resultado fácil conseguir a las chicas. Salvo ahora.

–Yo soy la excepción.

–Sí, lo eres.

–He decidido ceder –dijo Annie al tiempo que se ponía los zapatos de tacón.

–¿Y por qué frunces el ceño? No es malo sentirse atraída sexualmente por tu marido.

–Soy una virgen de veintiocho años. No estoy acostumbrada a ver el sexo como un deporte, como algo divertido y liviano.

Buscó en el joyero y sacó un par de juegos distintos de pendientes hechos por Dakota que le mostró a su amiga.

–¿Cuales te gustan más?

Mary le señaló unos de plata imitando unas plumas.

–Los otros son demasiado pequeños y no se ven tan bien.

Annie se miró los pies mientras se los ponía.

–¿No debería ponerme también botas vaqueras?

–No sé. Póntelas a ver cómo te quedan.

Ella sacó del armario un par de botas Outlaw. Las suaves botas le parecieron unas zapatillas en comparación con los zapatos de tacón.

–¿Tú qué opinas?

–Póntelas. Te van bien con ese vestido. Y, si conozco a Dakota, seguramente querrá llevarte a un bar de vaqueros. Los viejos hábitos tardan en morir.

Algunos de los viejos hábitos de su marido eran su mayor preocupación.

–Supongo que ya estoy lista –dijo.

Mary se abrazó las rodillas y dijo:

–Lo puedes decir, Annie.

–¿Decir qué?

–Que estás enamorada de él.

–¡No lo estoy! Solo porque me quiero acostar con él eso no significa que me haya enamorado. Es un hombre atractivo y no quiero seguir siendo virgen durante el resto de mi vida. Es así de simple.

Se volvió a sentar en la silla de delante de la cómoda con el espejo, pero esta vez de espaldas a él. Mary parecía estar estudiando sus gestos. Como se sentía incómoda con el tema de conversación, Annie agitó las manos.

–¿Por qué te preocupa tanto enamorarte de Dakota? Estáis casados y tenéis tres hijos pequeños. Es la situación ideal, teniendo

en cuenta las circunstancias.

–Maldita sea, Mary. No estoy enamorada de él. Ni él de mí. Se ha casado conmigo para que me pudiera quedar con los niños.

–Creo que te equivocas –dijo Mary mirándola a los ojos–. Creo que él está confundido con sus sentimientos, así que lucha contra ellos. Lleva años deseándote.

–Lo que quiere es acostarse conmigo. Y eso no es precisamente un compromiso para toda la vida.

–Es cierto, pero diez años es mucho tiempo para soñar lujuriosamente con alguien. Creo que es más que solo sexo. Probablemente él ya esté medio enamorado de ti, pero aún no lo ha descubierto.

¿Era la hermana o la psicóloga la que estaba hablando? Por fin, Annie decidió que era la hermana. Dakota no actuaba como un hombre a punto de enamorarse. Parecía demasiado casual acerca de su relación y excesivamente ansioso por volver a la carretera. Y una lujuria de diez años no era algo poco habitual. Para algunos hombres, la caza es más emocionante que la conquista.

–Dakota es un gran padre –dijo–. Sé que ama a los niños.

–Y también está loco por ti.

Cuando Annie agitó la cabeza, Mary continuó:

–Sabes muy bien que mis padres lo dejaron correr salvaje. Ni siquiera le regañaron nunca por quedarse a dormir fuera de casa. Lo único en lo que insistían era en que practicara el sexo seguro. Dakota no fue criado para enamorarse. Nadie esperaba que lo hiciera, así que él tampoco.

Annie pensó que lo que quería Mary era que su hermano mayor cambiara, pero ella sabía que eso no iba a suceder. Él era como era.

–No creo que tengamos más tiempo para esta conversación, Mary. Seguramente Dakota se esté preguntando por qué estamos tardando tanto.

–Cuando te vea sabrá que ha merecido la pena la espera.

–Gracias –dijo Annie al tiempo que tomaba su bolso y metía luego en él el carnet de conducir, un tubo de lápiz de labios y un disco compacto–. Eres una buena amiga. Sé que quieres lo que crees que es mejor para mí.

«Pero mi esposo no es la respuesta. No será mío para siempre», pensó.

Capítulo Ocho

Como Mary había predicho, Dakota la llevó a un bar de vaqueros. Habían cenado en un restaurante de cinco tenedores y entraron en *La Herradura* de la mano.

Aparte de la ropa de la gente, aquello no era muy distinto de otros bares. Una banda tocaba canciones reconocibles, la gente bailaba y las camareras iban de un lado a otro por entre la multitud.

Se sentaron en una mesa que acababa de dejar libre otra pareja y, cuando llegó la camarera, Dakota pidió una botella de cerveza mexicana y Annie una copa de vino blanco. Él parecía completamente en su lugar, pero no así Annie. Ella siempre había evitado los bares de vaqueros, ya que su padre había pasado demasiado tiempo en ellos, bailando, bebiendo y persiguiendo a las chicas.

Ahora pensaba lo raro que era el que el padre de Dakota se hubiera hecho amigo del suyo. Clay Winters y Tucker Graywolf no tenían casi nada en común salvo el rodeo. Tucker era un hombre dedicado a su familia, un hombre muy metido en las vidas de sus hijos. Pudiera ser que le hubiera dado demasiada libertad a Dakota, pero estaba muy claro que amaba a su hijo.

–¿En qué estás pensando? –le preguntó él.

–En nuestros padres.

–¿Qué pasa con ellos?

Annie se encogió de hombros.

–En lo amigos que eran y lo poco que se parecían, supongo.

Entonces la camarera les llevó sus bebidas y Luego Dakota dijo:

–Tú eras parte de esa amistad, ya sabes. Mi padre solía sentirse mal por ti, yendo por los rodeos como un cachorro perdido. Por eso llevó a Mary para que os conocierais.

Annie se había sentido entonces como un cachorro perdido. Se había pasado las vacaciones con su padre, odiando cada momento de los rodeos a los que la había llevado. Mary y Jill habían sido su salvación. Dakota también. Su enamoramiento con él había mantenido su mente lejos de la volátil relación de sus padres, de su matrimonio intermitente.

–Sé que tu padre tenía algunos problemas, pero estaba orgulloso de ti. Te llamaba su pequeña princesa.

Ella le dio un trago a su vino.

–Vamos a cambiar de conversación, ¿de acuerdo? Ya me he pasado demasiados años pensando en el pasado.

Por suerte, gracias a Dios, el rodeo ahora ya estaba fuera de su vida. El retiro de Dakota había cortado esa última atadura.

–Claro, de acuerdo. ¿Qué opinas de la banda?

–No son malos –dijo ella aunque el country no era su fuerte.

–Sí, este es un sitio muy agradable.

Y era cierto, ya que no caía en la categoría de los bares habituales de los vaqueros, horteras y ruidosos.

–Hay algo que quisiera contarte, pero no quiero que te enfades –dijo él apoyando los codos en la mesa.

–¿Qué? ¿Que la única razón por la que me ibas a pedir que saliera contigo era para acostarte conmigo?

–No. Bueno, supongo que, en ese momento, ese era mi objetivo principal, pero no es de eso de lo que te quiero hablar. Yo, bueno, no he sido muy sincero últimamente sobre algo.

–¿Quieres decir que me has mentido?

–Tenía una buena razón.

Annie lo miró a los ojos.

–Sigue.

–No he sido yo quien ha estado limpiando la casa.

Ella contuvo la tentación de echarse a reír. Ese hombre parecía realmente avergonzado. De repente sintió también la tentación de saltar por encima de la mesa y abrazarlo.

–¿Y a quién debo agradecer que haya cuidado de la casa?

–A una chica llamada María. A los niños les cae muy bien e, incluso le está enseñando a Miles un poco de español para que pueda hablar con Taco.

Esta vez a ella se le escapó la risa.

–¿De verdad crees que ese chihuahua va a entender el español mejor que el inglés?

Él sonrió.

–Es mexicano. No sabes lo que me alegra que no te enfades. No te lo he dicho porque me daba vergüenza recordar lo que dije en el aeropuerto acerca de lo fácil que debía ser ocuparse de los niños y la casa. No tenía ni idea de lo complicado que podía ser.

Ella decidió no contarle que ya había sospechado eso y que había pretendido pillarlo con las manos en la masa.

–Muchas gracias. Tu sinceridad significa mucho para mí, Dakota.

Una sombra le pasó entonces a él por los ojos y, por un momento, ella se preguntó si no quedarían más secretos. Ese pensamiento se esfumó cuando él le tomó la mano.

–Eres preciosa, Annie.

–Gracias.

–Quiero besarte. Todavía no nos hemos besado lo suficiente.

–¿Aquí? ¿Quieres que nos besemos aquí mismo?

Dakota sonrió.

–Podemos bailar.

–De acuerdo.

Él se levantó y le ofreció la mano. Annie la aceptó y se dirigieron a la pista.

Cuando empezaron a bailar, el ala del sombrero de él creo una atmósfera íntima entre ellos. Cuando Dakota la besó, el beso fue demasiado profundo para estar en un lugar público, pero a ninguno de los dos les importó. Annie encontró la lengua de él con la misma necesidad voraz.

Cuando terminó el beso, Dakota le dijo al oído:

–Te he deseado desde hace mucho tiempo.

–Ya lo sé –susurró ella.

–Salgamos de aquí.

–¿Para ir a dónde?

Él la miró y sonrió:

–Tú ven conmigo y lo verás.

Mientras iban por la estrecha carretera, Annie se dedicó a mirar por la ventanilla los ranchos que pasaban. Pensó que era excitante

estar con él. Esa noche la estaba haciendo sentirse viva y un poco salvaje. Besarse en público no era su estilo, pero había disfrutado con ello.

Cuando Dakota detuvo el coche y apagó el motor, Annie miró por el parabrisas.

–Esto es precioso –dijo.

Estaban en lo alto de una colina, viendo un extenso paisaje de hierba y viñedos. Se veían a lo lejos las luces de la ciudad y en el cielo brillaban las estrellas.

–¿Cómo encontraste este sitio?

Dakota se soltó el cinturón de seguridad y le acarició el cabello.

–Le pregunté a ese chaval que nos trae el heno si conocía un lugar tranquilo donde llevar a una chica.

Annie se tapó la boca y se echó a reír.

–¿De verdad que le preguntaste eso? ¿A ese encanto de chico?

–El chaval no es tan inocente como parece. Me quita un cigarrillo cada vez que puede. Supongo que esto me lo debía. Y deja de reír. Se supone que estamos saliendo.

Pero los dos se echaron a reír.

–Ya somos un poco mayores para andar haciendo guarrerías en un coche, ¿no crees?

–Esto es una furgoneta.

–Da lo mismo.

–No para mí. Ya ves, yo perdí mi virginidad en una furgoneta, no en un coche. Una gran diferencia.

Annie dejó de reír.

–¿A qué edad?

–Oh, no. No vamos a meternos en detalles.

–¿Era ella tu novia?

Él bajó la ventanilla, como si de repente necesitara aire.

–No debería haber hablado de ello.

–Pero lo has hecho, así que ya es demasiado tarde para echarte atrás. ¿Qué edad tenías?

Él se quitó el sombrero y lo dejó en el asiento de atrás. Luego se pasó las manos por la cabeza. Después se sacó el tabaco del bolsillo, el encendedor, y se encendió uno, inhalando como si le fuera la vida en ello.

–No era suficientemente mayor para conducir.

–Entonces, ¿de quién era la furgoneta?

–De ella. Era mayor. Ya sabes, tenía más experiencia que yo. Y no era mi novia, solo fue una cosa de una vez.

–¿Cómo era de mayor?

Dakota se encogió de hombros.

–Tres o cuatro años, supongo.

–¿Era rubia?

–Haces las preguntas más incómodas –dijo él mirando por la ventanilla.

–¿Lo era o no?

Annie quería saber de dónde le venía a él esa obsesión con las rubias.

–No –respondió él al tiempo que sacudía la ceniza–. Era una chica de la reserva. Una cheyenne, lo mismo que yo. Y, para que conste, fue idea suya.

–¿Así que tú no disfrutaste?

Él se rió.

–Yo no he dicho eso. Ahora ya basta de preguntas, ¿de acuerdo?

Dakota apagó el cigarrillo en el cenicero y lo cerró antes de continuar.

–Y no me cuentes cómo fue tu primera vez porque no lo quiero saber –añadió él.

Aunque no tenía nada que decirle, eso la hizo sentir curiosidad.

–¿Por qué no?

Dakota le acarició el cabello.

–Tu cabello parece de plata a la luz de la luna. Es precioso.

–Estás evitando mi pregunta –dijo ella incrustándole un dedo en el estómago.

–Eres demasiado insistente, Annie. No me gusta.

–Dakota, responde a mi pregunta.

–De acuerdo. No me gusta pensar en ti con otro hombre, así que prefiero pensar que no ha habido ninguno.

–Hay algo que tengo que decirte yo a ti…

–No, no lo hagas –dijo él poniéndole un dedo en los labios–. Esta noche es solo para los dos. Los ex amantes no están invitados.

Ella le besó el dedo.

–Esto es importante.

Él cerró los ojos como si las palabras de ella le fueran a doler.

Ella sonrió y se acercó, besándolo hasta que él abrió de nuevo los ojos.

–Vamos, dilo, Annie, porque si me tienes que seducir para hacerlo, ha de ser algo muy malo.

Ella le acarició la mejilla.

–Tú vas a ser mi primero.

Él se quedó pasmado antes de sonreír.

–¿Tu primero? ¿Como amante?

Ella asintió y le tomó la mano, llevándosela al corazón para que él pudiera sentir su rápido latir.

–Sí, como amante.

Dakota la besó apasionadamente.

–¿Te das cuenta de que has accedido a ser mi amante? –le preguntó cuando se apartaron.

–Tú dijiste que iba a suceder.

–Sí, pero nunca antes te has mostrado de acuerdo. ¿Sabes que pienso en ti todas las noches? ¿Que te oigo respirar y me pongo a fantasear acerca de tocarte…?

Ella se estremeció cuando la mano de él le recorrió los senos por encima de la tela.

–Yo también lo hago.

–Entonces tócame mientras yo te beso dijo él tomándole la mano y poniéndosela en la parte delantera del pantalón..

Mientras Annie lo acariciaba a través de los vaqueros, un placer prohibido le produjo escalofríos. Estaban casados, pero aún así, lo que estaban haciendo parecía prohibido. Tal vez fuera por estar allí en un coche, acariciándose como adolescentes.

Dakota le desabrochó el sujetador para luego explorarle los senos con la boca. Ella deseó que se los lamiera y chupara. Le apoyó las manos en la cabeza para apretarla contra su cuerpo.

El deseo sonó como una gran ola en sus oídos, pero si le desabrochaba los vaqueros, tal como quería, ya no habría vuelta atrás.

–No deberíamos estar haciendo esto. No ahora. No quiero perder mi virginidad en un coche.

–Es una furgoneta –le recordó él–. Y no te habría traído aquí.

–Lo habrías hecho si te hubiera dicho lo que estaba pensando hacer.

Él levantó la cabeza y sonrió.

–Mira, tienes que prometerme que esta noche no vas a intentar hacer nada conmigo. No quiero hacer el amor por primera vez cuando los niños estén en casa. Además, tu hermana estará durmiendo en el sofá y quiero que tengamos toda la casa para nosotros solos cuando suceda.

–Te lo prometo. Puedo esperar. Ahora dímelo al oído.

Ella respiró profundamente y se preguntó cómo podría decir semejante cosa. Acercó los labios a su oído y le describió un acto que tenía algo que ver con su boca y una parte de la anatomía de él.

Dakota se atragantó.

–No me puedo creer que hayas dicho eso –dijo.

Annie se puso de nuevo el sujetador y luego se colocó bien el vestido.

–Me dijiste que te lo dijera.

–Ya lo sé, pero ahora eso es en lo único en lo que voy a poder pensar. ¿No hace mucho calor aquí?

Ella sonrió.

–Creo que eso es cosa tuya.

–Sí, eso supongo –dijo él al tiempo que ponía el coche en marcha de nuevo–. Creo que será mejor que nos vayamos a casa.

–¿Por qué?

–Porque necesito una ducha fría.

Annie lo miró de reojo y ambos se rieron. Cuando el coche empezó a andar, ella le tomó la mano. No, no amaba a Dakota, pero le gustaba mucho.

Annie y Dakota estaban en el porche de su casa a las dos de la madrugada, abrazándose como adolescentes.

–Será mejor que entremos antes de que empecemos a sobarnos de nuevo –dijo ella.

A pesar de lo que Dakota había dicho sobre necesitar una ducha fría, llevaban así una hora entera.

–Supongo que tienes razón.

Annie entró sin hacer ruido, ya que Mary estaba dormida en el sofá del salón.

Sin embargo, Dakota se acercó a su hermana y le sacudió un

hombro.

–Hey, Mary.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó Annie.

–Despertarla.

–Son más de las dos. No se va a ir ahora a casa.

–Ya lo sé –dijo él volviendo a sacudirle el hombro, más agresivamente ahora.

–¿Qué…? ¿Qué hora es?

–De madrugada –respondió Dakota.

Mary se sentó, aún adormilada.

–Aún está oscuro.

Annie se preguntó por qué habría despertado a su hermana. Sabía muy bien que era de las que no tenían un buen despertar. Incluso era peligroso hacerlo cuando compartían piso.

–No te atrevas a volverte a dormir. Tengo que hablar contigo –dijo Dakota cuando su hermana cerró de nuevo los ojos.

Ella lo miró amenazadoramente.

–Será mejor que esto sea una emergencia.

–Lo es –dijo él sentándose a su lado–. Necesitamos que hagas de niñera el próximo fin de semana. Pero quiero que, esta vez, te lleves a los niños a tu casa a pasar la noche.

Annie se quedó pasmada. ¿Había despertado Dakota a su hermana para eso? Al parecer, él quería asegurarse de que hacían el amor.

Mary le dio un golpe a su hermano.

–¿Y no podías haber esperado a una hora razonable para decirme esto?

–No. No habría podido dormir.

–¿Qué tiene de especial el próximo fin de semana?

–Quiero un poco de tiempo a solas con mi esposa. ¿Puedes hacer de niñera o no?

Mary sonrió, pero esa sonrisa se esfumó inmediatamente.

–Lo siento, pero tengo una conferencia al próximo fin de semana. Estaré fuera de la ciudad.

Dakota se pasó una mano por la cabeza y soltó una maldición.

–¿Y no la puedes aplazar?

–¿Aplazarla? Van a asistir varios cientos de personas. No van a hacer una excepción por mí.

–Entonces no vayas. No tenemos a nadie más con quien dejar a los niños por la noche. Su niñera habitual ya no está disponible los fines de semana.

Mary se rió.

–Demonios, Dakota. Tranquilízate. Me los llevaré el fin de semana siguiente.

Dakota miró a Annie con el ceño fruncido.

–Eso es dentro de quince días –dijo.

Annie se acercó a ellos.

–Está bien. Gracias, Mary. Lamento que te hayamos despertado –dijo y le ofreció la mano a Dakota–. Ven, vámonos a la cama y dejemos dormir a tu hermana.

Él estuvo gruñendo durante todo el camino hasta su habitación.

–Seguro que va a una de esas terapias de grupo. Vaya una pérdida de tiempo.

Annie cerró la puerta y luego encendió la luz.

–Tranquilo, sobreviviremos –dijo.

–Tal vez tú sí.

La boca de él chocó entonces con la de ella y le recorrió todo el cuerpo con las manos.

Cuando ella estuvo ya mareada y lista, de repente Dakota se apartó.

–Quince días –gimió–. De alguna manera voy a tener que pasar por esto.

–Tal vez uno de los dos debiera irse a dormir al cuarto de Jamie hasta entonces…

Dakota se sentó en el borde de la cama.

–No, quiero abrazarte por las noches. Escuchar como respiras y cómo te late el corazón.Ella sonrió.

–Yo también lo quiero.

Dakota se quitó las botas mientras ella abría el armario y sacaba un camisón de seda color crema. Cuando fue a dirigirse al cuarto de baño para cambiarse, Dakota la llamó.

–¿Jeringa?

Ella se volvió.

–¿Sí?

–No te vayas. Deja que esta vez te vea desnudarte. Te juro que mantendré mi promesa, solo quiero verte.

A pesar de la debilidad de sus rodillas, ella se desabrochó el primer botón del vestido. No quería decirle que aquella no era una opción viable. Había accedido a tener intimidad con él y ya era demasiado tarde para ponerse en plan tímida.

–De acuerdo –dijo–. Me quedaré aquí.

Capítulo Nueve

Dakota se dio cuenta de que Annie nunca antes se había desnudado delante de un hombre. Las manos le temblaban en cada botón.

–¿Es que te vas a quedar ahí sentado, mirándome?

Él sonrió. ¿Se imaginaba ella que se iba a volver?

–Eso me temo, jeringa.

–Por favor, no me pidas que te haga un *striptease*.

–No se me ocurriría.

Ella dejó caer al suelo el vestido. Cuando se inclinó para recogerlo, Dakota sonrió de nuevo. Los senos prácticamente se le salieron de esa pequeñez que ella llamaba sujetador. Sin intentarlo siquiera, ella era mucho más sexy que cualquier bailarina de *striptease* que él hubiera visto nunca.

Además del sujetador, ella llevaba unas bragas pequeñas y un liguero con medias negras. Era toda una fantasía con su cabello color platino. Las botas vaqueras añadían un toque provocativo. Le encantaba ver las piernas de una mujer con botas.

Cuando Annie se sentó en una silla para quitárselas y soltarse las medias del liguero, Dakota tragó saliva. Ella extendió cada una de las piernas y se las bajó enrollándoselas lentamente.

Le recordó a una de esas estrellas de cine de los años cuarenta.

Luego ella se quitó el liguero y se desabrochó el sujetador. Le dio la espalda, pero él pudo ver su reflejo en el espejo. Ya había tocado antes esos senos, los había besado y saboreado, pero no los había visto a la luz. Eran llenos y lujuriosos, con los pezones rosas. Se humedeció los labios. Deseaba probarlos de nuevo.

Pero se recordó a sí mismo que había hecho una promesa. Ansiaba hacer el amor con ella, pero le gustaba la idea de que no

hubiera nadie más en la casa cuando hicieran el amor. La quería relajada y libre de inhibiciones. Además, ambos se merecían la noche de bodas que deberían haber tenido. Ahora eso le parecía sagrado de alguna manera. Nunca antes había hecho el amor con una virgen. Ninguna mujer le había ofrecido algo tan especial.

Annie se levantó y se puso el camisón color marfil. Luego se quitó el maquillaje y, cuando terminó, se acercó a la cómoda y abrió un cajón.

De allí sacó unas bragas a juego con el camisón. Dakota prestó más atención, pero para su desilusión, ella se quitó las que llevaba y se puso las otras sin levantarse el camisón.

–Eso no ha sido justo –se quejó.

Ella dejó las bragas usadas en un cesto de ropa sucia.

–No empieces.

–Pero yo quería ver.

–Lo he hecho lo mejor que he podido. Esto no me ha resultado fácil contigo mirando.

–No puedo evitar preguntarme si eres toda rubia.

Ella se ruborizó, pero lo miró desafiante.

–Yo no me tiño el cabello.

Dakota elevó una ceja.

–Entonces demuéstralo.

Ella inclinó la cabeza y le mostró las raíces de los cabellos.

–¿Ves? No tengo raíces oscuras.

–Muy lista. Sabes que no me refería a eso.

–Lo siento, vaquero –dijo ella cruzándose de brazos–. Ahora te toca desnudarte a ti.

Él se encogió de hombros y empezó a desabrocharse la camisa.

–Yo llevo cambiándome delante de ti desde el principio.

–Pero siempre he apartado la mirada. Esta noche no lo voy a hacer.

Dakota dejó caer la camisa al suelo.

–¿Y cómo es que no has mirado antes?

Annie se mordió el labio inferior y bajó la mirada, siguiendo los movimientos de las manos de él con la hebilla del cinturón.

–No me gusta tentarme a mí misma con cosas que no debería tener.

Él se puso en pie y se bajó la bragueta.

–Y ahora has decidido que sí, ¿no?

Annie asintió y Dakota se quitó los pantalones y los calcetines. Luego, sin más, hizo lo mismo con los calzoncillos.

–Pásame unos, ¿quieres, querida?

Ella rebuscó en su cajón y le dio unos calzoncillos largos de rayas blancas y azules.

–Gracias.

Annie miró apreciando su desnudez, fijándose en toda su excitación. Dakota esperó un momento antes de ponerse los calzoncillos y sus miradas se encontraron.

–Así es como debe ser. Los casados deben disfrutar mirándose el uno al otro.

–Para ser un hombre que nunca ha querido casarse, sabes mucho de cómo debe actuar la gente casada –dijo ella al tiempo que se agachaba para recoger la camisa que él había dejado en el suelo–. Ya sé que ahora es un momento extraño para mencionar esto, pero he de pedirte un favor.

Dakota tomó sus vaqueros antes que ella.

–Después de dejarme ver como te desnudas, querida, me puedes pedir lo que quieras.

–Muy bien. Porque quiero que dejes de fumar.

Él casi se atragantó. Cualquier cosa menos eso.

–Oh, vamos, jeringa. Eso es pasarse. Llevo fumando desde que era adolescente.

–Más razón para dejarlo.

–Es mi único vicio.

–Piensa en ello, Dakota. Vas al gimnasio, nadas, montas a caballo, tratas de mantenerte en forma. Y luego lo arruinas fumando.

–Disfruto de vez en cuando de un cigarrillo. Eso no es un crimen.

–¿De vez en cuando? Te fumas por lo menos un paquete al día. Y además, tienes que pensar en los niños. Te idolatran, ven todo lo que haces. ¿Cuánto tiempo crees que va a pasar antes de que alguno de ellos decida que fumar está bien?

–Dejaré de fumar delante de ellos.

–No, dejarás de fumar.

Dakota decidió entonces que era mejor llegar a un acuerdo para

que lo dejara en paz.

–Lo intentaré. Es lo más que te puedo prometer.

–¿Lo intentarás? ¿Eso lo dice el hombre que hizo lo imposible para volver a caminar? Me decepcionas. Yo creía que lo podías conseguir todo.

–Estás tratando de engañarme. ¿Te crees que soy tan tonto como para no darme cuenta?

–¿Qué te parece si cada vez que te apetezca un cigarrillo yo te ayudo manteniéndote la boca ocupada?

–¿Besándome?

Ella se humedeció los labios.

–Con lengua y todo.

Dakota se acercó a ella con el corazón acelerado.

–¿Sabes? De repente me apetece mucho fumar.

Pero entonces recordó de nuevo su promesa y pensó que se iba a acatarrar si seguía dándose duchas frías, así que retrocedió y añadió:

–Tal vez eso de besarnos tan cerca de la cama no sea una buena idea. Podríamos jugar al ajedrez o algo así.

–¿Al ajedrez? –dijo ella riendo–. Yo lo odio. Es aburrido.

–Sí, ya lo sé. Pero me imagino que es mejor que contar ovejas para dormir.

–¿Lo dices en serio?

–Sí.

Dakota se acercó al armario y sacó el tablero y las piezas que Mary le había regalado en broma unas Navidades.

–Siéntate, querida. Vas a pasar la noche más aburrida de tu vida.

Cinco días más tarde, Dakota estaba apoyado en la cerca. Los caballos estaban en la arena. El establo ya estaba terminado y Sun Dancer, el palomino que les había comprado a los niños, se comportaba como un perfecto caballero.

Frunció el ceño. ¿Qué había de malo en todo aquello? Eso lo pensó cuando Mark, el chico que les llevaba el heno se le acercó con un cigarrillo en la boca.

Mark le ofreció la copia del albarán.

–Has hecho un gran trabajo con este lugar.

–Gracias –dijo Dakota al tiempo que se metía el papel en el bolsillo.

El chico encendió el cigarrillo. No se había fumado ni uno desde que Annie le había hecho dejarlo.

Mark dio una calada.

–¿Has ido a *Lookout Point*?

–Sí, una vista muy bonita. A mi esposa le encantó.

–Parece un poco raro que vaya allí una pareja casada. Pero lo cierto es que tampoco conozco a muchos casados.

–¿Qué edad tienes? –le preguntó Dakota envidiando el que el chico fumara tranquilamente.

–Dieciocho.

El chico era bastante alto y tenía una cara inocente e infantil. Sabía que lo admiraba, ya que había sido el primero en el pueblo en reconocerlo.

–Si eres suficientemente mayor como para comprar cigarrillos, ¿por qué siempre andas pidiéndome a mí?

Mark lo miró extrañado por el seco tono de su voz y se sacó un paquete del bolsillo de la camisa.

–Quédate con los que quedan, si quieres.

Dakota miró el paquete. Nunca antes había deseado algo tanto en toda su vida. No era su marca, pero daba lo mismo.

–Te quito un par.

«Uno para ahora y otro para luego», pensó sintiéndose culpable.

–Lamento haber estado tan seco. Ha sido un día muy duro.

Mark le dio también unas cerillas.

–No pasa nada.

Dakota encendió el cigarrillo y pensó que de eso nada. Era un adicto. Decidió que lo iría dejando poco a poco. Que solo se fumaría un par al día.

–Bueno, me voy –dijo Mark sonriendo–. Te veré la próxima.

Dakota asintió.

–Sí, Mark. Gracias.

Vio como el chico se alejaba en la furgoneta del reparto. El cigarrillo le estaba sentando como un chaleco salvavidas a un hombre que se estuviera ahogando. No podía esperar quitarse de golpe un hábito de diecisiete años. A pesar de lo mucho que le gustaban los besos de Annie, ella no estaba siempre cerca cuando

quería fumar. Miró su reloj. Ella se había ido al trabajo hacía solo una hora.

En la arena, los niños estaban empezando a montar y él sonrió. Le daba la impresión de que iba a ser Jamie el que saliera vaquero de rodeos. De los que montaban caballos sin domar. Siempre que lo montaba con él, el niño no paraba de pedirle que fuera más rápido, que hiciera saltar al caballo.

Y también tenía vista una yegua para Annie.

–¿Tío Kody?

Se volvió y vio a Tyler mirándolo, con su perro al lado. Dakota apagó el cigarrillo contra la cerca y lo dejó caer al suelo, tapándolo con la bota. Por la mirada del niño, sabía que lo que le tenía que decir era serio. Y con razón. Habían tenido una reunión familiar donde se había hablado de los peligros del tabaco y de que no estaba bien fumar.

El niño apretó los puños.

–Le prometiste a Annie mamá que lo dejarías. le mentiste. Y a nosotros.

–Lo siento. No ha sido una mentira deliberada. He tratado de dejarlo, pero no he podido.

–No lo has intentado lo suficiente.

–No, supongo que no. Pero solo soy humano, hijo. Cometo errores, como todo el mundo.

–Mi padre de verdad no fumaba. Ni tampoco mentía.

A Dakota casi se le saltaron las lágrimas.

–Tu padre era un buen hombre y sé lo mucho que lo querías. Yo no puedo ser él, Tyler. Solo puedo ser yo mismo. Y lamento si te he decepcionado. Tu madre de verdad era como una hermana para mí. Hace mucho tiempo hicimos un juramento para cuidar cada uno del otro. Y, cuando se casó con tu padre, él entendió ese juramento y lo respetó. Para mí, esa aceptación, significó mucho. Sé que no soy como él, pero éramos amigos. Él me dio a sus hijos y ahora, vosotros sois las personas más importantes del mundo para mí.

Tyler le acarició la cabeza a su perro.

–¿Y Annie mamá? ¿No es importante para ti?

–Por supuesto que lo es. Es mi esposa. Somos una familia. Todos nosotros.

–¿Le vas a decir la verdad? Sobre que has fumado…

–Sí. Y no debería haberos dicho que le mantuvierais en secreto el que María viene a limpiar. Incluso aunque todo fue bien y no se enfadó, yo no tenía derecho a hacer eso. Prometo que dejaré de fumar y que no volveré a fallar de nuevo.

–De acuerdo. María está haciendo tortillas para desayunar. ¿Quieres tú?

–Claro. Ahora voy.

Tyler empezó a andar hacia la casa, pero se volvió de nuevo.

–Te quiero, tío Kody –dijo en voz baja.

Esta vez sí que se le saltaron las lágrimas a Dakota, parpadeó y sonrió.

–Y yo también a ti, hijo.

Cuando el niño se hubo marchado, Dakota tiró al suelo el otro cigarrillo y lo pisó, pensando que aún le quedaban muchas cosas por aprender para ser un buen padre.

–¿Por qué me tienes que vendar los ojos? –preguntó Annie.

Dakota se los vendó con un pañuelo.

–Porque quiero darte una sorpresa.

Ella se estremeció. La última sorpresa que él le había dado eran los tres perros. ¿De qué se trataría esa vez?

Dakota se había llevado a los niños a la casa de un vecino para poder estar a solas ellos dos esa mañana.

–¿A dónde vamos?

–Ya verás.

–No puedo ver nada. Me voy a partir la boca.

Pero él la guió hasta la cocina.

–¿Me vas a hacer el desayuno? No huelo a comida.

–No. Ya desayunaremos más tarde.

Salieron luego fuera de la casa y él continuó guiándola hasta los establos recién terminados.

–Huelo a heno y caballos –dijo ella.

–Estamos en el establo.

–¿Mi sorpresa está aquí?

–Sí.

Dakota rozó sus labios con los de ella y le rodeó la cintura con el brazo.

El beso se interrumpió cuando relinchó un caballo. Dakota la hizo apoyarse contra una superficie sólida y profundizó el beso mientras empezaba a acariciarle los senos.

–¿Me vas a desnudar? –le preguntó ella excitada por la sensación de tener los ojos vendados.

Él le mordió el labio inferior.

–La verdad es que no había pensado hacerlo, pero si quieres, por mí encantado.

–¿No me habrás traído aquí para hacer el amor?

Dakota contuvo la respiración.

–Tienes una imaginación deliciosa. Lo tendré en cuenta para la próxima vez. Pero creo que deberíamos hacer que nuestro primer encuentro sexual sea un poco más convencional. Ya sabes, dejar las extravagancias para más adelante.

Annie se llevó las manos a la venda que le cubría los ojos.

–¿Me puedo quitar esto ya?

Dakota sonrió.

–Sí.

Ella se la quitó y miró hacia delante. En el establo delante de donde estaba vio el caballo más bonito que había visto en toda su vida. Solo le faltaban las alas para ser una criatura legendaria. Era blanco como la nieve, con una crin lujuriosa. A pesar de que ella no era una experta en caballos, estaba segura de que aquel era perfecto.

–Tiene que ser una yegua –dijo.

Lo cierto era que se trataba de un animal demasiado bonito y sereno como para ser un semental.

Dakota sonrió.

–Se llama Marilyn. Y creo que le ha gustado ver como nos besábamos.

Annie le acarició el cuello a la yegua.

–¿Marilyn? ¿Por Marilyn Monroe?

–Sí. De hecho, ese es su nombre de verdad, con el que está registrada. Marilyn, Norma Jean Monroe. ¿No crees que le pega?

–Es perfecto.

Seguramente esa yegua volvía locos a los caballos, como su homónima había hecho con varias generaciones de machos humanos.

–Es preciosa –añadió.

–Ya me daba la impresión de que ibas a decir eso. Es una gran yegua. Amable, leal, profesionalmente entrenada. Tiene la rara cualidad de adaptarse a las necesidades de su jinete. Puede llevar perfectamente a un principiante.

–¿La has comprado?

–Todavía no. Pero lo haré si tú quieres. Por supuesto, espero que la montes antes de decidir algo. Es de un entrenador del pueblo al que le había dicho que quería un caballo para mi esposa y una cosa llevó a la otra.

Annie siguió mirando a la yegua, que parecía como si fuera un animal de concurso.

–No puedo aceptar un animal como este. Debería pertenecer a alguien que sepa lo que hace.

–No te subestimes –dijo Dakota agitando la cabeza–. Puede que no tengas mucha experiencia, pero montas muy bien. Y eres una mujer hermosa, así que te mereces un caballo hermoso.

–Gracias.

Ese hombre sabía cómo agradar a una chica.

–¿Pero no crees que sería como desperdiciarla tenerla aquí? –añadió.

–No. Solo porque algo sea hermoso, eso no significa que haya que tenerlo en exposición. Mírate a ti misma.

–Me gustaría montarla.

–Muy bien –respondió él sonriendo–. Ya tiene las riendas. Llévala fuera y yo sacaré los arreos.

Annie entró en la caballeriza.

–Ten paciencia conmigo. Hace mucho que no monto –le dijo a la yegua–. Ni siquiera estoy segura de acordarme de cómo ensillar correctamente a un caballo. Han pasado unos años desde la última vez.

Pero resultó que lo recordaba muy bien. Dakota la miraba sentado desde la cerca de la arena. Cuando Annie se acercó a donde él estaba, tiró de las riendas y Marilyn se detuvo inmediatamente.

–¿Me vas a ayudar a perfeccionarme? –le preguntó ella.

El rostro se le iluminó a él.

–¿Significa eso que te la quieres quedar?

Annie asintió.

–Sí. Es perfecta.

Y también debía ser muy cara, pero ella no se atrevió a preguntarle el precio a Dakota.

–Me encantaría ayudarte, jeringa, pero la verdad es que creo que sería mejor contratar a un profesor para ti y los niños –dijo él.

–¿Por qué?

–Por un par de razones. Primero porque el que yo sepa montar no significa que sepa enseñar. Lo he estado haciendo bien con los niños, pero creo que aprenderán mejor con un profesional. Y tú también. Y segundo, puede que yo no me quede por aquí tanto tiempo. Por supuesto, te prometo que no me iré de repente. Contrataré a alguien para que ayude con el rancho.

Aquello rompió el encanto del momento y Annie lo miró descorazonada.

–¿Piensas viajar tanto? –le preguntó.

–Sí. Tengo entre manos algo que me puede llevar bastante tiempo.

–¿Qué?

Dakota se encogió de hombros.

–Algunas ideas para mi negocio. No te las puedo contar detalladamente ahora mismo.

Lo que fuera, ella estaba segura de que tenía que ver con volver de nuevo a la carretera.

–Los niños te echarán de menos –dijo sabiendo que era un truco barato para intentar mantenerlo en casa, pero no le importó.

–Se acostumbrarán. Los niños se adaptan fácilmente, o eso tengo entendido.

Al parecer, las esposas no lo hacían. Ella ya se había acostumbrado demasiado a tenerlo por allí.

–Cuando estés listo para contarme esos detalles, házmelo saber. Me gustaría ayudarte.

–Gracias –dijo él al tiempo que se bajaba de la cerca–. ¿Sabes? Había pensado ir solo a un *powpow* que hay el mes que viene, pero puede que los niños y tú queráis venir. Seguro que es una buena oportunidad para hacer una excursión en familia.

Annie sonrió y le acarició la crin a la yegua. Pensó que, por lo menos, un poco de la magia anterior había vuelto. Una excursión en familia era justo lo que necesitaban.

Capítulo Diez

El sábado siguiente, Annie aparcó en el garaje, apagó el motor del coche y se frotó las sienes. Acababa de volver del caos de dejar a los niños en casa de Mary para pasar el fin de semana.

Salió del coche y del garaje y entonces se abrió la puerta de la casa y Dakota salió de ella, vestido solo con los vaqueros y el torso desnudo.

–Hola, querida –dijo él sonriendo–. ¿Cómo te ha ido?

–Ha sido un caos, pero ya está hecho. Y tú, ¿qué has hecho?

–Arreglar mi furgoneta. ¿Quieres verla?

¿Era el fin de semana de su supuesta luna de miel y él se había dedicado a arreglar su furgoneta?

–La verdad es que no.

–Vamos, jeringa. Solo será un momento.

Annie lo siguió hasta el otro lado del garaje. En el suelo había una caja de herramientas abierta y un montón de útiles de limpieza al lado de la furgoneta.

–Está bien –dijo tratando de imaginarse a qué venía aquello, ya que él siempre la tenía impoluta.

–¿Quieres subir a la litera y tumbarte?

–Dakota…

–Lo digo en serio. Estás preciosa. Perfecta para la parte trasera de una furgoneta.

–¿Te estás riendo de mí?

Dakota le soltó entonces el broche que le sujetaba la cola de caballo que llevaba y el cabello le cayó sobre los hombros como una cascada de plata.

–¿Tú qué crees?

Cuando él acercó las manos al botón superior de su vestido, a

ella se le aceleró el corazón.

Luego él se los soltó uno a uno, lentamente.

Cuando el vestido se le deslizó de los hombros, sus miradas se encontraron. Annie se había imaginado que harían el amor en una habitación levemente iluminada, pero ante la febril mirada de Dakota, aquello ya no tuvo importancia.

Él retrocedió para mirarla, saboreando la visión.

–Eres preciosa –dijo él.

Ella permaneció delante de su marido con el cabello suelto, un sujetador color rosa y los pantys. Él la hacía sentirse hermosa. Hermosa y con un poco de miedo.

Dakota se acercó y la hizo apoyarse contra la furgoneta, le puso las manos en las caderas y apretó su excitación contra ella a través de la tela de sus vaqueros y de los pantys. Fue como si una corriente eléctrica pasara del sexo de él al de ella. Annie se agarró a los desnudos hombros de él, que a su vez, empezó a cubrirle la piel con sus besos.

Cuando Dakota empezó a acariciarle el cabello, le dijo:

–Si me tocas, todo terminará rápidamente. Ha pasado mucho tiempo. Demasiado.

–¿Pero no es esto lo que quieres?

Si no, ¿por qué la había desnudado en el garaje?

–Claro, pero esta también es tu luna de miel. Y creo que debieras darte cuenta de la fantasía.

–Yo quiero lo que quieras tú –dijo ella recorriéndole los labios con un dedo.

Él besó ese dedo.

–Eso no es cierto. Tú quieres lo que toda novia primeriza quiere. Romance, flores, velas…

Eso no lo podía negar, ya que siempre había deseado una boda convencional.

–Pero tú dijiste que eso era predecible.

–¿Lo dije? –dijo él tomándola en brazos y sonriendo–. Bueno, ¿qué puedo decir, querida? Salvo que te mentí.

Cuando Dakota la llevó al dormitorio, ella se vio rodeada de belleza. Velas con olor a vainilla, a docenas. Rosas por todas partes,

la cama con sábanas de seda y una almohada con forma de corazón en el centro con una sola rosa roja sobre ella.

Sobre la cómoda había un cubo metálico con hielo y una botella de chispeante sidra. A su lado una tarta helada decorada con rosas de pastelería y un montón de fresas.

Annie miró a su marido con lágrimas en los ojos cuando él la dejó en el borde de la cama.

–Eres un hombre increíble. ¿Sabes lo que significa esto para mí?

Él se encogió de hombros y ella sonrió.

–No has estado realmente arreglando la furgoneta, ¿verdad? Era un montaje para que yo no descubriera esta sorpresa.

–Sí, así lo había planeado. Pero lo de desnudarte fue una improvisación. Y tengo la impresión de que se va a repetir mucho. Creo que, a partir de ahora, no voy a poder mantener las manos apartadas de ti.

–La verdad es que me pareció que la furgoneta estaba como siempre.

–Oh, sí. Eso lo dices ahora que sabes la verdad –dijo él y se quitó las botas.

Luego, se acercó al cubo con hielos y abrió la sidra.

–Iba a comprar champán, pero quise que conserváramos el control de los sentidos. Lo de esta noche es un regalo. Una bendición. En mi cultura, el que una mujer pierda la virginidad es algo sagrado.

Ella sonrió y extendió los brazos hacia él. No podía haber dicho nada que la agradara más.

–Creo que estoy cayendo en tu trampa.

–Esto no es una trampa, Annie, yo soy tu marido.

–Lo sé. Lo siento. No quería decir…

Él la besó entonces y, cuando se separaron, sus miradas se encontraron.

–¿Nos podemos dar de comer el uno al otro? –preguntó ella–. Eso es lo que se supone que hacen los esposos.

–Podemos hacer lo que tú quieras. Lo que quieras.

Inmediatamente, los pezones se le endurecieron a Annie. Se acercó a la tarta, cortó un trozo y lo puso en un plato. Entonces vio que no había cubiertos por ninguna parte.

–No hay tenedores –dijo.

–¿De verdad? Supongo que los habré olvidado.

Annie tomó una de las rosas de adorno de la tarta con los dedos y, por la mirada maliciosa de él, pensó que los había olvidado a propósito.

Hicieron turnos para darse de comer el uno al otro. Ella le chupó los dedos a él y Dakota le lamió los restos de tarta de los labios.

Después, él tomó la botella de sidra y se la derramó por el escote, siguiendo el líquido a continuación con la lengua.

Luego le desabrochó el sujetador y se lo quitó. La miró y sonrió. Mojó los dedos en sidra y a ella se le aceleró el pulso más todavía.

–Dakota, ¿no irás a…?

Y él lo hizo.

Le rodeó los pezones con los dedos impregnados en sidra y Annie se estremeció. Cuando Dakota bajó la boca y se los empezó a lamer, a ella se le escapó un gemido.

Luego, Dakota le apoyó la cabeza contra el pecho para oír los latidos de su corazón.

–Túmbate, Annie. Deja que te ame.

Ella tomó la rosa que había sobre la almohada y se tumbó. Dakota se inclinó y jugueteó con su cabello.

–¿Sabes que incluso cuando eras niña quería tocarte el cabello? ¿Ver si era tan suave como parecía?

Ella le acarició la mejilla con la rosa.

–Y yo me habría muerto allí mismo.

–Ya lo sé. Estabas muy enamorada de mí. Pero yo era demasiado mayor para ti.

–Y tú eras demasiado salvaje.

Cuando él la miró, Annie pensó que lo seguía siendo. Una pantera esbelta y poderosa que luchaba contra la jaula que lo aprisionaba.

Supo que nunca sería suyo, no completamente. Pero esperaba y rogaba que él no la decepcionara algún día. Que la decepcionara como lo habían hecho todos los demás hombres de su vida. Las promesas llevaban a sueños y los juramentos rotos a corazones destrozados.

–Realmente no nos pertenecemos el uno al otro –dijo.

Él le acarició los costados del cuerpo.

–Esta noche será así. En la mayoría de las culturas indígenas, un

hombre y una mujer no están realmente casados hasta que no hacen el amor.

Annie tomó sus manos y se las puso sobre la cintura de sus pantys, invitándolo a que se los quitara. Esa noche quería estar casada con él.

Él se los quitó y se arrodilló entre sus muslos.

–Ponme las piernas en los hombros –le dijo–. Deja que tenga mi fantasía.

–Nadie ha… Nunca he dejado que nadie…

–Muy bien –dijo él acariciándole la parte interna de los muslos–. He estado esperando esto mucho tiempo.

Cuando él bajó la boca y la besó, ella se estremeció y abrió los ojos para ver lo que él le estaba haciendo. Cuando él profundizó el beso, ella tragó saliva y le pareció como si por sus venas corriera fuego líquido.

La exploración de la lengua de él alimentó su pasión, le agarró la cabeza y se la apretó más contra su cuerpo. Quería que aquello durara para siempre, pero a la vez quiso que terminara.

Se agitó frenéticamente, agarrándole el cabello con fuerza, suplicándole que lo dejara y que siguiera a la vez. Dakota la miró y ella se estremeció y arqueó, pegándose todo lo que podía a su boca. Él continuó hasta que, de repente, para ella fue como si estallara en un millón de pedazos.

Fue como si la habitación girara a su alrededor y se fundiera en un caleidoscopio de color.

Cuando Dakota se tumbó a su lado, ella apoyó la cabeza en la almohada y trató de enfocar la visión.

Dakota se acercó más. Ella no estuvo segura de en qué momento se había quitado la ropa, pero en ese momento él estaba completamente desnudo y excitado.

Él la besó en el cuello y se colocó sobre ella con los ojos llenos de pasión.

Dakota sonrió a la mujer que tenía debajo, la mujer a la que había ansiado desde hacía tanto tiempo. Parecía dulce y sexy, como una gatita. Ella no tenía ni idea de lo hermosa que era, pensó. En lo inocentemente sensual que era. Una parte de él deseó tomarla

rápida y duramente, pero otra, la parte del marido que era, deseó saborearla para siempre.

Le acarició los senos con los dedos entrelazados entre sus rubios mechones de cabello. Como necesitó más, se metió un mechón de cabello en la boca y la bajó hasta sus pezones.

Ella hizo un ruido como un maullido y lo apretó más contra su cuerpo. La erección de él le rozó el muslo y ella se estremeció.

–¿Puedo tocarte? –le preguntó.

¿Durante cuántos años había estado soñando él eso mismo?

–Por favor, sí.

Ella lo exploró inocente, apasionadamente y él se movió contra su mano, animándola a que apretara más.

–Te deseo –le dijo.

Ella le recorrió la punta con el pulgar.

–Yo también te deseo a ti.

Annie abrió las piernas y Dakota se instaló entre ellas. Cubrió su mano con la de él y se guió a su interior.

Un calor húmedo lo rodeó.

Contuvo la respiración y luego rugió.

Ella apretó el rostro contra su hombro en lo que parecía una mezcla entre incomodidad y alegría, una mujer aceptando a un hombre por primera vez. Pero cuando Dakota empujó más, ella se tensó y luego gimió de dolor.

Él se quedó quieto inmediatamente. Aunque ese dolor debía ser esperado, su grito de dolor se le clavó como una flecha.

–Para mí, esta es también una primera vez –dijo–. Nunca antes había tocado a una mujer piel contra piel.

En el pasado siempre había usado protección.

El rostro de Annie se suavizó.

–Piel contra piel –dijo ella al tiempo que se relajaba.

Dakota le dio tiempo para que se acostumbrara a la sensación de estar unidos.

Pero cuando ella se movió de nuevo, cerró los ojos y trató de controlar la necesidad de hundirse más en su cuerpo.

Permanecieron un rato en silencio, él con los ojos cerrados y ella experimentando bajo él. Un movimiento más de sus caderas, pensó Annie, y él se introduciría en ella como un animal ansioso.

–¿Dakota?

–¿Qué?

–Es una sensación increíble.

Él sonrió orgullosamente.

–¿Sí?

–Sí.

Annie levantó las caderas y lo aceptó lentamente, acoplándose a él como un guante. Luego, juntos encontraron un ritmo sensual y repetitivo.

Lleno de la necesidad de darle placer a ella, Dakota fue muy lentamente, conteniéndose. Ella era salvaje y erótica, como siempre había sabido que era. La mujer con la que siempre había fantaseado. La esposa de la que no parecía tener bastante.

–¿Sabes lo que me estás haciendo? –le preguntó en voz baja.

Ella se humedeció los labios y empezó a estremecerse.

–Lo mismo que…

El clímax de ella significó también la liberación de él. Dakota empujó más profunda y fuertemente, más rápidamente, hasta que toda fantasía que hubiera tenido alguna vez sobre Annie se le cayó encima como una violenta ola de tormenta. Con un grito gutural, explotó en la mujer que tenía debajo.

Varios silenciosos minutos más tarde, Dakota observó la expresión de Annie, sorprendido por el poder de su éxtasis. Hacer el amor con ella había sido mucho más satisfactorio de lo que nunca se hubiera imaginado. Mucho más.

Ella le acarició entonces la espalda.

–Túmbate –le dijo–. Deja que te abrace.

–No, querida. Quiero abrazarte yo a ti.

Cambiaron de posición y ella se apoyó como si no tuviera huesos contra él, que la rodeó con sus brazos. ¿Debía decirle ahora lo importante que se había vuelto ahora ella para él? ¿Que haber hecho el amor había sido mucho más que solo el sexo? Que realmente le gustaba estar casado? Tenía la desagradable sensación de que la iba a echar de menos cuando estuviera en la carretera.

Frunció el ceño. ¿Por qué era ella tan importante? ¿Tan vital para su vida?

Se dijo a sí mismo que porque se había pasado demasiados años yendo de un lado para otro en plan salvaje y ahora Annie era su salvación, su oportunidad de demostrarse algo a sí mismo, de

redimir al hombre que solía ser antes.

Cerró los ojos. Por supuesto, había una parte de su pasado en la que Annie no podía entrar. No podía borrar de la memoria la imagen de sí mismo roto y sangrante. Sin poder moverse y atemorizado. Ella no podía quitarle esa ansiedad, los miedos que le había producido el accidente.

Tenía que volver, se dijo a sí mismo, defendiendo su decisión de volver a montar a Excalibur.

–¿Qué te pasa? –le preguntó ella–. Estás muy callado.

–Nada, estoy bien –respondió él–. He hecho un poco de jabón natural. Y también champú.

–¿Sí?

Dakota asintió. Era su deber limpiarle a ella el cuerpo después de hacer el amor, lavarle la sangre de la doncellez. La virginidad era algo reverenciado en su cultura. Las mujeres cheyennes solían usar cuerdas de protección a modo de cinturones de castidad, una práctica altamente respetada. Dakota no podía dejar de apreciar mucho el regalo que Annie le había hecho.

–¿Quieres meterte en la bañera? –le preguntó–. Podemos bañarnos a la luz de las velas.

–Mmmm. Eso me parece perfecto.

La gran bañera estaba llena de agua con aceites aromáticos. Annie cerró los ojos mientras Dakota le daba champú en el cabello. Estaba sentada delante de él, entre sus piernas. Ya le había lavado el cuerpo, calmando los roces que le había producido hacer el amor.

Su caballerosidad la sorprendió. Nunca se habría imaginado que un hombre como Dakota honrara de tal manera la decisión de una mujer de guardar su virginidad. Él era mucho más convencional de lo que nunca se hubiera imaginado. Y también romántico y generoso. Un cheyenne tradicional.

–¿Por qué has comprado a Marilyn para mí? –le preguntó entonces.

–Sé que siempre te ha gustado montar a caballo. Y además, en los viejos tiempos, era costumbre que un guerrero mandara un caballo a la casa de una joven. Era parte de la proposición de matrimonio.

–Ella cerró los ojos y dejó que él le siguiera lavando el cabello.

–Me gusta –dijo.

–Y a mí me gusta tocarte.

–¿Cuándo te voy a lavar el cabello yo a ti?

–Cuando termine con el tuyo.

Poco después se lo aclaró con el chorro de la ducha mientras la besaba.

Cambiaron de posición y Dakota se instaló entre las abiertas piernas de ella, dándole la espalda. Annie se puso de rodillas, ya que él era demasiado alto como para que le alcanzara la cabeza desde la posición de sentada.

Ella decidió entonces que eso de compartir el baño se iba a transformar en parte de su ritual nocturno, ya que le estaba gustando mucho eso de lavarse mutuamente.

Cuando terminó y fue a aclararle el cabello con la ducha, él se lo impidió.

–Creo que es mejor que vaciemos antes la bañera –dijo–. Así me podré aclarar el cabello bajo la ducha normal. Mi champú es muy fuerte y puede llegar a dañar la porcelana si no se enjuaga inmediatamente.

–De acuerdo –respondió ella al tiempo que quitaba el tapón.

Cuando la bañera se hubo vaciado, Dakota abrió los grifos de la ducha y se aclaró el cabello mientras ella lo miraba encantada.

Luego se unió a él bajo el chorro de la ducha.

–¿Puedo tocarte? –le preguntó entonces acercándose más.

–No tienes que seguir pidiendo permiso para ponerme las manos encima.

Ella sonrió maliciosamente.

–¿Las manos? ¿Quién ha dicho nada de las manos? ¿No recuerdas el día que salimos juntos y nos pusimos a sobarnos en la furgoneta? Por lo que recuerdo, te gustó lo que te dije que te iba a hacer.

–¿Gustarme? –dijo él al tiempo que la abrazaba–. Fue uno de los momentos más eróticos de mi vida. Llevo pensando en ello desde entonces, imaginándome lo que me ibas a hacer. Preguntándome cómo lo sentiría.

Ella se puso entonces de rodillas y él le abarcó el rostro entre las manos mientras miraba lo que hacía.

Cuando Annie se lo metió en la boca, Dakota gimió y empezó a guiarla, intensificando el calor, el sabor masculino. Él empezó a crecer y endurecerse, a llenarse de vida.

Ella lamió y chupó para luego ponerse en pie recorriéndole el cuerpo a besos de abajo arriba.

Cuando llegó a sus labios, él le devolvió el beso, dura y profundamente, ansioso pero controlado. metió la mano entre los muslos de ella y le dijo:

–¿Aún te duele?

Annie agitó la cabeza, afectada por su preocupación.

–Estoy bien –susurró.

Lo deseaba tanto como él la deseaba a ella.

Lo rodeó con las piernas mientras él la penetraba. Se besaron y jadearon mientras hacían el amor salvajemente.

Aquella fue una unión que los mandó al infinito.

Una unión que Annie deseó que no terminara nunca.

Capítulo Once

Annie había ido más veces a *powpows*, pero ir con su familia hacía que esa reunión tradicional fuera incluso más especial. Todo el mundo estaba tumbado en la hierba, con el sol del verano brillando por entre los árboles.

Momentos antes de que empezara la Gran Entrada, se pidió a la gente que se levantara. Dakota se quitó su sombrero y Jamie lo miró.

–¿Por qué haces eso? –le preguntó el niño.

–Porque los portadores de la bandera están llegando a la arena, ¿ves?

Un hombre alto con largas trenzas llevaba la enseña con el águila símbolo de la tribu cheyenne, mientras que un anciano llevaba la de los Estados Unidos. Miles y Tyler se pusieron la mano derecha sobre el corazón.

Jamie, que estaba en brazos de Dakota, parecía impresionado por todo lo que le rodeaba. Entonces entraron en la arena unos bailarines vestidos con pieles y demás adornos indígenas, tocados de plumas incluidos.

Después siguieron toda clase de danzas, tanto masculinas como femeninas, de amor y de guerra.

–Yo también quiero bailar –dijo Jamie.

–Ya lo haremos todos más tarde –le dijo Dakota.

Tyler miró preocupado a Dakota.

–¿Y cómo lo vamos a hacer? No sabemos los pasos y no vamos vestidos como ellos.

–No vamos a competir, como lo están haciendo ellos, solo vamos a bailar para divertirnos. Y no tienes que saber los pasos. No hay una forma correcta o incorrecta de bailar la Danza de la Amistad.

–No estoy seguro de querer hacerlo –dijo el niño tímidamente.

Pero Miles parecía entusiasmado.

–Yo sí. Parece divertido.

En ese momento, Annie se dio cuenta de que los niños no recordaban nada de los *powpows* a los que habían ido con sus padres.

–Es divertido –les dijo–. Y los dos bailasteis cuando erais pequeños. Vuestra madre os solía sacar allí. Y también me convenció a mí para que lo hiciera.

–Bueno, tal vez lo haga. Al fin y al cabo, todo el mundo lo va a hacer –accedió Tyler.

Mientras cantaban el *Himno a la bandera* todos se quedaron muy quietos y luego los espectadores se sentaron de nuevo.

Tyler lo hizo junto a Annie mientras que Miles y Jamie compartieron el regazo de Dakota. Pasaron la siguiente hora viendo a los bailarines, pero cuando Jamie empezó a cansarse, Dakota miró a su esposa y le dijo:

–Parece que Jamie ya se ha cansado. Vamos a otra parte.

Se dirigieron a los puestos de los artesanos tradicionales, donde Dakota quería hacer algunos contactos para su trabajo. Uno de ellos les llamó particularmente la atención a Tyler y Miles. En él se vendían máscaras tradicionales y atrapasueños delicadamente tejidos, junto con una colección de muñecas de porcelana.

Jamie las señaló con un dedo.

–Son bonitas, mamá.

–Sí, lo son.

Cada una de las muñecas llevaba un vestido tradicional, con sus pieles, plumas y pedrería. A Annie la que más le gustó fue una que representaba a una niña pequeña en su cuna.

Se quedó pasmada. Esa niña era la viva imagen de aquella con la que siempre había soñado, la que se imaginaba tener con Dakota.

–¿Te gusta? –preguntó una voz femenina.

Annie la miró. Era una mujer muy pequeña y tenía el cabello gris anudado en un moño. Su piel, oscura por su ascendencia indígena y el sol, estaba llena de arrugas. Llevaba un vestido azul con cintas multicolores que le llegaba a las pantorrillas. Parecía a la vez frágil, pero fuerte.

–Me gusta la niña –dijo Jamie.

La mujer le dedicó una sonrisa mellada.

–Se parece a ti, pequeño.

Era cierto, pensó Annie. La muñeca también se parecía a Jamie.

–Es adorable. ¿La ha hecho usted?

–Sí. Todas son mías –dijo la mujer orgullosamente–. Me llamo Louisa Bright Flower.

–Hola. Yo soy Annie Graywolf, y este es Jamie.

–Tu hijo es precioso.

–Gracias. Tengo dos más.

–Tenemos dos más –dijo Dakota desde detrás de ella–. Están en el puesto de al lado, mirando libros ilustrados.

–Louisa Bright Flower, este es mi marido Dakota.

La mujer lo miró fijamente.

–Te conozco. Sí, te conozco bien.

A Annie le pareció como si Dakota se pusiera nervioso bajo ese escrutinio.

–Yo era vaquero de rodeos. Montaba toros –dijo él–. La gente cree a menudo que me conoce de algo.

La anciana agitó una mano.

–No es porque hayas sido vaquero por lo que te conozco. Es más que eso. Tú y yo compartimos la misma medicina, el mismo animal espiritual.

–El lince.

Dakota, como si estuviera hipnotizado, se acercó a la anciana sin dejar de mirarla y añadió:

–Dime qué más ves.

–Lo que tú deberías estar viendo. El lince sabe cosas, su mente está llena de imágenes mentales, pero la tuya está bloqueada. No te permites ver lo que hay, leer a los demás como debieras.

Louisa tomó la mano de Annie y luego retrocedió de nuevo.

–Mira a tu esposa y luego dime lo que ves.

Dakota se volvió a Annie y sonrió.

–Una mujer hermosa.

–Y, si pudieras darle un animal protector, ¿cuál sería?

La sonrisa de él se esfumó entonces.

–No lo sé. No tengo el poder de hacer eso.

–Sí, lo tienes. Mira dentro de ella, Dakota. Mira su alma. Su animal protector está allí.

Annie se quedó muy quieta y el pulso se le aceleró. No estaba segura de querer que Dakota la conociera de esa manera, que él le desnudara el corazón y le mirara el alma. Cada vez que hacían el amor se sentía más cerca de él. Demasiado. Temía estar enamorándose de su marido, aunque estaba haciendo lo posible para que eso no sucediera. No quería enamorarse de un hombre cuya aparente perfección podía acabarse en cualquier momento. Dakota no era un hombre de familia por naturaleza.

–No puedo ver nada –dijo él por fin–. No sé.

La anciana agitó la cabeza.

–Sí que lo sabes. Está en su mirada, en su tacto, su olor. Y tú lo ves tan bien como lo sientes.

Él cerró los ojos por un momento y, cuando los abrió, dijo:

–Medicina de mujer. Energía femenina.

–¿Y qué animal proporciona eso?

–La nutria.

–¿Y cuáles son los dones de la nutria?

–La belleza y el equilibrio. Y la maternidad. Cuidan bien de sus pequeños.

Louisa pareció satisfecha y sonrió. Luego le tocó el hombro a Annie.

–Esta nutria necesita muchos pequeños. Niños que le llenen el alma.

Annie se tragó el nudo que tenía en la garganta. Dakota acababa de descubrir de una forma espiritual o algo así, que ella soñaba con tener más hijos.

Él la miró a los ojos con una mezcla de extrañeza, curiosidad y confusión.

Aunque él no había usado protección la primera noche, lo había hecho desde entonces todas las veces. Ya había pasado el tiempo suficiente como para que ella supiera que no se había quedado embarazada de esa noche. Aunque una parte de ella deseaba que hubiera sido así, ese pensamiento la asustaba tanto como la posibilidad de enamorarse de Dakota.

Entonces Jamie interrumpió sus pensamientos.

–La niña –dijo señalando a la muñeca.

–¿Cuánto cuesta? –preguntó Dakota aliviado.

–Doscientos dólares –dijo Louisa.

Dakota sacó su cartera.

–Me la llevo, pero te daré cien más.

Annie entendió que ese dinero era en pago por la información que le había dado la mujer.

Louisa tomó entonces la muñeca.

–La meteré en una caja –dijo.

Mientras lo hacía, Dakota le dijo a Annie:

–Voy a ver qué hacen los niños y le compraré otro libro ilustrado a Jamie. Vuelvo en un momento.

–De acuerdo.

Cuando Louisa volvió, Dakota ya no estaba. Le dio la caja con la muñeca y le dijo:

–Aunque el lince es el animal que guarda secretos, tu marido ha confundido su medicina. En vez de mantener sus propios secretos, debería aprender a sentir los pensamientos ocultos y las necesidades de los que lo rodean. Y tú, pequeña nutria, también estás luchando con tu medicina. Tu constante preocupación estorba su equilibrio. La energía femenina es aceptación y confianza.

Annie pensó que tenía razón. Estaba preocupada por perder a su marido. Lo que la preocupaba no eran ya las mujeres como Sheila Harris, sino la necesidad de libertad emocional de Dakota.

–Estoy tratando de arreglarlo.

La anciana sonrió.

–Lo sé. Y también sé que los niños que estáis criando no son vuestros, pero lo son de todas formas. Son lo que os han unido.

Las lágrimas se formaron en los ojos de Annie. Louisa Bright Flower era una mujer mágica, una auténtica flor brillante.

Dos horas más tarde, mientras comían en el césped, Annie observaba a los niños y pensaba en las palabras de Louisa.

–¿Quieres saber los planes que tengo para mi negocio? –le preguntó Dakota entonces.

¿Significaría eso que su marido, por fin, había decidido compartir con ella su esperanzas y sueños? ¿Sería eso el inicio de una nueva relación para ellos?

–Sí, por favor. Cuéntamelo todo.

–He decidido abrir una tienda de artesanía. Pero no la clásica de cosas del Oeste. Quiero tener cosas hechas a mano, especiales. Es por eso por lo que he estado recogiendo información de los

artesanos de por aquí. Me gustaría darles la oportunidad de vender sus cosas en otro entorno, de promocionarlos en el mercado de artículos del Oeste.

Annie pensó que aquello era algo en lo que ella podía ayudarle, involucrarse.

–Creo que es una idea maravillosa.

Dakota sonrió.

–Gracias. Sé que mis joyas son buenas y que ahora se están vendiendo muy bien, pero eso es sobre todo porque la gente me conoce por el rodeo, y eso no termina de parecerme bien, prefiero promocionar a otros artistas. Mis diseños de joyas son algo muy personal para mí. Han sido parte de mi curación y es así como quiero que siga siendo. Me encantaría hacer joyas solo para ti.

Y ella estaría encantada de aceptarlas, se ser parte de su curación.

–Tu trabajo es muy personal para mí también. Algo muy especial.

–Me alegro de que te guste.

–Piensas vender ropa también, ¿no?

–Eso es. Toda clase de camisas del Oeste. Antiguas, hechas a mano, sencillas… Lo mismo con las botas y sombreros. Ahora ya sabes por qué he de viajar. Además de ir a los *powpows* a hablar con los artistas, para ver cómo está el mercado. Puedo contratar a alguien que lleve la tienda, pero quiero ser yo quien encuentre la mercancía, sobre todo las cosas antiguas y artesanales. Y además quiero tener una relación personal con los proveedores.

Ella no quería pensar en esos viajes, sino que prefería ver la tienda como su base, como otra razón, además de los niños para que él volviera a la ciudad.

–Yo te ayudaré en lo que pueda –le dijo.

–Contaba con ello. Tú eres parte de la razón por la que he desarrollado esta idea. Has hecho que tu tienda sea un éxito. Ahora me gustaría intentarlo a mí. A lo mejor hasta pongo sucursales en todos los estados. Cualquiera sabe, he estado en todas partes.

Al parecer, la financiación del proyecto no tenía importancia para él. Dakota era lo suficientemente inteligente como para saber cuánto dinero iba a ser necesario, pero debía tener unos buenos ahorros de sus días como vaquero. Bueno, por lo menos esos días ya

habían pasado, pensó ella. Su marido sería el dueño de una tienda llena de cosas para los más brillantes vaqueros de rodeo, pero gracias a Dios, él no sería uno de ellos.

Capítulo Doce

Dakota se metió en la cama al lado de su esposa.

–Los chicos se han divertido, ¿verdad?

Ella asintió.

–Y yo. Los *powpows* siempre me han gustado.

–Y a mí.

Pero lo que no le había gustado a él fue el escrutinio de Louisa Bright Flower. Respetaba a la anciana y su poder para leer a los demás, pero no el que le hubiera leído la mente a él.

–¿En qué estás pensando?

–En nada –dijo él decidiendo que todavía no le podía contar todos sus secretos.

Un mes más no importaría, así tendría tiempo para preparar la forma en que se lo iba a contar.

Annie se acercó más a él, rozándole el pecho con los pezones. Entonces él bajó la cabeza y se introdujo uno en la boca, con lo que ella gimió como una gata.

Dakota se sintió endurecer cuando Annie le acarició el vientre. Sin decirse nada más se abrazaron desnudos.

Él la acarició entre los muslos y ella se apretó contra esa mano, húmeda y lista.

–Nunca tendré bastante de ti –susurró él.

Él tomó los preservativos que había dejado en la mesilla de noche y trató de no pensar en el niño que podían crear. Ya se había arriesgado la primera vez y no podía hacerlo de nuevo.

Ella abrió las piernas para aceptar su penetración y él se movió lenta y fácilmente, deslizándose en su calor. Se besaron con las puntas de las lenguas y luego él empujó más profundamente.

Era como hacer el amor en el agua, pensó Dakota, en una ola

cálida y sexy. Fue ella la que llegó antes al clímax, haciendo que él la siguiera. Dakota se estremeció entonces, el niño que Annie quería no era más que un recuerdo pasajero.

Annie miró a su marido. Ese día Dakota se había pasado por su tienda después de una reunión de negocios. Había pasado un mes desde que le contó sus planes a Annie y ella había trabajado a su lado en todo lo posible. Ser una esposa, ayudante, madre y mujer de negocios colmaba todas sus necesidades. Annie nunca había sido tan feliz.

–¿Cómo es que no vendes ropa interior comestible? –le preguntó él.

–¡Dakota! No digas esas cosas.

–¿Por qué no?

–Porque te podría oír Elaine.

–¿Y qué? Es una adulta. Y trabaja en una tienda de lencería. Estoy seguro de que ha oído hablar de la ropa interior comestible.

–Shhh. Compórtate.

–¿De qué está hecha? –insistió él.

Annie miró de nuevo a Elaine. A pesar de que la joven estudiante que la ayudaba parecía completamente absorta arreglando las estanterías, sonreía. Estaba segura de que los había oído.

–De regaliz, creo.

Él sonrió.

–¿Del rojo o del negro?

Ella agitó la cabeza y se rió.

–Dakota, déjalo.

Él se acercó entonces y la tomó de la mano.

–Vamos un momento a la trastienda.

Annie se estremeció. Ese contacto le hacía hervir la sangre.

–De acuerdo.

En el momento en que cerró la puerta tras ellos, supo que él la iba a besar. Abrió los labios y le dio la bienvenida a su lengua. Pensó que la vida estaba bien. Ya no la asustaba tanto enamorarse y Dakota no había viajado tanto como se había imaginado que iba a hacer. Sus sesiones de hacer el amor eran cada vez más salvajes y

ellos estaban cada vez más ansiosos por tenerlas.

–Te deseo –dijo él.

–¿Aquí? ¿Ahora? No podemos.

–Ya lo sé. Pero cada vez que entro en esta tienda me pongo malo. Toda esa ropa interior. Esos ligueros y medias… Tendría que haber una ley contra las diseñadoras como tú.

Annie le rodeó el cuello con los brazos. Ella lo deseaba también. Deseaba quitarle la camisa y morderle los pezones. Lamerle el ombligo, besarle…

–Ven a la hora de cerrar.

–¿Lo dices en serio?

–¿Bromearía yo con algo tan importante para tu vida sexual?

–¿La mía, eh? ¿Y qué pasa con la tuya? Si estuvieras solo un poco más caliente, el edificio entero se pondría a arder.

Annie se rió.

–Hum. Puede que eso no sea tan malo. Algunos bomberos están realmente bien. La verdad es que creo que puede que incluso tenga un calendario con sus fotos en alguna parte.

–Bueno, pues tíralo. Yo soy al único que puedes mirar. Recuerda que eres una mujer casada.

–Felizmente casada.

–¿Sí?

–Sí.

Entonces se sonrieron el uno al otro.

–Me gustaría poder invitarte a almorzar, pero tengo otra reunión –dijo él.

–Está bien. Maddie va a venir. Tengo que diseñarle algunas cosas.

–¿Maddie?

–Sí, la pelirroja que compró tu brazalete.

–Ah, sí. Tu clienta más rica –dijo él al tiempo que le daba un beso en la mejilla–. Mejor me voy. Te veré luego.

–A la hora de cerrar –le recordó ella.

–Sí. A la hora de cerrar.

Media hora más tarde, apareció Maddie Ferguson en la tienda y se dirigió directamente al bar.

–Hola, querida –dijo mientras se servía una copa de champán.

–Hola, Maddie. He estado trabajando en unos apuntes para ti.

–Muy bien. Recuerda que todo ha de ser de seda roja. Mi nuevo novio tiene fijación con el rojo.

Annie pensó que debía darse prisa, ya que esa mujer cambiaba de novio tan a menudo como el resto de la gente se cambia de calcetines.

–Jerry es vaquero –añadió Maddie–. Se dedica a entrenar caballos. Y es muy aficionado al rodeo. No para de decirme que le presente a tu marido. Y hablando del tema, debes estar orgullosa de él por lo de querer volver a montar a ese toro. A Jerry le ha sorprendido mucho. Creía que Dakota estaba definitivamente retirado.

Annie se quedó helada.

–Dakota no… Él está retirado.

La otra mujer la miró como avergonzada.

–Oh, cielos. Creo que no debía habértelo dicho, pero no tenía ni idea de que tú…

–Por favor. Empieza desde el principio y cuéntame todo lo que hayas oído.

Maddie dejó a un lado su copa.

–Jerry tiene un amigo que trabaja para *Outlaw Boots* como representante de ventas, alguien llamado Wayne. Ese Wayne le dijo que su empresa va a patrocinar a Dakota para algo especial. Al parecer, él ha accedido a montar de nuevo al mismo toro que lo lesionó y, si tiene éxito, le pagarán una enorme cantidad de dinero.

Annie se agarró a la barra del bar, ya que todo empezó a darle vueltas.

¿Dakota iba a volver al rodeo? ¿A montar a Excalibur? ¿Al toro que casi lo había matado?

–No me lo puedo creer.

–Por lo que le han dicho a Jerry, ya han comenzado con la campaña publicitaria. Es un gran acontecimiento, ya que ese toro no ha sido montado nunca. Y dado que Dakota tiene algo personal en esto, se dice que tiene que ser él quien lo haga.

Annie lo sabía todo sobre Excalibur. Ese toro había arrojado por los aires a todos los que habían tratado de montarlo, incluyendo a Dakota, antes de los reglamentarios ocho segundos.

–Me siento muy mal –dijo Maddie–. Creo que le he fastidiado la sorpresa a tu marido.

Annie se limitó a mirarla fijamente. Al parecer, Maddie se creía que a ella debía alegrarle la noticia y que el secreto de Dakota era bienintencionado.

–No te culpes –le dijo–. No lo sabías.

–Pero aún así, debería haber mantenido cerrada la boca. Lo siento mucho, querida.

«No tanto como yo», pensó Annie. Era ella la que se había enamorado de un hombre en el que nunca podría confiar.

La tienda estaba cerrada. Annie y Dakota deberían estar haciendo el amor en la trastienda, pero en vez de eso, estaban en la zona de ventas mirándose el uno al otro. El engaño de Dakota era como una nube negra entre ellos.

–¿Entonces es cierto? –le preguntó ella.

Él se limitó a asentir con la cabeza.

Annie le gritó:

–¿Cómo me has podido hacer esto? ¿Sabes cómo me he sentido cuando me lo dijo Maddie?

–Lo siento. Pensaba decírtelo…

–¿Cuándo? Por lo que tengo entendido, la campaña ya está en marcha. Debes haber cerrado el trato hace mucho tiempo. Y aquí estaba yo, pensando que te habías visto obligado a retirarte, que no podías volver. ¿Es por el dinero? ¿Es eso por lo que lo vas a hacer?

Él agitó la cabeza.

–El dinero no importa. Montaría gratis a ese toro.

–¿Y si te vuelves a lesionar?

–No va a suceder.

Ella contuvo las lágrimas que amenazaban con escapársele.

–Puede ser así, Dakota. Lo sabes. No hay ninguna garantía de lo que no te vuelva a pasar lo mismo.

Ni de que él no terminara como terminó su padre.

–Entonces es un riesgo que tengo que aceptar.

–No lo entiendo.

Él respiró profundamente.

–Desde que sufrí ese accidente no puedo librarme de la ansiedad, Annie. Me entró el pánico cuando aterricé debajo de ese toro. Estaba literalmente paralizado por el miedo. Y llevo

reviviendo ese momento cada día desde entonces. No quiero ver esa imagen de mí mismo durante el resto de mi vida. Por favor, jeringa, te estoy pidiendo que apoyes mi decisión.

–No puedo –dijo ella agitando la cabeza.

¿Cómo podía él pedirle su apoyo cuando sabía que a su propio padre lo había matado un toro?

–Ya sabes lo mucho que odio el rodeo. Me recuerda a mi padre –añadió ella.

–Yo no soy tu padre. Yo no me emborracho y acepto riesgos estúpidos. Esto es diferente.

Para Annie no lo era.

–¿Y dónde nos deja esto a nosotros, Dakota?

–Supongo que en ninguna parte, si tú no tratas de entender.

–¿Es esto una especie de ultimátum?

Dakota se pasó una mano por la cabeza.

–Sí, tal vez lo sea.

–Ah, ya lo tengo. Se supone que yo he de ser una esposa obediente y sumisa que ha de dejar a su marido que haga lo que quiera. Darle carta blanca para que juegue a ser vaquero, salvaje y libre cuando quiera. Bueno, pues eso no va conmigo.

–Maldita sea. Ya te he dicho que esto no lo voy a hacer para buscar algo de excitación en mi vida. Es más profundo que eso. Yo estaba derrotado, Annie. Si, por lo menos, no trato de montar a Excalibur, entonces dejaré que ese toro me derrote.

Ella se cruzó de brazos. El rodeo no era una batalla. Él no era un guerrero que luchara por su honor. Era un hombre que iba a aceptar un riesgo innecesario.

–Pero tú ya has luchado y vencido. Has vuelto a andar. Eso debería ser suficiente.

Él la miró fijamente a los ojos.

–No para mí.

–¿Y qué pasa con los niños? –le preguntó ella desesperada.

–¿Qué pasa con ellos?

–¿Qué les vamos a decir sobre nosotros?

–Nada. Seguimos casados, Annie.

«Hasta que terminara la adopción», pensó ella. Él estaría allí para los niños, pero no para ella. En su momento él se marcharía y se transformarían en un número en las estadísticas. Una madre

divorciada y un padre de fines de semana.

–¿No crees que se van a dar cuenta de que algo va mal?

–No podemos permitirlo –respondió Dakota–. Se merecen tener seguridad en sus vidas. Tú y yo vamos a tener que disimular.

Dakota se dirigió entonces a la puerta de la tienda. Giró la llave que había en la cerradura y desapareció en la oscuridad del exterior. Momentos más tarde, Annie volvió a echar la llave y se puso a llorar.

–¡Papá!

Dakota oyó que Jamie lo llamaba desde el cuarto de baño que usaban los niños. Se bañaban todas las noches y, como el pequeño necesitaba ayuda, Annie y él se turnaban para hacerlo.

Cuando entró, Annie estaba de rodillas al lado de la bañera y, cuando la vio, a Dakota se le encogió el corazón.

–Juega, papá –dijo Jamie ofreciéndole el barquito de plástico que tenía en la mano.

Dakota se acercó y se arrodilló al lado de Annie sin mirarla. Tomó el barco y le hizo un guiño a Jamie.

–Parece como si esta noche tuvieras más espuma –dijo.

Annie ni lo miró y se dirigió al niño.

–Jamie, ya es hora de lavarte.

El niño arrugó la nariz, pero dejó que su madre le lavara la cara. Dakota miró esas manos, echando de menos de verdad el contacto de ellas contra su piel.

–Mamá, beso.

Annie le dio un beso sonoro y los dos se rieron, haciendo que Dakota se sintiera como un extraño. ¿Le pediría ella que se marchara cuando terminaran los trámites de la adopción? ¿Le diría a Harold que había tratado de hacer funcionar ese matrimonio por todos los medios a su alcance, pero que él no era el hombre ideal para ella?

El pensamiento de que, algún día, ella conociera a otro, le produjo un nudo en el estómago.

–¿Puedo abrazar a papá? –preguntó Jamie extendiendo los brazos hacia él.

Dakota tomó inmediatamente en brazos al escurridizo niño.

Cuando se separaron, él tenía la camisa empapada.

–Ahora a mamá.

–Claro –dijo ella.

–No, tú abraza a mamá.

–¿Yo?

Dakota casi se atragantó. Se volvió hacia Annie y la miró en busca de su aprobación. Por un momento hubo un destello de esperanza. Pero solo por un momento. Luego Annie miró al suelo como si la mirada de él la quemara.

Dakota se volvió. ¿Es que ella no sabía cuánto la necesitaba?

–Abrazo –insistió Jamie.

Dakota trató de encontrar una excusa que salvara aquella situación sin que el niño sospechara.

–Voy a mojar a mamá –dijo señalándose la camisa empapada.

–Entonces que mamá abrace a papá.

A pesar de todo, Dakota no pudo evitar reírse. Jamie tenía una personalidad muy insistente. Hasta terca.

–Aún así se mojará.

El niño se dirigió a Annie.

–¿No te quieres mojar?

–No, querido. Esta noche, no –dijo ella tristemente.

Dakota suspiró. Si ella lo necesitaba también a él, ¿por qué no aceptaba y apoyaba su decisión? No era justo que no dejara de compararlo con su padre.

Miró a Jamie. Como todos los niños, ya le estaba dedicando su atención a otra cosa, un submarino de juguete.

Una hora más tarde, con los niños ya dormidos, Dakota llenó el lavaplatos para darle tiempo a Annie para prepararse para dormir. Cuando entró en el dormitorio, se la encontró tumbada de lado en la cama, con las sábanas muy agarradas.

–¿Me permites que me acueste contigo? –le preguntó él.

–Por supuesto. Los niños sospecharían algo si uno de los dos empezara a dormir en el sofá.

Dakota se quitó la camisa.

–Supongo que debería empezar a viajar más –dijo–. De esa forma no ocuparía tu cama. Por lo menos, no muy a menudo.

–Lo que quieras. Tu vida es tu vida, Dakota. Vívela como quieras.

–Muy bien. Lo haré.

Un rato más tarde, Dakota se quedó dormido. Pero lo despertaron unos ruidos extraños. Un leve llanto femenino.

Se volvió hacia el lado de Annie en la cama. Estaba vacía. Se sentó y se frotó los ojos. Salía luz por debajo de la puerta del cuarto de baño.

Se levantó y se acercó.

–¿Annie? –dijo y abrió la puerta.

Ella estaba sentada en el suelo, como abrazándose a sí misma, con el cabello cayéndole en cascada sobre los hombros y con el camisón rosa pálido que se ponía habitualmente. Tenía un aspecto delicado, como una figurita de cristal.

Se arrodilló delante de ella y la hizo levantar la barbilla. Ella lo miró con ojos enrojecidos por las lágrimas.

–Yo nunca lloro –dijo–. O, por lo menos, no lo hacía desde hace mucho tiempo.

Dakota le acarició la mejilla, enjugándole las lágrimas.

–Entonces, supongo que tienes razones para hacerlo. Lo siento. Debería habértelo contado inmediatamente, pero estaba convencido de que, en cuanto nos hiciéramos amantes, lo entenderías. Que estaríamos lo suficientemente unidos como para sobrellevar esto.

Annie sorbió.

–No dejo de pensar en mi padre.

–Ya lo sé, querida. Pero lo que estoy haciendo no tiene nada que ver con él. Si tu padre y yo fuéramos pilotos de líneas aéreas y él se matara haciendo su trabajo, ¿querrías tú que yo dejara de volar? O digamos que a mí me hubiera empezado a dar miedo volar, ¿no querrías que lo superara? ¿No crees que es eso lo que debe hacer un hombre?

–Pero montar toros es distinto. No es como los demás trabajos. No es necesario que lo vuelvas a hacer.

–Para mí lo es –respondió él tranquilamente.

Annie volvió a sorber y él cedió a la tentación de abrazarla. Las lágrimas le mojaron el hombro desnudo.

–Creo que probablemente debería irme de viaje mañana mismo. Así será más fácil para los dos –dijo Dakota.

Los trámites de adopción casi habían terminado, pero Dakota no tenía corazón como para decirle a Harold lo preocupada que estaba

Annie. Él había confiado en Harold y el anciano parecía estar seguro de que su decisión de montar a Excalibur no interferiría en su matrimonio.

Pero lo había hecho.

Dakota había jurado ser un buen marido. Pero ahora estaba perdiendo a su esposa. Probablemente para siempre.

Capítulo Trece

Marilyn era una belleza, pero mantener limpio a un caballo blanco no era tarea fácil, pensó Annie. Aunque lo cierto era que no podía dejar de sonreír, ya que a la yegua parecía gustarle que la mimaran.

–Echo de menos a Dakota –le dijo a la yegua.

Había visto a su esposo exactamente seis veces en los últimos dos meses y, en esas ocasiones, él había dormido en el cuarto de Jamie y se había duchado en el servicio de los niños. A pesar de que todavía tenía algo de ropa en su dormitorio y de que ella seguía llevando su anillo, no se sentía una mujer casada. Lo que se sentía era devastada.

Entonces oyó ocho pisadas. Dos eran de Tyler y las otras cuatro de Guerrero Perro, su fiel compañero.

–Hola, Tyler. Acabo de bañar a Marilyn.

El niño miró a la yegua.

–Está preciosa. ¿Tiene que quedarse ahí hasta que se seque?

–No le pasará nada si se queda aquí. Podría sacarla a dar un paseo, pero estoy agotada.

Tyler acarició a la yegua.

–Tío Kody acaba de llamar.

A Annie le dio un salto el corazón.

–¿Y qué ha dicho?

–Que vendrá el jueves.

Ella se tragó el nudo que tenía en la garganta.

–Para llevaros al rodeo, ¿no?

A su rodeo. Su desafío con Excalibur.

–Uh, huh. ¿Seguís enfadados?

Annie se dio cuenta de que no podía disimular delante de un

niño tan inteligente y sensible.

–Tu padre y yo no estamos enfadados –dijo.

Lo que estaban era muy dolidos. Eran dos personas que no se entendían el uno al otro.

–¿Y cómo es que se queda a dormir en el cuarto de Jamie cada vez que viene a casa?

Annie suspiró.

–Ya sabes lo mucho que lo echa de menos Jamie.

–Pero tú también lo echas de menos.

–Tienes razón. Pero yo soy una adulta y entiendo que su trabajo lo tenga fuera la mayor parte del tiempo.

El niño frunció el ceño.

–No vas a venir al rodeo, ¿verdad?

–No.

No podría soportar ver a Dakota montar a ese toro. Había evitado ir a los rodeos desde la muerte de su padre. Pero lo que le dolía casi tanto era la decepción que le había producido Dakota. Había sido él quien había convencido a *Outlaw Boots*, no al revés.

Tyler se sentó en el suelo al estilo indio y ella hizo lo mismo.

–Me gustaría que vinieras con nosotros.

A Annie se le encogió el corazón. Su hijo parecía tan mayor, tan orgulloso, como un joven guerrero cheyenne.

–Lo siento. No puedo.

–Pero tío Kody te ama.

–¿Te lo ha dicho por teléfono?

–No, pero estoy seguro.

Annie miró a su alrededor y todo le recordó a Dakota. El establo que había construido, los caballos que había comprado, el ganado que había lazado, la tierra por la que él había caminado, las flores que había plantado. Lo amaba desesperadamente, pero aún así, no se podía olvidar del hecho de que él no se había enamorado de ella.

–Vamos –dijo levantándose–. ¿Por qué no nos llevamos a Marilyn a dar ese paseo? Parece un poco aburrida.

–De acuerdo –respondió Tyler y le dio la mano.

Ella le dio un beso en la frente y dio gracias a Dios en silencio por tener a esos niños.

–¡Tío Kody está aquí!

Miles salió corriendo por la puerta, dejando sola a Annie en la cocina. Ella respiró agitadamente y agarró con fuerza la bandeja que tenía en las manos. Dakota llegaba pronto. No lo esperaban hasta esa noche.

Se quedó en medio de la cocina, preguntándose si debía ir a recibirlo o seguir con sus cosas y que fuera él quien se acercara.

Decidió lo segundo y llevó la bandeja hasta el patio trasero, donde la dejó sobre la mesa.

–Vuestro padre está aquí –les dijo a Jamie y Tyler, que estaban allí en la piscina inflable.

Salieron de ella inmediatamente y corrieron a saludar a Dakota con sus respectivos perros tras ellos.

Ella siguió poniendo la mesa para el almuerzo y momentos después volvieron todos al patio. A Annie volvió a encogérsele el corazón. Su esposo estaba en el patio rodeado de sus hijos. Los niños abrazaban a un hombre al que adoraban.

Se dio cuenta de que Dakota no debía haberse arreglado el cabello desde hacía meses y así de largo acentuaba su aire de rebelde. Llevaba una camiseta blanca y los vaqueros y su aire habitual de chico malo. Se preguntó si él habría dejado de fumar. Casi parecía fuera de lugar sin un cigarrillo en la comisura de los labios.

Dakota la recorrió con la mirada.

–Así que estáis haciendo una barbacoa –dijo.

–Como estamos pasando una ola de calor, me pareció una buena idea.

Él asintió y le señaló la piscina.

–Parece que está rebosando.

Annie se volvió, agradeciendo tener una excusa para romper el contacto visual.

–Niños, cerrad el grifo.

Los tres echaron a correr riendo y empujándose.

–¿Vas a comer con nosotros? –le preguntó ella a Dakota.

–Claro. Gracias. ¿Puedo ayudarte en algo?

–No es necesario. Seguramente estás cansado. Has hecho un largo viaje.

–Estoy bien y me gustaría ayudar.

–Muy bien.

Ella le dijo que encendiera el carbón.

Mientras comían, estaba muy claro que los dos adultos se sentían muy incómodos con la presencia del otro y evitaron mirarse en lo posible.

Cuando terminaron con la última hamburguesa, los niños volvieron a la piscina inflable, donde se pusieron a jugar con unos barcos de plástico, por idea de Tyler. Aunque el niño había sido muy sutil, Annie se dio cuenta de que lo había hecho para dejarlos solos a ellos, esperando que arreglaran sus diferencias.

Así que ella decidió empezar una conversación educada con su esposo.

–¿Cómo va lo de la tienda?

–Bien, supongo. Sigo buscando un sitio para instalarla. He pensado que, tal vez lo haga en Nashville o Santa Fe. No lo sé.

–Son lugares muy apropiados para una tienda de artesanía del Oeste –dijo ella.

Hacía un par de meses, la intención de Dakota había sido abrirla allí mismo, pero al parecer, había cambiado de idea.

–Supongo que has estado por todas partes últimamente –añadió ella.

–Sí. Incluso me pasé por casa.

–¿Por casa?

–Por Montana. Ahí es donde yo vivo, ¿recuerdas?

Por muy doloroso que le resultara, ella le mantuvo la mirada. Ella había creído que él vivía en esa misma casa.

–Por supuesto, tu cabaña. Supongo que ahora hace frío allí.

Dakota bajó la mirada.

–Sí. ¿Ya tienen todo preparado los niños para mañana?

–Hace días. Están muy excitados con este viaje.

–Eso es comprensible.

–¿Va a reunirse Mary contigo en el aeropuerto?

–Sí. ¿No has hablado con ella?

–Solo lo preguntaba por si habían cambiado los planes.

Mary estaba haciendo lo que podía para mantenerse neutral, así que iría para apoyar a Dakota y cuidar de los niños. Annie se lo agradecía de verdad.

–No. No ha cambiado nada. Absolutamente nada.

Entonces Annie se levantó de la mesa y dijo:

–Supongo que debería recoger todo esto.

–Te ayudo. Hey, ese chico de allí, ¿es el que contraté para que cuidara de los caballos?

–Lo está haciendo bien –respondió ella.

Pero no era lo mismo ver a su marido hacerlo por las mañanas. Los caballos también lo echaban de menos.

Dakota llenó una bandeja con cosas.

–¿Sigue trabajando aquí María?

–Oh, sí. Le he dado libres los próximos dos días. Se iba a Méjico este fin de semana y pensé que le gustaría poder hacerlo cuanto antes.

–Debería haber llamado antes de venir, pero no esperaba encontrarte en casa a esta hora en un día laborable.

–He salido pronto del trabajo.

Una vez en la cocina, Dakota metió los condimentos en el frigorífico y ella se dedicó a tirar los platos de papel y las sobras a la basura.

–¿Jeringa?

–¿Sí?

–Me gusta tu vestido. Estás preciosa con él.

Annie sonrió.

–Gracias. Aunque no es nuevo. Ya me lo has visto antes.

–Ya lo sé.

Annie se incorporó agarrando la bolsa de basura. De repente se acordó de que era ese mismo vestido el que Dakota le había quitado la primera vez que habían hecho el amor.

La voz de él sonó tras ella.

–¿Hay alguna posibilidad de que cambies de opinión y vengas a Las Vegas con nosotros? Estaría bien tenerte allí. Ya sabes, como amiga…

Ella deseó enormemente que él quisiera ser su marido más de lo que quería montar ese toro.

–Dakota, no puedo…

–Bueno, por si acaso, te dejaré una entrada en la taquilla. Tal veas las cosas de otra manera el sábado.

–No lo haré –susurró mientras salía de la cocina–. No lo haré.

El viernes por la noche en Las Vegas, Dakota estaba mirando por la ventana de su habitación del hotel. La ciudad bullía de luz y vida. Las Vegas era su cuidad favorita.

Pero no esa noche. No dejaba de recordar a Annie y la capilla donde se habían casado. Donde se habían besado por primera vez.

Se acercó al teléfono y llamó a la suite donde había instalado a Mary y los niños. necesitaba hablar con ellos, oír sus voces una vez más. Sus padres y Harold llegarían al día siguiente. Estaría todo el mundo allí, menos Annie.

Mary respondió al tercer timbrazo.

–Hey, hermana, supongo que no es necesario que te pregunte si los niños siguen levantados –dijo él.

–No. Hace horas que se acostaron derrotados. ¿Qué te pasa? ¿te sientes solo?

–Estoy bien –mintió–. ¿Te gusta la suite?

–Claro. Es preciosa.

–Sí. Créeme, no es así como viven la mayoría de los vaqueros. Yo nunca me quedé en hoteles tan lujosos como este cuando hacía el circuito de rodeos. Y mucho menos me ofrecieron una suite como esa en la que estás tú.

–Ya lo sé. Soy la hija de un vaquero profesional, ¿recuerdas? Pero me acuerdo de que a ti no te fue mal. Mejor que a papá. Claro que tú eras un primera fila. Y ahora eres todo un acontecimiento.

–No es por eso por lo que lo estoy haciendo.

–Ya lo sé y lo entiendo.

–Me gustaría que Annie lo entendiera también.

–Podrías llamarla.

–¿Y qué le digo? ¿Que la victoria de mañana será vacía sin ella?

–A mí me parece un buen comienzo.

–No puedo decirle eso.

Mary suspiró.

–¿Por qué no?

–Porque… Porque no puedo.

¿Es que su hermana esperaba que le suplicara su apoyo a Annie? Su esposa había decidido una cosa que sabía que le haría daño a él. ¿Se suponía que ahora tenía él que arrastrase ante ella, lamiéndose esas heridas?

De eso nada.

–Me parece que hay un montón de cosas que te cuesta trabajo decir.

–¿Qué significa eso? –le preguntó Dakota.

–¿Tú qué crees?

–No empieces, ¿de acuerdo? No estoy de humor.

Él sabía muy bien lo que quería decir Mary. Su hermana pensaba que él estaba enamorado de Annie.

Ansioso por ahogar sus emociones con una copa, tomó su camisa. Iría al casino, se tomaría un whisky y jugaría un poco a las cartas. No necesitaba tener esa conversación, no necesitaba el dolor que le causaba.

–Buenas noches, hermana. Voy a bajar un rato. Me pasaré por allí por la mañana para ver a los niños.

Luego colgó antes de que Mary pudiera decir nada más.

El whisky siempre le había servido para remediar la soledad. ¿Le gustaba el sabor o era el color lo que le intrigaba? ¿El color ámbar? ¿El intoxicante color de los ojos color ámbar de una mujer?

Sí, era la mujer. La pequeña rubia que llevaba años ocupando sus pensamientos. Años. ¿Qué clase de hombre podía sentir semejante deseo sexual por una mujer durante toda una década?

Uno enamorado, respondió su propia mente. Lo que él sentía por Annie iba más allá del sexo.

En ese preciso momento su corazón dio un salto. Ahora sabía por qué no había accedido a casarse con Annie por sentido del deber. Aunque era eso lo que se había dicho a sí mismo. Era un vaquero cabezota que se negaba a darse cuenta de que llevaba años amándola.

–Miró el teléfono. ¿Debía llamar a Annie? ¿Olvidarse de su orgullo y admitir lo mucho que ella significaba para él? ¿Le importaría algo eso a su esposa?

En realidad, no había cambiado nada. Él iba a seguir montando a Excalibur al día siguiente, algo que Annie no quería que hiciera. Dakota tomó su cartera y decidió no llamarla, por lo que la sensación de soledad volvió a apoderarse de él.

Capítulo Catorce

Annie estaba en el pasillo del hotel con el corazón latiéndole fuertemente.

Fue a llamar a la puerta de la habitación, pero antes de que lo pudiera hacer, esta se abrió. Sorprendida, retrocedió un paso y se quedó helada, mirando al hombre al que había ido a ver.

Dakota parecía igual de sorprendido.

–Oh, cielos, estás aquí –dijo.

Con el corazón en la boca, ella le dijo:

–Parece como si fueras a salir…

–Sí. Iba a bajar al casino. ¿Has venido para ir al rodeo mañana o porque esperabas convencerme para que no fuera yo?

–Yo…

Ella había ido para darle su apoyo, pero aún tenía miedo de decirlo en voz alta. Cuando lo hiciera, no habría vuelta atrás. Tendría que sentarse con el resto del público y rogar por él.

–Dijiste que necesitabas una amiga –dijo ella.

–Sí –respondió Dakota apartándose de la puerta–. Pasa, por favor.

Ella entró en la habitación y se quedó de pie, sujetando el bolso con las dos manos delante del regazo. Él se metió los pulgares en los bolsillos, un gesto tan inseguro como el de ella.

Annie se preguntó si debía decirle que había estado llorando en casa, que no había podido dejar de pensar en él ni por un momento.

Fue entonces cuando se dio cuenta de lo que llevaba todo el tiempo rechazando. Su marido era un guerrero, un cheyenne moderno que iba a la batalla, un hombre que tenía derecho a recuperar su honor.

Dakota le hizo un gesto invitándola a sentarse, así que ella lo

hizo en el borde de la cama. Sobre la mesa había un ramillete de flores.

Él siguió su mirada y le dijo:

–Son del hotel. Una especie de amuleto de buena suerte para mañana, supongo –se acercó al ramo, tomó una margarita y se la dio a ella–. Quise devolverlas, pero me di cuenta de que no podía. El personal del hotel no lo habría entendido.

Ella tomó la flor y comprendió su significado. El papel de la cocina de su casa estaba estampado con margaritas y era allí donde habían compartido todas las comidas familiares.

–No sé qué decir…

Él la miró con una expresión ilegible en el rostro.

–Puedes decirme por qué has venido realmente. Todavía no tengo muy claro si vas a ir al rodeo o no.

–Iré, pero no te puedo prometer que no me vaya a poner nerviosa.

Dakota se sentó a su lado.

–Eso está bien. Probablemente yo también esté nervioso. La verdad es que sé que lo voy a estar. He pasado años ansioso por este rodeo.

Ella le apartó un mechón de cabello de la frente.

–Ya lo sé.

Dakota se acercó y apoyó la cabeza en su hombro.

–Gracias por estar aquí, Annie. Sé que esto no es fácil para ti. No lo es para ninguno de los dos.

Ella lo abrazó, acunándolo suavemente.

La flor cayó de su regazo y quedó entre ambos. Ella la miró.

–Cuando yo era pequeña –dijo–, solía imaginarme que tú eras mi novio. Y jugaba a deshojar la margarita. Me quiere, no me quiere…

Dakota levantó la cabeza.

–Tal vez yo debiera probar.

Annie tomó la flor.

–No necesitas hacerlo.

–¿Es por eso por lo que estás realmente aquí, jeringa? ¿Porque me amas?

Ella asintió.

–Sí, pero sé que tú no sientes lo mismo por mí, y no te estoy pidiendo que lo sientas. Seré tu amiga, estaré contigo siempre que

me necesites, pero nunca te presionaré para…

–Shhh –dijo él poniéndole un dedo en los labios–. No digas nada más. Solo escucha. Yo te amo, Annie, llevo años amándote, pero no lo sabía.

Ella agitó la cabeza, incrédula.

–¿Has estado hablando con Mary? ¿Te ha convencido ella de que sientes eso?

–Sí, ha hablado conmigo, pero esto no tiene nada que ver con mi hermana. Yo accedí a casarme contigo y adoptar a los niños hace ya dos años. Harold me habló de ello nada más sufrir yo el accidente.

Ella se quedó pasmada.

–¿Accediste a casarte conmigo entonces? ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué hiciste como si no supieras nada?

–Por orgullo. No quería ser yo quien propusiera el matrimonio. No quería ser tan vulnerable. Y no quería que tú supieras por lo que había pasado. Después del accidente yo no podía… hum. Bueno, no funcionaba sexualmente hablando y los médicos no sabían si lo iba a poder hacer alguna vez.

Annie escuchó mientras él le daba los detalles médicos.

–Aunque no era culpa mía, me sentía como si no fuera un hombre completo. Pero cuando Harold me dijo que me tenía que casar contigo, supe que tenía que ponerme bien. Era una razón para seguir, para no rendirme.

–Yo soy la primera mujer con la que has hecho el amor después del accidente, ¿no?

–No quería a ninguna otra salvo a ti. Hace años que eres parte de mí. Solo que entonces creía que era solo atracción sexual y ahora sé que no.

Las lágrimas empezaron a correrle por las mejillas a Annie.

–Yo fui parte de tu recuperación… Oh, Dakota, esto que me acabas de decir significa mucho para mí.

Eso significaba que él la amaba de verdad.

–Nunca más dejaré que mi orgullo se interponga en el camino de lo que siento. Te necesito, Annie.

Y ella lo necesitaba a él también. Durante el resto de su vida.

–¿Así que vas a volver a California a vivir conmigo?

Dakota asintió.

–Y voy a abrir mi tienda en la ciudad. Quiero estar donde estéis

tú y los niños.

Ella sonrió entonces.

–Podemos redecorar la casa. Tal vez ir a comprar juntos algunos muebles…

Él la besó cariñosamente.

–No creo que debamos cambiar la cocina. Está perfecta así.

Annie profundizó el beso.

–Te amo.

–Y yo a ti.

Entonces Annie empezó a desabrocharle uno a uno los botones de la camisa.

Hicieron turnos para desnudarse el uno al otro, explorando sus cuerpos de paso. Luego él la besó el vientre desnudo y bajó más, a continuación, para saborearla con la lengua. Ella levantó las caderas y se apretó contra su boca.

Cuando terminó la última oleada de placer de ella, Dakota sonrió infantilmente. Era un hombre contento por haberle dado placer a su mujer. Para devolverle el favor, Annie se arrodilló y le lamió el ombligo. Luego le dio a él la misma clase de placer que él le había proporcionado antes.

Después, gloriosamente desnudo, él se levantó sobre ella y la miró profundamente a los ojos. Esta vez no usarían protección. Annie supo que Dakota le estaba ofreciendo más que a él mismo. Si de eso salía un niño, compartirían otro, un hijo o una hija para completar su familia.

Él la penetró y luego encontraron juntos el ritmo. Annie se sintió más profundamente enamorada a cada empujón. Dakota Graywolf era su marido, el padre de sus hijos, un hombre que había sido parte de su vida desde la juventud.

Annie miró a Dakota, que estaba vestido para la gloria. Su camisa, que había pertenecido a otros vaqueros famosos, era de color turquesa, con bordados en plata en la pechera con forma de ondas y de alas de murciélago en la espalda. La cerraba el correspondiente lazo de cordones al cuello con broche de plata. En la cabeza llevaba un Stetson de ala muy ancha y unas botas negras y brillantes le adornaban los pies.

Tenía que ir a hacerse unas fotos de propaganda esa mañana antes del rodeo, así que tenía que salir pronto.

Annie miró el plato con el desayuno que le había pedido Dakota. No tenía nada de hambre, en lo único que podía pensar era en que él iba a montar ese toro. Cuando se marchara, no lo volvería a ver hasta el rodeo.

Él se llevó la mano al ala del sombrero y le guiñó un ojo.

–Vamos, jeringa. Dedícame una sonrisa.

Pero ella no pudo.

–Sigo teniendo miedo, Dakota. Y me preocupa que tú también lo tengas.

–Él se quitó el sombrero y se arrodilló al lado de su silla para estar a su nivel.

–Ya no tengo miedo y te diré por qué. Cuando termine el rodeo, me voy a volver a casar contigo. Pero esta vez nuestros hijos estarán presentes, lo mismo que Harold y mis padres. Vamos a pronunciar nuestros votos y todos los van a oír. Este ya no va a ser más un matrimonio de conveniencia. Va a ser real, Annie.

Ella le acarició la mejilla.

–Entonces te pondré un anillo en el dedo yo a ti –dijo ella.

Quería que todo el mundo supiera que él estaba casado, que ese atractivo vaquero le pertenecía a ella.

Y ella sería su esposa de todas las maneras, la mujer que apoyaría sus sueños, que le quitaría sus miedos, que lo abrazaría por las noches. Él no era su padre. Comprarlos había sido un error. Dakota Graywolf era otro hombre, un buen esposo y padre, un hombre que había hecho lo que había podido para hacerla feliz a ella y a los niños.

Dakota le tomó las manos.

–Dime que ya no tienes miedo –dijo él–. Dime que lo entiendes.

–Lo entiendo. Ahora tienes que volver a mí. Y vas a estar bien.

Él le pellizcó la mejilla.

–Por supuesto que lo voy a estar. La última vez no te tenía a ti. El amor es una medicina poderosa, Annie. Tenemos que creer en él.

Sí, pensó ella. Tenían que creer en el poder del amor, tenían que creer el uno en el otro.

Horas más tarde, Annie estaba sentada con su familia en el rodeo, rodeada por cosas y sonidos que le eran muy familiares desde la infancia. Olores y colores que tenía grabados en las neuronas. En la arena, un toro saltaba salvajemente, tratando de quitarse de encima a un insistente vaquero.

–Me alegro de que hayas venido –le dijo Mary.

Annie sonrió a la hermana de Dakota, que tenía a Jamie en el regazo.

–Yo también.

–Y también me alegro de que hayan podido venir mis padres y Harold. Mala suerte que estén al otro lado de la arena. No me puedo creer que haya habido ese error con las entradas.

–Ya nos reuniremos con ellos luego.

Toda la familia de Dakota estaba allí y eso era lo que importaba, pensó Annie.

–Por la cara que tienes, doy por hecho que mi hermano y tú habéis arreglado vuestras diferencias –le dijo Mary al oído.

–Hemos hecho más que eso –susurró ella–. Dakota quiere que nos volvamos a casar. Esta semana, mientras estemos todos juntos.

–Eso le gustará a Harold. Probablemente le encantará ser él el padrino. Creo que ha estado haciendo de casamentero todo el tiempo.

–¿De verdad?

Mary sonrió y echó atrás su larga trenza.

–Claro. La edad, a veces, da sabiduría, ¿recuerdas? Jill y yo solíamos decir que Dakota y tú deberíais estar juntos. Estoy segura de que, si nos pudiera ver ahora, estaría sonriendo.

Annie pensó en la sonrisa pícara de Jill, la misma que había heredado Miles.

Como si supiera que estaba pensando en él, Miles la miró.

–¿Ves los payasos del rodeo, Annie mamá? Los llaman toreros. Lo ha dicho el hombre de los altavoces.

–¿Te está gustando esto?

–Sí. Tyler y yo lo sabemos todo sobre la monta de toros. Tienes que doblar así el brazo y agarrarte a la cuerda con la otra mano –dijo imitando al vaquero que había en la arena.

Annie miró al vaquero, que acababa de caer al suelo y que se puso en pie inmediatamente. Ella sabía que no era tan sencillo.

Cerró los ojos y rezó en silencio por su padre. Era un hombre inquieto, pero a su manera, la había querido.

Tyler la miró entonces y sonrió. Ella sabía lo contento que estaba el niño de verla allí.

Cuando terminó la competición de monta de toros, el comentarista preguntó a la gente si estaban listos para más. Eso produjo un trueno de silbidos y gritos apasionados.

–Estoy seguro de que Excalibur está listo –dijo el comentarista–. Ese toro está siempre preparado para la pelea. Pero también lo está Dakota Graywolf.

Al oír el nombre de Dakota, la multitud se enardeció. Annie escuchó mientras el comentarista hacía una breve biografía de Dakota hasta llegar a su accidente en el último encuentro que tuvo con ese toro.

–Pero este experimentado vaquero ha vuelto y está decidido a entrar en la historia del rodeo. Y yo les digo que eso está a punto de suceder.

Varios miles de espectadores prestaron atención junto con Annie.

–Papá está a punto de salir –le dijo Tyler a Jamie, tomándolo de la mano.

Excalibur salió del toril entre una nube de polvo, giró y se volteó llevando encima a Dakota.

El comentarista estaba hablando, pero Annie no lo escuchó. Tenía todos los sentidos enfocados en su marido, en su belleza y poder.

El timbre que marcaba los ocho segundos sonó y rompió su concentración, de modo que volvió a oír la voz del comentarista.

–¡Lo ha logrado, señoras y señores! ¡Dakota Graywolf ha montado al toro inmontable! ¡Y vaya una monta…!

El público rugió, silbó y aplaudió, pero un momento más tarde, cuando Dakota trató de desmontar, esos gritos de alegría lo fueron de espanto. Dakota estaba colgado, con la mano atrapada bajo la cuerda que aseguraba al toro.

El corazón se le detuvo a Annie. Dakota salió volando y su cuerpo pegó contra el de Excalibur sin soltarse. Los toreros fueron en su ayuda, pero a pesar de sus frenéticos esfuerzos para liberarlo, Dakota seguía atrapado, tratando de evitar las furiosas coces y giros

de Excalibur. El sombrero le salió volando y fue inmediatamente aplastado por las pezuñas del animal.

Jamie gritó.

–¡Papá!

Entonces se echó en brazos de su madre.

–Por favor, otra vez no –exclamó Mary.

Annie pensó que no iba a volver a suceder, la última vez Dakota no se había quedado colgado. El toro lo había tirado y, cuando llegó al suelo, Excalibur se giró y cayó sobre él. Esta vez Dakota tenía una oportunidad.

–Oh, cielos –dijo un espectador tras ella–. Si se queda atrapado bajo ese toro…

«El amor es una medicina poderosa. Tenemos que creer en él», pensó ella recordando las palabras de Dakota.

Un instante más tarde, Dakota se soltó y cayó sobre uno de los toreros. Los dos dieron con sus huesos en el suelo y rodaron para ponerse en pie. Excalibur fue conducido de nuevo al toril entre una nube de polvo.

Dakota trastabilló, localizó su aplastado sombrero, lo tomó en la mano y luego hizo una genuflexión ante el público.

Los aplausos tronaron entonces.

Annie tenía los ojos llenos de lágrimas. Dakota estaba en pie en el centro de la arena, un poco desorientado, pero sonriente. Miró a la multitud como si estuviera tratando de recuperar la orientación. Un momento más tarde, se dirigió a donde estaban ella y los niños. Estaba más atractivo que nunca, con el cabello desordenado y las botas y camisa sucias y llenas de polvo.

El comentarista siguió sus movimientos, hablando todo el tiempo.

–El veterano jinete de toros es un vaquero feliz. Un poco más sucio de lo habitual y, seguro que más dolorido, pero en buen estado.

Luego se calló y la gente esperó y observó a ver qué hacía él.

Annie se inclinó hacia delante y todos la miraron. Dakota se acercaba a ella, saltó la valla que los separaba y la abrazó.

Annie lo besó mientras el público volvía a gritar enardecido. Luego Annie se enjugó las lágrimas cuando Dakota se volvió a sus hijos. Tomó a Jamie y lo levantó en el aire. Ella se dio cuenta del

esfuerzo que hizo, que su marido estaba ignorando sus molestias, decidido a quitarle la cara de preocupación a su hijo pequeño.

–¿Papá está bien? –preguntó el niño–. ¿No te duele?

–Estoy muy bien, chico –respondió él guiñándoles un ojo a Tyler y Miles.

Luego sonrió a Annie y añadió:

–Nunca he estado mejor.

Mary le dio un beso en la mejilla y le dijo:

–Vaya un espectáculo. Nos has asustado mucho.

–Annie me mantuvo a salvo. Amarla es mi medicina.

Sí, pensó Annie. La nutria y el lince se habían encontrado por fin y el amor era su medicina. La respuesta a su futuro. El lazo incondicional que los mantendría juntos para siempre.

Volvieron a la misma capilla, pero Annie llevaba un vestido distinto, lo mismo que Dakota. Nuevas ropas para un nuevo comienzo.

El reverendo Matthews les obsequió con su sonrisa más brillante y su esposa tocó el órgano con más ganas. Para él, Dakota era un famoso. Casi todo el mundo en Las Vegas había oído hablar de él ahora, el vaquero que había retado a Excalibur y había ganado.

Jamie llevó el anillo que Annie había comprado para Dakota. Harold hizo de padrino de Annie y la acompañó hasta el altar. Era un anciano pequeño, pero caminaba con energía y orgullo.

Tyler y Miles estaban sentados con los padres de Dakota, Tucker y Katherine Graywolf. Tucker era como una versión mayor de Dakota y eso indicaba lo atractivo que sería su esposo con su edad. Su cabello negro tenía hebras grises, sus hombros eran anchos y la mandíbula firme. Katherine, alta y encantadora con un vestido estampado de flores, llevaba un collar de plata que le había hecho Dakota. Había aceptado con toda facilidad a los niños como una abuela cheyenne.

Annie recordó cuando conoció a Dakota. Él también estaba entonces dolorido. Era un adolescente alto y delgado, con el cabello revuelto y una sonrisa encantadora, un vaquero joven que se había caído de un toro, pero que estaba en pie al día siguiente, ignorando sus heridas. Annie se había quedado embobada con él

inmediatamente, deseando curar su dolor.

Pero había sido él quien le había curado a ella el suyo, pensó. Le había enseñado el significado del amor y la aceptación.

Le puso el anillo en el dedo y sonrió. Esa noche compartirían una suite de luna de miel, como los esposos Graywolf.

Recién casados. Amantes. Marido y mujer.

Epílogo

Dakota pensó que, por fin, estaba en casa. Y no solo en cuerpo, sino también en espíritu.

Sonrió a su esposa mientras ella desempaquetaba el almuerzo. Habían ensillado los caballos y se habían ido a hacer un pícnic a un lugar apartado con los niños.

Estaban todos, incluso Guerrero Perro, que se había elegido a sí mismo como el guardián de la familia.

Dakota se dio cuenta de que Jamie estaba enfadado.

–¿Qué te pasa, chico?

–¿Por qué no hemos traído a Jeremiah?

Tomó en brazos al niño y le dijo:

–A él le gusta estar en casa. Es de la clase de perros que les gusta estar durmiendo todo el día.

La verdad era que no se podía imaginar al bulldog siguiéndolos con sus cortas patas. No, Jeremiah no era de tipo atlético.

–¿Y por qué ha venido Taco?

–No ha venido. Hemos decidido que Taco es demasiado pequeño para venir.

–Pero está aquí.

Dakota levantó una ceja y miró a Miles. Taco asomaba la cabeza desde dentro de la mochila del niño. No tuvo corazón para regañar a Miles, pero eso no le parecía justo para Jamie.

–Haremos un pícnic especial para Jeremiah –le dijo–. Mañana, en el patio, ¿de acuerdo?

Jamie asintió vigorosamente y se soltó de los brazos de Dakota para irse a jugar con sus hermanos.

Mientras los niños jugaban, Annie se le acercó y le pasó los brazos por el cuello.

–Eres un gran padre –le dijo.

–Me gusta serlo.

–¿Y qué te parecería tener una hija?

A él se le aceleró el corazón.

–¿Estás… ? ¿Estamos…?

–Es muy pronto para decirlo, pero eso creo. Llevo meses viendo a esta niña en mis pensamientos, es como una especie de visión, supongo. Pero anoche soñé con ella y me pareció muy real.

Porque lo era, pensó Dakota. Annie llevaba una hija en las entrañas. No necesitaba de ninguna prueba médica que le dijera lo que significaba el sueño de Annie. La respuesta ya estaba allí, en los ojos de su esposa.

Supo que eso era un mensaje de Maheo, el Creador de la vida. Sí, Annie llevaba un hijo en el vientre, una niña concebida con amor.